



Raven
master

Ximo Cerdà

Ximo Cerdà

RAVENMASTER

Copyright © 2019 Ximo Cerdà

Todos los derechos reservados.

A Rafa Suñer, que transitó junto a mí las calles adoquinadas de una juventud a ratos siniestra, a ratos terrorífica, siempre desafiante y de la que, con el tiempo, salimos indemnes. Más o menos.

Y a Marta y Joaquín, que, juntos, tienen el poder de alejar la oscuridad.

ÍNDICE

I. EL VÓRTICE

II. EL QUE PIENSA Y EL QUE RECUERDA

III. EL GUARDIÁN DE LA LUZ DEL DÍA

IV. LA TRANSFORMACIÓN

V. EL PODER DE LA INTENSA FRAGILIDAD

VI. EL TEMBLOR DEL RAVENMASTER

NOTAS PARA EL LECTOR

AGRADECIMIENTOS

SOBRE EL AUTOR

I. EL VÓRTICE

Otra vez, Dotty. ¿Lo oyes? El cielo está despejado, pero llevo todo el día oyendo truenos. Tú hazme caso, Dotty. Se avecina una tormenta.

Joe Michael Straczynski

1

Cuervos.

Plumajes de oscuridad destellante; brillos opacos, a medio camino entre la tiniebla y la negrura más profunda. *Nanki'IsLas-lina'-i*, “el que se va a transformar en aquel cuya voz se ha de cumplir”, para los haida. *Djokabísh* para los naskapi, *Nanabush* para los ojibwa, *Wisakedjak* para los tanaina, los kutchin, los tinglit y los kaska. Para unos, ladrón y embustero; para otros, multiforme. Para algunos, entrometido y orgulloso; para unos pocos, personificación de un ser superior. Para muchos, el maestro que ofreció la medicina como regalo al hombre. Para todos ellos, el cuervo creó al hombre a partir de la piedra. Creación; una curiosa asociación de ideas. Vida emergiendo de la nada; luz de la tiniebla.

Cuervos.

Contemplar sus ojos es como caer en un vacío. Oscuridad dentro de la oscuridad, chispas que refulgen en el abismo que las engulle. En el vórtice.

Cuervos.

2

No cabía la menor duda. La terrible certeza empezaba a abrirse camino desde lo más profundo de mi estómago, arrancando a su paso los fragmentos ya resquebrajados de mi cordura. Surgió de mí, como un grito elemental que buscaba ser, por fin, libre.

El vórtice estaba abierto.

La estancia empezó a agitarse, empujada por el vigor del trueno; sus pálidos contornos se desdibujaban ante mis ojos y perdían toda noción de realidad, hasta convertirse en una nebulosa de color lechoso que reivindicaba su derecho a la existencia; los planos elementales comenzaban a fundirse, envueltos en el fragor de la destrucción.

—¡Stilson! —el profesor Hallward gritaba, fuera de sí—. ¡Maldita sea, Stilson! ¿Qué ha hecho? ¿Qué demonios ha hecho?

El aire danzaba alrededor del vórtice ejecutando trayectorias caóticas. Observé deslumbrado el flujo turbulento del gas, que penetraba y escapaba de aquella singularidad, mientras dibujaba pequeños remolinos que danzaban como peonzas antes de desvanecerse. Todo mi ser, en aquel preciso instante, se afanaba por desentrañar la estructura íntima de aquella anomalía en el tejido del espacio (¿También del tiempo? No podría decirlo con seguridad), ajeno por completo a los gritos suplicantes de mi viejo profesor. Miríadas de sensaciones golpeaban mis sentidos y anulaban por completo la percepción.

—¡Stilson!

La voz de Hallward, apenas audible por encima del fragor del vórtice, emergía ahora convertida en un amasijo de pánico, abandonado todo esfuerzo por mantener la compostura. Resultaba casi irónico recordar en estos momentos la flema de la que tanto le gustaba hacer gala durante sus aburridas clases de física. ¿Dónde estaba ahora todo aquello? ¿Dónde?

—¡Stilson, por Dios! —insistió—. ¡Haga que pare! ¡Por el amor de Dios, haga que pare!

Las primeras flechas empezaron a manar del vórtice. No sé si es la palabra más adecuada, pero siempre las llamé así; flechas, ráfagas de energía pura comprimida en un único punto material, sometidas tan sólo a la propia curvatura del vórtice. Nada las detenía en su avance, nada lograba interponerse en su camino. Ser atravesado por una flecha era como sentirse traspasado por un cosmos infinitamente extenso e infinitamente condensado. Las flechas eran el primer paso, el preludio, el anuncio ineludible de que algo grande estaba a punto de llegar.

El mobiliario del salón revoloteaba en torno a nosotros. Ví la imponente

mesa de escritorio flotar sobre mi cabeza y chocar violentamente contra una de las borrosas paredes. El impacto tuvo el efecto de una explosión; el mueble se hizo pedazos y millares de astillas salpicaron la estancia, aceleradas por el salvaje flujo del aire. Percibí, como en un sueño, cientos de ellas traspasando mi piel. Pero no había dolor. Nada de dolor. Tan solo la muda reverencia ante el espectáculo que se desplegaba delante de nosotros, un espectáculo que muy pocos habían tenido el privilegio de presenciar. Permanecí de pie, impasible, anhelante, degustando cada fracción de segundo del milagro que nacía en el interior de aquella estancia, negándome a ceder ante la agresividad de la tormenta, o ante la sangre que fluía de las heridas abiertas allá donde las astillas habían conseguido alcanzar mi piel, o ante los gritos.

Los gritos.

Hallward había perdido definitivamente su porte digno y ceremonioso. Maldito bastardo, pensé. ¿Dónde está ahora tu razón? Enuncia tus famosos teoremas, apestoso demente. Invoca a Newton, y a Faraday, y a tu apreciado Maxwell. Oh, sí, el flujo de las líneas de campo a través de una superficie cerrada, sí. ¿A quién demonios le importa ahora todo eso? ¿Qué ínfima importancia puede tener ahora la corriente de desplazamiento, el éter o la constante dieléctrica, condenado enfermo? Ninguna. Ninguna, ninguna, ninguna. Te estás asomando a la propia estructura de la realidad, viejo. Gritando y lloriqueando en el palco con mejores vistas al espectáculo mismo de la existencia, insignificante reptil baboso. ¿Quién es ahora el ridículo? ¿Quién es el débil? El viejo profesor ofrecía una estampa patética, incapaz de contener los gritos, o las lágrimas, o aquel hilo de babas que fluía por la comisura de sus labios. Hallward se aferraba con desesperación a Moore para no ser azotado por el viento huracanado que manaba del vórtice.

Pero Moore tenía otras cosas en qué pensar; mi odiado rival intentaba cubrir con su cuerpo a Elaine, al tiempo que buscaba algún asidero firme del que poder sujetarse. Pobre infeliz. Me fijé en que tenía un cristal, seguramente un fragmento del vidrio de las ventanas que había saltado en pedazos con la primera explosión, incrustado en su pierna derecha. La sangre manaba en abundancia de la herida y manchaba sus pantalones. Su cara y sus brazos estaban cuarteados por las astillas que flotaban en el aire (quizá, ahora mismo, mi cara tenía aquel mismo aspecto pero, para ser sinceros, no me importaba lo más mínimo; en realidad, tenía cosas mejores en qué pensar). Y, pese a todo, aquel farsante parecía que sólo se preocupaba por resguardar a Elaine.

Elaine.

Oh, Elaine, mi preciosa Elaine.

Mi mil veces maldita Elaine.

Azuzado por la esquirra de dolor que me provocaba pensar en aquella a quien con tanta intensidad había amado, me obligué a mí mismo a seguir observando el centro de la inestabilidad. Las flechas manaban de aquel punto ya sin ningún impedimento; el camino empezaba a despejarse, la vía estaba abierta. Un trueno remoto y profundo agitó los cimientos de aquella estancia, si no del mundo entero. Una sombra de color negruzco asomaba su depravada silueta, flanqueando el intersticio interdimensional. Era el primer tentáculo.

–Oh, Dios mío, Dios mío, Dios mío...

Ante la visión de aquel blasfemo engendro, Hallward, que en ningún momento había dejado de gritar, intensificó su ridículo lloriqueo. Ahora sus exclamaciones se veían reducidas a la más baja expresión, un gorjeo incesante de llamadas a Dios; era curioso oír aquello en los labios de quien durante tanto tiempo se había manifestado militantemente ateo. Tuve que hacer ímprobos esfuerzos para no romper a reír por la ironía.

–...DiosmíoDiosmíoDiosmíoDiosmío...

–¡Cállese! –le grité, harto ya de su hediondo gimoteo, tratando de imponer mi voz al estrépito reinante–. ¡Cállese ya, maldito charlatán de feria! ¡Él llega, y usted no es siquiera digno de lamer el barro de la planta de sus pies!

Mi contundente increpación consiguió que el otrora orgulloso doctor rebajase la intensidad de sus empalagosos lamentos, hasta reducirlos a un susurro apenas audible, aunque igual de humillante. Todo estaba dispuesto, todo estaba listo para la llegada. Un segundo tentáculo emergió velozmente del vórtice y penetró en nuestra realidad, seguido de cerca por un tercero. Contemplé embriagado la perfección de aquellas formas fluctuantes, aquella textura viscosa y deslizante que se abría camino a través del espacio (¿Tiempo? ¿También tiempo? ¿Cómo saberlo, maldición?). Me sorprendí a mí mismo pensando en cómo sería rozar siquiera aquella piel, pero enseguida aparté el pensamiento de mi cabeza. Todavía no. Todavía era demasiado pronto, y yo no era lo bastante puro. Todavía había un último requisito, la última cerradura tenía que ser abierta. Y eso era algo que aún estaba fuera de mis posibilidades.

Un grito agudo llenó el aire. Elaine. Por fin veía a la criatura. Por fin. Ahora sabría lo que era el dolor. Ahora conocería qué se siente cuando tu alma es devorada, fraccionada en cientos de minúsculos pedazos y digerida poco a poco por otros tantos pequeños estómagos. Y todo ese dolor, todo ese

sufrimiento, no llegarían a suponer ni una ínfima parte del que ella y aquel desgraciado me habían provocado durante todo aquel tiempo.

Se habían reído de mí; podía verlo, tan claro como ahora veía a los tentáculos surcar el aire en dirección a ella. Podía imaginarlos corriendo, cogidos de la mano y riendo a carcajadas, por los desiertos pasillos de la universidad donde el profesor Hallward impartía sus tediosas clases, buscando un rincón más oscuro donde encontrar cobijo. Su imagen se dibujaba en mi cabeza con tanto detalle como si los tuviera ante mí, los labios de ella entreabiertos, húmedos, hinchados, palpitando de excitación. Por todos los demonios, podía ver la mano de él, esa mano mentirosa y traicionera, surcar los pliegues de su falda y perderse debajo de ella, ávidos ambos del goce y del placer. Una visión de la pareja, ferozmente entregados el uno al otro en una cópula salvaje y primordial, destellaba en el centro de mi alma, tan nítida que casi arrancaba la respiración. Si alguna vez la sombra de la duda o del remordimiento había insinuado su presencia en mi interior, aquella visión terminó de despejarla. Era así, ¿verdad? Él dentro de ella con la embriagadora desesperación de siglos. Y ambos riéndose de mí. Riéndose. Llorando de la risa. “Ése inútil de Stilson, ja, ja. Ése idiota de Jack Stilson, oh. Pobre desgraciado. Menudo infeliz, ja, ja”. Temblando sus cuerpos por la risa.

Ahora sabrían qué era temblar.

Con furia renovada, un nuevo trueno emergió del vórtice, aún más intenso que los anteriores. Uno de los tentáculos se enroscó alrededor del tobillo de Elaine, quien gritó con desesperación. Había oído cientos de historias sobre el tacto ácido de aquellos tentáculos en el momento de salir del vórtice, del indescriptible dolor que provocaba su simple roce. Casi pude sentir envidia de ella. Elaine aullaba, ya no sé si por el dolor, el pánico o una indefinida amalgama de todo aquello. Inútilmente, Moore pugnaba por sujetar a su prometida, pero el tentáculo enroscado a la pierna de Elaine tiraba con fuerza que ningún humano hubiese sido capaz de desafiar. Para humillarlo todavía más, el segundo tentáculo rozó (rozó simplemente. ¡Qué fantástico poder!) uno de los brazos del propio Moore. El contacto debió de ser tan sorprendente como potente. Una descarga concentrada de sufrimiento indescriptible lo sacudió y lo obligó a soltar a su amada.

—¡Elaine! —exclamó, mientras se ahogaba en la locura. Ahora él también lloraba, agitado por la rabia.

Elaine no dejaba de gritar. Un sonido gutural emergía del vórtice. Los remolinos de viento aceleraron su cadencia. Los objetos que flotaban en el

aire chocaban los unos con los otros. El segundo tentáculo, el que había rozado a Moore, asió a Elaine por los brazos y la suspendió en el aire justo encima del vórtice. Era la ofrenda, la última cerradura, el sello que debía romperse para permitirle el paso a nuestra dimensión. Un cuarto tentáculo escapó de la singularidad, y luego un quinto, y un sexto. El sonido que provenía del vórtice se acentuó todavía más, hasta llenar por completo nuestros oídos. Y entonces, en mitad del caos y la vorágine, irrumpió en nuestra realidad, imponente, majestuoso, solemne. Magnífico.

Urgh-aal. El dueño de la destrucción.

El señor del vórtice.

3

–Pero, ¿qué demonios es un vórtice? –Charles Longman, de la Longman, Marshall & Co., cerró el manuscrito que sostenía entre las manos y esbozó un gesto a medio camino entre el cansancio y el escepticismo. Luego lo depositó sobre la mesa. Intentaba que el tono de su voz sonase cordial y desenfadado, pero Sherrinford pudo percibir con toda claridad la rotunda negativa que flotaba por debajo de la superficie.

–¿Un vórtice? –la pregunta era estúpida a esas alturas–. Está claro, ¿no? Es una anomalía: un pliegue en el tejido dimensional que...

–Sí, sí, sí... –lo interrumpió el editor–. Eso es lo que pone en la página veintisiete, ya lo sé. Pero yo quiero algo más, o sea... ¿cómo es? ¿Qué ve uno cuando mira un vórtice? ¿Qué es? ¿Un agujero? ¿Un remolino? ¿Una especie de bola? ¿Cómo tengo que imaginarme un vórtice?

Sherrinford respiró profundamente, haciendo acopio de paciencia.

–No puede imaginárselo, porque está más allá de la comprensión humana.

–Ya –la contestación de Longman venía tintada de incredulidad–. Y dime, Sherrinford, si uno no se lo puede imaginar, ¿qué demonios le digo al ilustrador que dibuje?

Sherrinford estuvo a punto de levantarse e interrumpir su conversación. Aquel tipo de bromas estaba fuera de lugar. Necesitó hacer uso de toda la poca paciencia que le quedaba para permanecer en su sitio.

–No le veo la gracia.

–Oh, vamos, Sherrinford –la actitud despreocupada del amigo de su suegro chocaba de lleno con la agitación que en ese preciso instante anegaba

su pecho. “Maldita sea”, le daban ganas de gritar. “Estás hablando de mi trabajo, estúpido majadero”-. Sabes tan bien como yo que esto no es en absoluto publicable.

–No entiendo por qué no –replicó, con cierto tono de dignidad.

–¿Estás de broma? –Longman se levantó de su silla y empezó a dar vueltas por el despacho. La luz difusa y ligeramente mortecina del atardecer londinense se colaba a través del vidrio de la única ventana de aquella habitación, una ventana que se asomaba a la bulliciosa agitación de Oxford Street, preñada de tiendas y comercios no precisamente modestos. ¿Cuánto podía costar un despacho como aquél, situado en aquel barrio, por pequeño que fuera? Oh, vamos. Charles Longman no era lo que podía llamarse un desahuciado. Sherrinford sintió una oleada de bilis que le subía por la garganta. Longman seguía hablando, aunque daba la impresión de que estaba haciéndolo más para sí mismo que para su interlocutor-. Vórtices, pliegues dimensionales, el poder de invocar no se sabe bien qué de no se sabe bien dónde sin saber tampoco cómo, extraños seres primigenios que poblaban la tierra antes que el hombre, nombres impronunciables... ¿Cómo era? ¿Orgar? ¿Urgal?

–Urgh-aal –rectificó él-. El dueño de la destrucción.

–Lo que sea –replicó Longman, sin siquiera escuchar su respuesta-. Por no hablar, claro está, de todo lo demás.

–¿Todo lo demás? –la forma en que había pronunciado aquello empujó a Sherrinford a rebelarse-. ¿Qué se supone que es *todo lo demás*?

Longman permaneció unos instantes en silencio, buscando las palabras justas. Finalmente, tras decidir que no las iba a encontrar, volvió a su mesa, abrió el manuscrito y pasó las páginas hasta encontrar una cita que fuese lo suficientemente explícita.

–Esto –anunció, y leyó textualmente-. “Ferozmente entregados el uno al otro en una cópula salvaje, primordial”. Esto es poco menos que escandaloso.

–Oh, vamos –las objeciones de aquel hombre le sonaron ridículas-. ¡Es una imagen! Stilson se imagina a la pareja copulando, maldita sea. En plena locura se los imagina, y la rabia en su interior crece y, como consecuencia, el vórtice, que se alimenta de su rabia, también crece. Ya está. No hay nada pecaminoso, ni nada indecente; sólo la imaginación de un hombre perturbado.

–¡Es sólo un ejemplo! Hay demasiadas escenas... cuestionables, y uso un término suave. Como cuando el médico y la enfermera hacen el amor en la habitación de al lado y él los escucha, pero no puede moverse, o la parte en la

que recuerda las palizas que su padre le propinaba de pequeño, demasiado explícitas, por cierto, y luego escapa del manicomio, regresa a casa, ata a su padre a la cama y le saca los ojos. Y no hablemos, claro, de la parte en que está espiando a Elaine a través de la cerradura y se... –parecía que aquella frase le era especialmente costosa de pronunciar. La palabra emergió atropelladamente de sus labios– ...toca, mientras ella se baña...

–Todas esas escenas son importantes para entender la psicología de Stilson –explicó Sherrinford, aunque dudaba de la utilidad de sus esfuerzos–. Él vive en un mundo duro, cruel, despiadado, del que es víctima. Son bloques que van construyendo su caída final. Son...

–Son *demasiado explícitas*, te lo estoy diciendo. Ninguna persona decente permanecería impasible al leer algo así.

–¡Pero es que yo no quiero que permanezcan impasibles! ¡Yo quiero provocar! Lo que sea: asco, dolor, deseo, frustración, gozo... Me da igual. Lo que pretendo es hacer sentir, maldita sea. Los dioses primigenios, los vórtices, la magia... no son más que un vehículo para transmitir sensaciones. ¿Es que no lo entiende? Provocar con la palabra; como Blake, Shelley o Byron. Como Baudelaire. Como Poe.

Longman tomó aire y esbozó un gesto cansino de desilusión. Daba la impresión de que, durante toda su conversación, había querido evitar que llegase este momento.

–Poe... –dijo, casi a modo de reflexión–. Un magnífico referente. En especial si tienes tendencias suicidas, excesivo aprecio al alcohol o ganas de abandonar este mundo en medio de la indigencia más absoluta y al borde de la locura. ¡Por el amor de Dios, Sherrinford! –la forma en que había pronunciado aquella exclamación pretendía reflejar un fingido paternalismo–. Sé razonable. Estamos en 1888. La gente ya no busca esos excesos. ¿Sabes lo que vende ahora? La ciencia, la técnica –pronunció la palabra silabeando–, la tec-no-lo-gí-a. Piensa en ese francés, Verne. Ingenios voladores, máquinas subacuáticas, expediciones científicas a parajes remotos... ¡Eso es lo que la gente quiere leer!

–Pues no me parece que un viaje a la luna sea menos fantástico que mi vórtice.

–Pero es más *creíble*. Más *científico*. Si vas a tomar a Poe como referencia, toma las obras buenas; fijate en *El escarabajo de oro*, o en *Los crímenes de la calle Morgue*... El resto son tonterías. Ese amigo tuyo de Southsea, Doyle... él sí que lo comprendió a la perfección.

–Mi amigo Doyle se ha prostituido –replicó Sherrinford en un tono que pretendía ser cortante.

Longman dejó caer una mirada larga sobre los ojos de Sherrinford. Su rebeldía empezaba a ser agotadora.

–Puede ser –concedió–. Pero supongo que a todos nos llega el momento de hacer una concesión, de vez en cuando. Reconozco que me equivoqué con ese joven. Míralo ahora –Longman volvió a levantarse de su asiento y se dirigió hacia las estanterías del fondo. Rebuscó entre la enorme cantidad de volúmenes que albergaban. Cuando encontró lo que estaba buscando, una gruesa revista en formato folletín, el comúnmente llamado *paperback*, se acercó a Sherrinford y lo depositó sobre la mesa–. Ahí lo tienes. *Beeton's Christmas Annual*, edición de 1887. *Estudio en escarlata*, por Arthur Conan Doyle, páginas 1 a 95. Magnífico. Simplemente magnífico.

Sherrinford cogió aquel ejemplar sin ocultar su desprecio. Pasó las hojas con celeridad, sin dignarse siquiera a fijar su vista en aquellas páginas acartonadas de baja calidad. Conocía ese trabajo de sobra.

–Basura –susurró mientras lo arrojaba sobre la mesa con desdén.

–¿Basura, dices? Por favor... Una obra maestra. Ward, Lock & Co. la compraron por veinticinco libras, ¿sabes? –Longman recalcó la cifra, que ahora consideraba irrisoria–. *Veinticinco* libras. Hoy valdría el doble o el triple. Un asesinato misterioso, una inscripción en la pared y un detective sagaz que desentraña el misterio aplicando su particular método. Su método *científico*. Las claves para un éxito seguro. Créeme, Sherrinford –ahora sus palabras sonaban graves e inspiradas–, Sherlock Holmes y el doctor Watson todavía van a dar mucho de qué hablar.

–Bah –replicó Sherrinford–. Holmes es un calco barato de Auguste Dupin. Cualquiera se daría cuenta.

–¿Y? –preguntó Longman, haciendo ver que no encontraba ningún problema en aquello–. Es común inspirarse en los clásicos.

–¿*Inspirarse*? ¿Llama a eso *inspirarse*? Diga mejor *copiar con descaro*, demonios. Haga el favor de no ser ridículo.

Aquella última increpación pareció hacer mella en el talante despreocupado del editor. Sus cejas se fruncieron ligeramente y la expresión de su rostro adquirió cierto aire de gravedad. Luego carraspeó y, para cuando tuvo preparada su réplica, sus palabras emergieron lentas y meditadas, pero cargadas de autoridad.

–Sherrinford –dijo con un tono de voz especialmente grave–, por la

amistad que me une a tu encantadora esposa, y en particular al gran hombre que es tu suegro, voy a fingir que no he escuchado tu última frase. Puedes estar seguro de que, si no fuera por ellos, nuestra conversación hace bastante tiempo que habría terminado. No estoy acostumbrado a que alguien intente insultarme en mi propia casa –Longman presentaba el aspecto de un animal herido en su orgullo. Sherrinford sintió cómo el rubor emergía a sus mejillas por haberse dejado arrastrar por la agitación de un modo tan descarado. El editor permanecía con la mirada ceñuda clavada en él–. Cada cual tenemos nuestro trabajo. El mío es saber qué demanda el público, y proporcionárselo. Punto y final.

–Yo... –balbuceó Sherrinford, abochornado–. Lo siento. Me dejé llevar.

Al contemplar la expresión de sincero arrepentimiento en el joven, el gesto crudo de Longman se distendió un poco, lo justo para poder seguir hablando.

–Mira, Sherrinford –dijo, como el padre que explica a su hijo alguna obviedad de la vida–. No digo que tu novela sea mala. Estoy hablando de negocios, ¿sabes? Al fin y al cabo, yo soy un empresario. Y lo único que digo es que tu novela no me parece *rentable*. Nada más. *Rentable*. Fíjate que no digo *buena* o *mala*. Digo *rentable*. Hay una diferencia sustancial.

Sherrinford se encogió de brazos y tiñó su cara de desilusión. Ya conocía el resto. Había pasado muchas veces por situaciones similares. ¿Por qué demonios había pensado que en esta ocasión iba a ser diferente? ¿Porque Longman era amigo de su suegro? Oh, vamos. La Longman, Marshall & Co. no tenía fama de ser, precisamente, una editorial arriesgada. Más bien todo lo contrario. Trabajar sobre seguro. Mínimo riesgo, máxima rentabilidad. Debería haberlo previsto; nada que hacer para un escritor desconocido. No sin varias publicaciones importantes ya a la espalda y un atractivo número de ventas. Era injusto. Terriblemente injusto, pero funcionaba así. Era una máquina, un enorme mecanismo que imponía sus reglas antes de ponerse en marcha. Un ser vivo y consciente, como las entidades difusas sobre las que a él le gustaba fantasear, que establecía sus propias leyes físicas y le exigía una rendición previa como muestra de veneración antes de dignarse siquiera a permitirle abrir la boca. Un ser obstinado que le reclamaba pleitesía. “Estas son mis condiciones. ¿Hasta dónde estás dispuesto a llegar?”.

Doyle se había rendido, sí. Apenas un año atrás, ambos se habían recorrido todas las editoriales de Londres buscando una oportunidad. Por el amor de Dios, pero si a Arthur nunca le habían gustado las novelas de

detectives. Nunca. Jamás. Había escrito aquella bazofia en Southsea, entre consulta y consulta, más como un alivio al enorme tedio que eran aquellas desoladoras visitas médicas que como un auténtico trabajo literario. La historia. La historia y la parapsicología; ésas eran las auténticas pasiones de Arthur, y no aquel estúpido y estirado Sherlock.

(Sherlock Holmes. Al principio era Sherrinford; Sherrinford Holmes. A Arthur le gustaba ese tipo de bromas. Afortunadamente, él se había negado en rotundo a compartir nombre con semejante personaje de opereta.)

Aquel detective no era más que una barata reencarnación del Dupin de Poe a quien Arthur había engalanado con algunos rasgos del doctor Joseph Bell, de la Universidad de Edimburgo, con quien le unía una estrecha relación. *Una madeja enmarañada*, había titulado aquella historia. Por favor... ¿Podía haber algo más ridículo? Aquel nombre le traía a la mente la imagen de unos gatos. Unos gatos obesos, de pelaje esponjoso, aletargados por la vida estática y aburrida de la alta sociedad, que los despojaba de sus instintos y de su vigor salvaje y los reducía a la simple función de maullar, jugar y ronronear en las rodillas de sus dueños. *Una madeja enmarañada*. Eso era lo que le traía a la cabeza aquel nombre estúpido. Gatos estúpidos jugueteando estúpidamente en las rodillas de sus estúpidos dueños. Por suerte, Arthur había tenido el buen criterio de cambiar el título en el último momento por el también discutible *Estudio en escarlata*. Que tampoco era una maravilla, pero, al menos, ya no le hacía pensar en aquellos gatos gordos y aburridos. Click. Clack. El engranaje se había puesto en marcha. Arthur había sido engullido por él. Ya está, ya lo he hecho. Aquí tienes mi alma. Ahora, ¿quieres hacer el maldito favor de permitirme publicar, oh gran señor de los que se venden? Maar-Tarhok, aquel que compra la libertad por veinticinco putas libras y las publica a tres columnas en el *Beeton's Christmas Annual*, páginas 1 a 95, con ilustración en la portada.

—...tampoco es como para tirarla a la basura, ¿sabes? —ajeno a los pensamientos de Sherrinford, Longman continuaba hablando, aunque sus palabras, en el fondo, no tenían más objeto que el de endulzar lo que, a todos los efectos, era una cruda negativa—. El caso es que la novela tiene posibilidades. O podría tenerlas, si hicieras algunos cambios. Por ejemplo, el personaje del profesor Hallward... es interesante. Promete. O el propio Stilson. Imagínate que estuviera loco. Loco de verdad, quiero decir. Que todo aquello de los dioses primigenios y de los vórtices y de los tentáculos no fueran más que invenciones de una mente perturbada, ¿vale? Eso podría ser,

hay base científica para cierto tipo de alucinaciones. Entonces Stilson confunde la realidad y la ficción, ¿cierto? Eso te daría pie para plantear una situación. Por ejemplo, mata a su padre. Por supuesto, sin el detalle macabro de los ojos, eso habría que quitarlo. Vale, mata a su padre, llega la policía. Hay un inspector de Scotland Yard encargado del caso, y luego...

Longman siguió hablando, sin darse cuenta de que Sherrinford ya hacía tiempo que había dejado de escucharlo. Su mente flotaba lejos de allí.

Muy lejos.

4

Uno. Dos. Tres. Me asomo al abismo, y el abismo me devuelve la mirada. ¿He escuchado eso en algún sitio? ¿O es que nadie lo ha dicho todavía? Quizá alguien lo diga dentro de algún tiempo, no puedo saberlo. Dos. Tres. El apóstol de la traición me mira con sus ojos de embrujo. Su voz golpea el aire, y las palabras llegan hasta mí como el eco de un trueno lejano, difuso y emborronado por la distancia. Uno. Dos. Apenas puedo comprenderlas. Oigo las palabras, sí, pero soy incapaz de unirlas, incapaz de darles un significado.

—...porque creo que Moore no está lo suficientemente bien desarrollado, ¿sabes? Habría que darle más protagonismo. Más papel, no sé si me...

Y aunque no lo entiendo, sé que me llama. Sé que me reclama. Quiere comerse mi alma, sí. Quiere tragarla entera y cortarla con sus incisivos y desgarrarla con sus colmillos y machacarla con sus molares y sus premolares y masticarla y reducirla a fragmentos pequeños y mezclarla con su saliva para formar una pasta fétida y maloliente para terminar digiriéndome, sí. Dos. Tres. Convertir mi alma en mierda, sí. Mi alma en mierda. Algo que no debo permitir.

—...o sea, imagínate que el inspector de Scotland Yard es un inepto. Eso te daría juego para profundizar un poco en Moore, ¿no? Después de todo, él es quien se lleva a la chica...

El apóstol me mira con lujuria, con unos ojos que son como el ópalo incandescente. Uno. Dos. Siempre es así; siempre esa mirada de sed, de deseo puro y henchido. Necesita mi pureza; necesita alimentarse de ella y verme reducido a ser uno más de sus sombras-acólitos. Penetrar en mi sistema linfático, impregnar cada recoveco de mi soporte biológico. Marcarme con su signo de traición y devastación. Uno. Dos.

—...Vale. A ver qué me dices de esto: ¿podría Moore ser un detective? Es

sólo una sugerencia, pero piénsalo. Moore se ve implicado en el caso, descubre que el asesino es Stilson, y entonces...

El vórtice palpita en mi pecho y me suplica, con gritos atronadores, que le permita salir.

Dos. Tres.

5

–Oh, sí, Sherrinford. Así, así. Oh, Sherrinford, te adoro, amor mío, sí. Oh, sí. Oh, sí...

Los susurros de Sara poblaban la oscuridad del dormitorio, en el que la negrura era espesa, casi palpable. El flujo incesante de palabras que emanaban de sus labios lo hacían sentirse algo aturdido.

–...sí, sí, sí. Oh, Dios mío. Te quiero tanto, Sherrinford. Te quiero tanto... Me gusta sentirte dentro de mí, Sherrinford, sí, oh, sí...

Sherrinford se obligó a sí mismo a continuar, a pesar del murmullo que chocaba contra sus oídos y los embotaba. Intentó bloquear el sonido, actuar como si no existiera. Continuar. Pequeñas gotitas de sudor empezaban a perlarle la frente. Ella no podía verlas, por supuesto. No, sumida en aquella oscuridad. Pero estaban allí. Trató de congelar todo pensamiento que no fueran su esposa o el propio acto que los unía, pero le resultaba condenadamente difícil.

–...ah, Sherrinford, ah, amor mío, amor, un poco menos, Sherrinford, no tan fuerte, no...

Incapaz de seguir adelante, Sherrinford se separó de Sara con un gesto brusco y repentino. Las palabras y los jadeos de ella se detuvieron en seco, sorprendida por la reacción de su marido. Él se incorporó, consciente de la estupefacción que provocaba en ella, y sintiendo que una tormenta le llenaba el interior del pecho. Se incorporó y, desnudo como estaba, salió de la cama y se quedó inmóvil, de pie en el centro de la oscura habitación.

–¡Sherrinford! –exclamó Sara–. ¿Qué... qué te pasa, amor mío?

La respiración, ruidosa y pesada, de Sherrinford pobló el silencio reinante en la estancia. ¿Qué debía contestar? Ni él mismo comprendía el origen de su reacción. Ahora mismo su pensamiento era un borrón difuso de colores indeterminados. Su pecho ascendía y descendía ostensiblemente con cada inspiración. Un temblor acumulado y desconocido le recorría todos los

miembros del cuerpo.

–¿Sherrinford? –volvió a insistir ella–. Por favor, cariño... me estás asustando...

Al escuchar la súplica de su esposa, un destello de compasión se impuso al océano embravecido que poblaba sus pensamientos. Intentó hacer acopio de tranquilidad. Al menos, la suficiente para no asustarla. No a ella. Sara no se merecía eso.

–No... no te preocupes –logró balbucear él–. No es nada.

–¿Es por algo que haya hecho? –aunque la oscuridad no le permitía ver su cara, Sherrinford detectó en su voz la ligera mancha de creerse la responsable de su malestar. Sí, ella, su encantadora esposa, pensaba que tenía la culpa. Aquello hizo que se sintiese todavía peor. La presión en su pecho creció todavía un poco más–. Dímelo, amor mío. ¿Es que no te gusta...?

–No es eso, amor –la interrumpió él. Batallaba por cargar sus palabras de dulzura, pero era una batalla perdida de antemano. Su propia voz en sus oídos era toda una constatación–. No tiene nada que ver contigo.

Sherrinford habría esperado que una respuesta como aquella aplacara en cierto modo el ánimo de su esposa. Pero no fue así. Lo siguiente que Sherrinford escuchó fueron los sollozos de Sara.

–Entonces –dijo ella con amargura–, ¿qué es lo que te pasa? Sherrinford, estás muy extraño... me estás asustando...

Sherrinford percibió el sincero dolor en aquellas palabras. Tragó saliva pesadamente. Oh, no. No era esto lo que pretendía, demonios. Por supuesto que no. El sentimiento de culpabilidad que lo embargaba se acentuó. Le urgía hacer algo, cualquier cosa, con tal de aliviar su pesar. Sherrinford volvió a la cama, se tumbó junto a su esposa y la envolvió con dulzura entre sus brazos.

–Shhhh... –susurró–. Ya está. No te preocupes. Es sólo... sólo que he estado un poco nervioso estos últimos días, nada más. La novela, la consulta... creo que las cosas se me han ido juntando todas a la vez... sólo eso.

–¿De verdad? –dijo Sara, mientras rozaba con las yemas de sus dedos los labios de él. Era un gesto que repetía constantemente cuando estaban en la intimidad. Parecía, eso sí, que el llanto empezaba a remitir–. ¿De verdad es sólo eso? Por favor, si hay algo más quiero que me lo digas. Yo puedo cambiar. Puedo mejorar. Yo...

–De verdad –dijo él, intentando que su voz desprendiera una normalidad y una ternura de las que ahora mismo creía carecer–. No te preocupes, amor

mío. Es sólo un poco de nerviosismo, nada más.

Sara se abrazó a él con fuerza, con una necesidad acuciante. Las lágrimas ya se habían secado, y ahora sus mejillas desprendían tanto calor que parecían quemar. Aunque no podía verlas, Sherrinford sabía que en esos momentos habrían adquirido aquella tonalidad roja encendida del tomate maduro que tanta ternura solía despertar en él. Sin embargo, ahora no era ternura lo que sentía. Ternura no. Culpabilidad, pesar, quizás angustia. Pero no ternura. El pulso sanguíneo retumbaba con violencia en sus sienes. Para terminar de consolarla hizo subir su mano y, con suavidad, acarició su cabello de la forma que sabía que a ella le gustaba, muy suave, muy despacio, mientras se esforzaba en amortiguar los gritos que resonaban en el fondo de su alma.

6

El vórtice, palpitando en mi pecho, rogándome desesperadamente que le dé mi consentimiento para fluir y saborear la existencia.

Dos. Tres. Luego silencio.

II. EL QUE PIENSA Y EL QUE RECUERDA

Para que los santos se regocijen en mayor abundancia de su beatitud y de la gracia de Dios, se les permite contemplar el castigo de los condenados en el infierno.

Santo Tomás de Aquino

1

Cuervos.

Negro. No negro zaino, ni negro mulato. Ni negro azabache, ni negro listón, ni negro carbón, ni negro futuro, ni negro africano. Negro. Sólo negro. Negro infinito. Una negrura fría, despoblada, elemental, que se enrosca al alma y la sumerge en abismos apenas insinuados en voz baja. El abrazo gélido de la más yerma eternidad, vacía, desierta. Hueca. Hinchida simplemente de vacío y de abandono y de oscura derrota, todavía más oscura que el olvido, o la ceguera o la falta de ganas de despertar. Extiende sus alas y cubre la tierra de una sombra extensa y punzante que se va adueñando de los rincones más remotos para imprimirlos de su pura y atronadora esencia.

Cuervos.

Cuervo, Corvus corax. Corb, Rabe, Ravn, Hroefn, Hrafn, Korppi, Corvo imperiale, Corbeau, Raaf, Korp, Holló, Ramn, Raven, Crow. Hugin y Munin; mente y memoria; *el que piensa y el que recuerda.*

Cuervos.

2

No era solamente un edificio, no. No eran piedras, bloques amontonados uno

junto al otro trazando formas geométricas complejas pero inanimadas. No eran cimientos, muros, torres, almenas, tejados de construcción imposible, el sueño de constructores lejanos en el tiempo erigido majestuosamente junto al Támesis, a quien nunca podría contemplar con sus ojos muertos. No era roca, ni madera resquebrajada por el lento fluir de siglos que desfilan al amparo de su sombra orgullosa, no. No era solamente eso.

Había más, mucho más.

Podía sentirlo. Sherrinford lo percibía en cada torpe aspiración. Todo se lo gritaba. En todas partes, en cada diminuto rincón, retumbaba el inevitable eco de la verdad, una verdad que le llegaba tan clara al fondo de su alma como si alguien estuviese hablándole al oído, una verdad escrita en cada insignificante recoveco de este terrible lugar.

Estaba viva. La Torre de Londres estaba viva. Podía jurarlo.

Era cierto que Londres no carecía, precisamente, de lugares oscuros y siniestros capaces de excitar su ya de por sí sensible imaginación. Cuando el atardecer extendía su manto de sombra sobre la ciudad (y para eso, en Londres, no había que esperar demasiado), aquellos viejos edificios reclamaban para sí la parte de gloria que les correspondía, una gloria reverente y susurrada con voz temerosa. King's Cross, Bunhill Fields, Saint Luke's, Saint George Bloomsbury, la aguja de Cleopatra, Saint John's Horleysdown, Saint George's in the East, St. Anne's, Spitalfields. También Saint Paul's. Lugares sagrados que la urbe había intentado engullir, pero que, con el regreso de la oscuridad, reivindicaban su porción de dominio sobre el lado más irracional de la mente humana. Edificios en los que sus creadores habían conseguido perpetuar su genio y su locura, y habían convertido en antiguos y silenciosos ídolos de piedra ante los cuales la vida humana transitaba en su periplo incesante.

Pero la Torre era más. Todo eso y más. La Torre estaba viva. Su pulso y su respiración se percibían con total claridad en su pétreo piel. Era un animal antiguo, primordial, que se alimentaba de los temores y las pesadillas de todos los londinenses, fagocitándolos, proyectándolos sobre sí mismo. Si uno escuchaba con atención, y con la mente suficientemente abierta, podía percibir cómo el miedo y el terror constituían el secreto combustible, la misteriosa esencia de la Torre. Construida sobre el "montículo blanco" de los mitos paganos; silenciosa tumba de Bruto, el legendario troyano fundador de Britania; mítica sepultura de la cabeza del dios Bran (*el cuervo bendito, oh Dios, los cuervos, siempre los cuervos*); eterno memorial de la torre solar del

rey sol Lug; escenario de la muerte de Jane Grey, Ana Bolena o Guy Fawkes. Miedo y terror, cualquier necio podría verlo. Era algo que había impregnado incluso los nombres de sus orgullosas construcciones; desde la *Traitor's Gate*, la puerta de los traidores, hasta la *Bloody Tower*, la torre sangrienta. Miedo, terror. Y cuervos. Por encima de todo, los cuervos. Los cuervos y su cuidador, el maestro de los cuervos. El *Ravenmaster*.

Los cuervos eran parte integrante de la torre; no podía existir la una sin los otros. Eran un órgano vital de este impresionante ser, una víscera, comparable en su importancia al corazón o al estómago; el soporte físico necesario e ineludible. Los cuervos se habían convertido en un símbolo de la Torre, de Londres y, por extensión, de toda la corona británica. Nadie sabía a ciencia cierta en qué momento se asentaron en ella, pero una vieja leyenda decía que, si alguna vez llegaban a desaparecer, la Torre, y con ella todo el reino, caería con ellos. Por eso, de vez en cuando, se restauraba su población. Por eso existía el *Ravenmaster*, el encargado de alimentar con su trabajo la leyenda. Por eso se les cortaba las alas, para que nunca jamás pudiesen escapar de aquel lugar.

Aquella torre y sus oscuros habitantes ejercían una fascinación mística, casi sobrenatural, sobre Sherrinford. Vagabundear por aquellos rincones hinchaba su alma de sugerencias, de ideas, de historias nunca antes contadas en voz alta, de sentimientos que todavía nadie había logrado plasmar en palabras, y de sed, una sed acuciante, terrible e infinita, como la legendaria sed con la que Apolo castigó a los cuervos por toda la eternidad, por compartir su visión con el mundo, por sugerir. Por provocar. Cada vez que sentía la necesidad de encontrarse con la inspiración, venía hasta este eterno lugar, recorría sus pasadizos, observaba a los cuervos, con sus movimientos irregulares y caóticos, los escuchaba graznar con ese tono que a veces se asemejaba a un silbido y otras al llanto de un bebé, y, de pronto, las ideas lo bombardeaban en un tropel errático y abrumador. Demasiadas ideas, demasiados sentimientos como para permanecer impassible.

Siempre pensó que su obra, su gran obra, su mejor trabajo, hablaría sobre este lugar y el poder que albergaba. Y sobre los cuervos, por supuesto. Su obra maestra hablaría sobre los cuervos, sobre la negrura, sobre la leyenda. Sobre el *Ravenmaster*. Pero aún era pronto; todavía no. Todavía no había logrado alcanzar ese último estadio, esa inspiración definitiva para embarcarse en la que ciertamente constituiría su consagración. Todavía no estaba preparado. Sabía que su técnica aún no había alcanzado su madurez,

que sus ojos no habían divisado la iluminación definitiva. Pero eso no importaba. Antes o después llegaría su hora, tendría su momento. Y cuando llegase, su voz resonaría con la fuerza del trueno, no sobre Londres, sino sobre el mundo entero, para hacer sentir a toda la humanidad algo que jamás hubiesen creído posible; algo desconocido para ellos. Tomaría sus almas en las manos y las estrecharía de una forma tan feroz que, por unos instantes, no fueran capaces ni siquiera de respirar. Oh sí, sabía que lo haría. Y cuando eso sucediera, todos alzarían los ojos hacia él con respeto y veneración. Y él, en la cumbre de la existencia, miraría hacia abajo y escucharía el clamor, el murmullo borroso.

Y sonreiría.

—¿En qué piensas, Sherrinford? —la voz grave de su suegro vino a quebrar el hilo de sus pensamientos—. Estás muy callado.

—En nada en concreto —dijo él tras encogerse de hombros. Lanzó una última mirada a los cuervos y siguió paseando, alejándose de la Torre Wakefield en dirección a la Torre Lanthorn. El color verde que alfombraba el patio de armas era más intenso en esa época del año—. Sólo... sólo dejé flotar la imaginación por unos instantes, nada más.

—¿Algún otro argumento para una nueva novela? —el doctor Richards vistió su pregunta con un tono amable y paternal, cargado de sincero interés.

—Puede que sí, y puede que no —contestó él, críptico—. Ya se verá.

—Conociéndote, me inclino más por el sí que por el no —resolvió el doctor—. Ya verás cómo esta vez tienes más suerte.

La forma en la que su suegro había pronunciado aquellas palabras le dio a entender que estaba al tanto de las últimas novedades de su periplo editorial.

—¿Ha hablado ya con Longman? —preguntó Sherrinford, aunque intuía la respuesta.

El doctor Richards asintió con la cabeza.

—Sherrinford —dijo, sin abandonar su actitud amigable—. No dejes que te afecte. Ya habrá una oportunidad para ti. Y no le des más importancia a la opinión de Longman de la que realmente tiene. A fin de cuentas, él no es más que un viejo editor cuyo máximo criterio literario se cuantifica en función de las ventas y la rentabilidad. Te lo digo yo, que tengo la desgracia de sufrirlo en el club cada jueves; lo he visto cambiar de gusto a viento de modas más veces de las que soy capaz de recordar. Dudo que haya ojeado siquiera el diez por ciento de las cosas que publica; sus criterios van por otros derroteros. Su ideal poético es un libro de contabilidad con saldo positivo. Fuera de eso, el

resto le da igual. Lo digo en serio; lo que no debes hacer es rendirte.

–No... –dijo Sherrinford. En su interior se cuestionaba la conveniencia de sincerarse del todo—. No pensaba rendirme. Es sólo que...

El doctor Richards lo miró con ojos inquisidores, intentando extraer de él las palabras. La presencia de aquel hombre era sorprendente. Era alto, corpulento, de facciones angulosas y mirada penetrante. Los años no habían hecho más que avivar el magnetismo que todo él desprendía. Quizá era por su atractivo maduro, por la sencillez y, al mismo tiempo, corrección de sus formas, o por aquella actitud abierta y receptiva hacia los demás; el caso era que todos quienes lo conocían, sin posible distinción, coincidían en destacar que la del doctor era una compañía agradable e inspiradora de confianza. Y eso, en el agitado mar de una sociedad como la británica de finales de siglo, donde los estratos sociales beneficiados se veían acuciados por la necesidad de exagerar las formas y las muestras externas de refinamiento hasta rallar lo grotesco para delimitar su territorio, era decir mucho. Aún más en su caso, porque el doctor Richards era una eminencia; toda una referencia en lo que a la ciencia médica londinense se refería y, sin embargo, nunca había esgrimido su innegable prestigio laboral como arma. Otros con diez veces menos talento inundaban sus bocas con jactancias y presunciones, mientras que Richards, cuya trayectoria ridiculizaría a la de cualquier otro, nunca se había permitido ni siquiera un tímido asomo de vanagloria.

Sherrinford sentía un aprecio especial hacia el viejo doctor, quien había estado a su lado desde sus tiempos de estudiante de medicina en Oxford. Sherrinford acudía a él con asiduidad en busca de ayuda y consejo, y fue en las estancias de su casa, durante aquellas visitas a su apreciado preceptor, cuando conoció a Sara. De modo que Richards había sido primero mentor y después, cuando el roce, la frecuencia y el ineludible tirón magnético de la atracción hacia Sara terminaron solidificándose en la forma de un lazo estable, se convirtió en suegro. Y a lo largo de todo ese tiempo, Sherrinford se enorgullecía de poderlo llamar, sin resquicio de duda, amigo. Había recibido de él consejo, apoyo, complicidad, ayuda económica y, cuando Sherrinford creyó llegado el momento de establecer su propia consulta en Harley Street, incluso fue quien le suministró sus primeros clientes. El vínculo que los unía a ambos era fuerte. Mucho.

–Es sólo que esta vez pensé que sería diferente. Nada más –concluyó Sherrinford, evidenciando cierta carga de desilusión.

–Haz el favor de no desanimarte, ¿quieres? Es difícil, lo sé. Pero estoy

convencido de que, antes o después, te llegará tu oportunidad –mientras hablaban habían llegado casi a los pies de la torre Lanthorn. Richards dobló el recodo del camino en dirección norte, hacia el cuartel Waterloo, siguiendo la senda que pasaba entre la Torre Blanca y el antiguo hospital, casi de forma sistemática–. Realmente lo creo. Sólo tienes que perseverar. Tienes talento para eso y para más. Y, por fortuna, dispones del tiempo y de los recursos necesarios para poder dedicarte a tu pasión. ¿No es así?

–Sí... –afirmó él, sin terminar de estar convencido. Y, como para quitarle un poco de trascendencia a la conversación, bromeó–. Al menos mientras la señora Quiteley venga a verme tres veces por semana y yo siga cobrando mis visitas a media libra.

–¡Por el amor de Dios! –exclamó Richards, divertido–. ¿La vieja Laura sigue igual que siempre?

–Peor. Tiene una salud envidiable, pero, por lo visto, necesita que se lo recuerden periódicamente.

–¿*Periódicamente*? Vamos, Sherrinford, no recurras a eufemismos. Di mejor *frecuentemente*, o *asiduamente*, o *continuamente*. De hecho, si dijeras *endémicamente* no irías del todo desencaminado, no. Cielos, ¡qué bien hice en traspasarla a tu consulta!

–Sabía que no estaba siendo del todo altruista, doctor.

Una risa sincera y despreocupada sacudió a los dos hombres, que en esos momentos pasaban junto a los verticales muros de la Torre Blanca. Una ligera chispa de tranquilidad había destellado en el interior de Sherrinford. El efecto balsámico de la risa era en verdad reconfortante.

–Lo digo en serio –Richards volvió a adquirir la compostura–. Tienes que sentirte afortunado. Gracias a Dios, tu situación es inmejorable para que te dediques a escribir. La medicina os proporciona el sustento que Sara y tú necesitáis para vivir. Todo lo demás es simple cuestión de perseverancia. A fin de cuentas, entre Sara y tú todo va bien, ¿no?

Sherrinford asintió con la cabeza de una forma maquinal, sin plantearse ni siquiera la pregunta.

–Porque os va todo bien, ¿verdad?

Aquella reiteración lo pilló desprevenido. Cuando vio la cara de su suegro se dio cuenta de que no se trataba de una cuestión de fórmula, o de cortesía. Había algo más. Aquella interrogación encerraba una intencionalidad clara y definida, y no un simple compromiso. El brillo de sus ojos terminó de convencerlo de que no podría salir de allí con una simple evasiva.

—¿Por qué lo dice? —preguntó él a su vez—. ¿Le ha dicho Sara alguna cosa? Richards negó con la cabeza, a la vez que esbozaba una media sonrisa.

—Es lo que tiene ser padre. No hace falta que las palabras pasen por los labios. Aprendes a leer otro tipo de signos.

Sherrinford se sintió algo abrumado por la revelación del doctor. Por su cabeza desfilaron recortes de las últimas discusiones que había tenido con su esposa. Disputas estúpidas nacidas de detalles insignificantes que, sin embargo, él se había encargado de magnificar de un modo absurdo. Vívamente resonaron en su cabeza los sollozos de Sara de la noche anterior, acurrucada ella junto a su cuerpo mientras él le acariciaba con torpeza sus suaves cabellos. Un cierto malestar trepó por su garganta.

—Creo que he estado un poco nervioso estos últimos días —dijo, ensayando un tímido intento de explicación—. Un poco alterado. Imagino que por culpa de mis más y mis menos con los editores. Supongo que eso ha hecho que esté algo más susceptible que de costumbre. Y, por desgracia, mis malos momentos siempre se los acaba llevando la persona a quien más quiero en este mundo.

—¿Me permites un consejo? —el brillo de sinceridad de las palabras de Richards se acentuó todavía más—. Quizá no tendría que ser yo quien te lo diese porque, a fin de cuentas, soy el padre de tu esposa. Pero antes que nada soy hombre, y como hombre, comprendo que las cosas, a menudo, no son ni blancas ni negras, sino que a veces tenemos que teñirlas voluntariamente de gris, para que marchen como es debido. Lo que intento decir es que yo también he pasado por momentos bajos, ¿sabes? En mi vida, en mi trabajo, en mi matrimonio. Momentos oscuros en los que crees que estás en el fondo de un agujero del que nunca conseguirás salir, y en los que piensas que vale la pena abandonarse, rendirse, y que el próximo que pase por este maldito rincón encuentre tus huesos secándose al sol. Así de crudo. Pero los hombres no actuamos así; no nos rendimos. Si las cosas van mal, buscamos soluciones. Soluciones eficaces y eficientes. Puede que cuestionables, pero, ¿qué importa eso? Lo que importa es sobrevivir, ¿lo entiendes? *Sobrevivir*. Asegurarse de que los problemas acaban como tienen que acabar: resueltos. Si tienes problemas en tu matrimonio, haz lo mismo que hemos hecho todos; yo y la práctica totalidad de la población masculina de Londres.

Richards entrecerró los ojos y se detuvo unos instantes antes de terminar. Después clavó en Sherrinford una de sus miradas más penetrantes y añadió:

—Ve a Whitechapel.

El cuerpo desnudo de Douglas yacía inerte sobre el enorme altar de piedra. Turbado por el asco y la repugnancia que todo aquello me inspiraba, con paso temeroso y titubeante me fui aproximando hacia aquella grotesca construcción. El hedor reinante en aquella estancia embotaba mis sentidos tanto o más que la visión de los restos de quien había sido durante años mi mejor amigo y consejero. En aquel macabro salón de ceremonias el tiempo parecía haberse detenido. La única señal que delataba su flujo inevitable era la oscilación crepitante del fuego de las antorchas y los movimientos nerviosos de unas pequeñas sombras negras sobre el altar que no podía identificar. Imponiéndome a los gritos suplicantes que todo mi cuerpo me lanzaba, hice acopio de fuerzas para aproximarme al lugar en el que yacía mi amigo. A cada paso que daba, mi repugnancia crecía hasta límites insospechados, para ser sobrepasada aún en el paso siguiente.

Douglas había sido decapitado. O quizás sería mejor decir que había sido *casi* decapitado: en uno de los extremos del horrendo altar su cabeza pendía suspendida en el aire, sujeta todavía a su cuello por unas solitarias fibras de piel y tendones que no tardarían demasiado en ceder definitivamente. La visión me provocó una arcada profunda que agitó todo mi cuerpo. Me sentía incapaz de seguir adelante, impotente ante tal depravación. ¿Qué clase de monstruo desalmado sería capaz de una acción tal? En mi interior, el asco y la ira se mezclaban con un vértigo irrefrenable. Un paso más y logré identificar qué eran aquellas sombras oscuras que se movían encima del cadáver de mi amigo. Y entonces, cuando fui consciente de aquello, no pude soportarlo más, no pude reprimir las arcadas, y me arrojé al suelo, vencido por la situación.

Cuervos.

Eran cuervos.

Cuervos picoteando el cuerpo sin vida de Douglas.

Uno de ellos se había posado sobre la cabeza y, con su pico, hurgaba en la cuenca, ahora vacía, de uno de sus ojos. Aquella imagen consiguió vencerme. Vomité con una fuerza tal que creí que iba a expulsar el estómago por la boca. Tenía la cara sucia, empapada por el vómito, las lágrimas y Dios sabe qué más. Pero todo eso no importaba. Ya no importaba nada. Todo estaba perdido. Habíamos sido vencidos. Milford, Catherine, Linda, Otto, Leonard...

y Douglas. Mi querido Douglas. Sus rostros sonrientes desfilaban por mi cabeza. Muertos. Todos estaban muertos. Ya no quedaba nada por lo que luchar, ni por lo que resistir, ni por lo que soportar siquiera un segundo más. Mis compañeros del Eaton, uno tras otro, habían encontrado la muerte más terrible en aquellos oscuros pasadizos que la historia un día había llegado a olvidar y que ahora deseaba no haber encontrado jamás. Oh, cómo lo deseaba. Deseaba no haber oído hablar jamás de Tinat, ni del viejo Winslow, mil veces maldito. Deseaba no haber puesto nunca la vista sobre las depravadas páginas de aquel grimorio. Pero ya era tarde. Ahora sólo quedaba una cosa por hacer: dejar de pelear, rendirme de una maldita vez y asumir mi propio lugar entre las víctimas de nuestro horrendo descubrimiento.

—¡Tómame a mí! —vencido por la desesperación, no pude más que dejarme llevar por el impulso irrefrenable de gritar—. ¡Tómame a mí! ¿Me oyes? ¿A qué esperas, maldita abominación? ¡Vamos! ¡Soy tuyo!

—Todavía no lo has comprendido, ¿verdad, Jack?

La voz a mi espalda, susurrante y tranquila, me pilló desprevenido. Sobresaltado, me di la vuelta para conocer el rostro de quien con tanto aplomo se dirigía a mí, odiándolo de antemano. Y cuando vi su rostro, sentí el flujo de la cólera palpitando en mis venas.

El viejo Winslow. Oh, maldición. Ese viejo repugnante. Debí haberlo imaginado.

El viejo me miraba desafiante. Torcía sus labios arrugados en una risita malévola. Iba enfundado en una túnica del color negro más profundo que jamás había conocido. Su vestimenta le confería una apariencia siniestra.

—¡Tú! —conseguí pronunciar. Mis dientes rechinaban por la rabia—. ¿Eres tú el responsable de todo esto?

El viejo me contempló unos instantes. Antes de responder se permitió agudizar aquella repugnante sonrisa.

—No has entendido nada —dijo con una tranquilidad exasperante—. Todo este tiempo y no has comprendido nada en absoluto.

Cada una de sus palabras se me antojaba un insulto a la existencia. ¿Por qué sonreía? ¿Por qué se mostraba así de tranquilo? Había algo en su actitud lejos de toda explicación. Con furia renovada, volví a increparlo.

—¿Has sido tú?

El viejo negó con la cabeza. Por todos los santos, aquel hombre parecía estar incluso divertido. ¿Qué podía encontrar divertido en aquella situación?

—Entonces, ¿quién? —insistí.

Winslow se detuvo unos instantes, paladeando el momento. Cuando sintió que me había hecho esperar el tiempo suficiente y que no había motivo para demorar más la respuesta, dijo, en un gesto similar al de escupir:

–Tú.

Aquella palabra, aquella simple sílaba pronunciada en voz queda, consiguió que, por unos instantes, mi flujo sanguíneo se detuviese en el interior de mis venas. ¿Qué estaba diciendo aquel lunático? ¿Y por qué seguía yo escuchando sus estupideces?

–Tú –volvió a insistir él, que parecía percibir el caos en mis pensamientos.

–¿Qué demonios dices, viejo loco? –grité con todas mis fuerzas, intentando avasallararlo con el simple volumen de mi voz. Winslow ni siquiera se inmutó. Mantuvo su expresión despreocupada sin ninguna señal aparente de alteración–. ¿Qué estás insinuando?

–Tú –repitió–. Tú. Sólo tú. Siempre tú. Tú has hecho todo esto. Tú.

De repente, me sentí agitado por una risa nerviosa. ¡Aquello era absurdo! ¿Yo? ¿Cómo podía aquel desgraciado insinuar nada parecido? Una carcajada descontrolada saltó a mis labios.

–Estás... –dije mientras trataba de controlar los ataques de risa–. Estás loco, maldito lunático.

–Tú. Sólo tú –volvió a insistir.

–¡Vete al demonio, viejo! –exclamé. Sentía cómo mi mente se debatía entre la lógica, el absurdo, la necesidad y los recuerdos. Unos flashes momentáneos empezaban a destellar en el fondo de mi consciencia–. ¡Vete al demonio! ¡Estás jugando con mi cabeza, arrugado vejestorio! ¡No pude ser yo! ¡No recuerdo que fuera yo! ¡Sé que no fui yo!

Winslow permaneció con la mirada fija en mí, sin perturbar ni un ápice aquella aterradora sonrisa.

–¿Me oyes, viejo? ¡Yo no pude ahorcar a Milford! ¡Era mi amigo! ¿Entiendes? Por el amor de Dios, ¿cómo podría yo haber violado a Catherine? ¡Esto es obra de un monstruo! ¿Es que no te das cuenta? ¿Es que no viste lo que hicieron con los cadáveres de Linda y de Otto? ¡Por todos los santos!

La cólera pugnaba en mi interior por controlarme. Millones de burbujas hormigueaban en mi mente. Y todos aquellos flashes, oh, Dios mío, los flashes. Era como estar en otro sitio y en otro momento durante una fracción de segundo y luego regresar a tu propia existencia, sí. Mi respiración era

(flash: un cuerpo oscilando en el extremo de una soga)

entrecortada, mi pulso

(flash: el olor amargo y penetrante, el aroma inconfundible de la sangre)

golpeaba irregularmente las paredes de mis venas a un ritmo

(flash: sus gritos agudos debajo de mí, jirones de ropa en mis manos; qué excitantemente dulce es el sabor de una mujer asustada)

caótico. Y Winslow permanecía ante mí, desafiante, divertido,

(flash: mis manos hundiéndose en la carne, penetrando las fibras; el tacto templado y viscoso, oh, vissscooossssssooooo)

atento al torbellino que era mi alma.

—No pude ser yo —dije, más como una súplica que como una protesta—.
Milford...

—Tú.

—...Catherine...

—Tú.

—...Linda y Otto, ellos...

—Tú. Sólo tú.

—...Leonard, el pobre Leonard no...

—Siempre tú.

—Y...

(Oh, Dios mío)

—...Douglas.

Esta vez Winslow no tuvo que decir nada. Su mirada bastaba; hablaba por él. Así que ésa era la verdad, ése era el motivo. Por eso los nervios, la agitación, aquel sentimiento de sed que me consumía y que sólo desaparecía después de cada asesinato. Lo sabía. En el fondo lo sabía. Intentaba rebelarme, pero también comprendía que era del todo inútil; un empeño fugaz de resistencia contra esa verdad que ahora penetraba por todos mis poros y empapaba mi esencia.

—¿Fui yo, verdad? —pregunté, aunque conocía de antemano la respuesta.
El viejo asintió con la cabeza.

Con los ojos anegados en lágrimas y la piel hirviendo de agitación, me di la vuelta y observé de nuevo aquel altar de sacrificios, el mismo altar donde apenas minutos antes (*ahora lo recordaba perfectamente, diablos. Qué increíble claridad*) había amordazado y decapitado a mi querido Douglas. Me aproximé al macabro monumento, pero ahora ya no vacilaba. Mi paso era firme y decidido. Por primera vez habían desaparecido las dudas, los miedos, los titubeos. Con una decisión nacida de lo más profundo de mi ser, me dirigí al altar en el que, al fin, asumiría mi papel como supremo destructor, la espina negra del grimorio. Tays-Na-Nolhon, el que extiende la oscuridad.

El Ravenmaster.

4

Sherrinford estampó aquel último punto con tanta fuerza que el extremo de la pluma se incrustó en el papel, dejando un pequeño surco sobre su superficie. Ya estaba. Ya había terminado. Había llegado al final. Tremendamente agotado por el esfuerzo, se frotó los dedos. Tenía los nudillos entumecidos, y la espalda le lanzaba apremiantes mensajes de protesta por el tiempo que había estado sin cambiar de postura. Tiempo. ¿Cuánto había sido? Ocho, quizás nueve horas sin interrupción. Se reclinó hacia atrás en la silla, estirando los brazos, intentando forzar un poco las articulaciones, e inspiró hasta sentir el aire hinchando su cavidad torácica. Veinticuatro páginas escritas de un tirón. El colofón final. Bien hecho.

Antes de levantarse del escritorio, como era su costumbre, se permitió releer por encima sus últimas líneas. Ahora que había terminado, podía apreciar cómo las frases, nacidas de su esfuerzo, desfilaban ante él. Solía hacerlo así. Cuando se sentía arrastrado por lo que él llamaba “la ola de la creación” escribía a toda la velocidad que le era posible, intentando seguir el ritmo con el que le golpeaban los pensamientos, sin preocuparse por el estilo, las palabras o las expresiones. Eso venía después, siempre después, con tranquilidad. Él prefería dejar fluir la inspiración sin ponerle trabas ni barreras. La de la corrección era una tarea secundaria, que siempre obtenía mejores resultados cuando uno la emprendía con la mente fría, sin esa necesidad imperante de imaginar.

La última página, la que tenía frente a él, empezaba en la mitad del diálogo final entre Jack Evans y el viejo Winslow. Le había parecido una idea genial, aquello de que Jack balbuceara uno a uno los nombres de sus amigos, ahora sus víctimas, ante la mirada fría e impertérrita del viejo, que repetía una y otra vez *tú, tú, tú*, como si nada. Genial. Como también se lo parecía la reticencia a pronunciar el último nombre, la víctima definitiva. Su *querido* Douglas. Ese Douglas con quien (lo había insinuado de forma sutil, aunque bastante contundente) Jack mantenía una *relación*. Una *relación homosexual*. Desafío. Provocación. Conceptos dignos de un genio como él. Ésta iba a ser su consagración, estaba seguro.

Sus ojos recorrieron con rapidez aquellas primeras y breves líneas antes de centrarse en el penúltimo párrafo, aquel en el que Evans asumía, por fin, su condición. Leyó la primera frase y su subconsciente le lanzó una señal de aviso. “Esta vez Winslow no tuvo que decir nada”. No sonaba bien. No estaba a la altura. Demasiado común. Demasiado pobre. No. Su obra requería algo mejor. Lo pedía a gritos. Volvió a empuñar la pluma y trazó una línea sobre aquella frase. Encima de ella garabateó algo que le sonaba un poco mejor.

~~Esta vez Winslow no tuvo que decir nada.~~ Winslow guardó un silencio expectante. No hacía falta que hablara.

Mejor. Sí, mucho mejor. Dónde iba a parar. Éste era el tipo de cosas por las que le gustaba corregir *después*, nunca *durante*. Pequeños detalles que separan lo bueno de la genialidad. Ahora sonaba mejor, sí. Sherrinford siguió leyendo. “Su mirada bastaba; su mirada hablaba por él”. Un nuevo aviso rechinó en su mente: había repetido “mirada”. Demasiado juntas, ¿no? Demasiado seguidas. Quizá convendría no redundar tanto. Podía cambiar la segunda por un simple “ella”, con eso lograría evitar la aliteración, que se le antojaba un poco empalagosa.

Su mirada bastaba; ~~su mirada~~ ella hablaba por él.

¿Mejor? ¿O no? ¿Quedaba claro quién era “ella”? Es más... ¿quedaba bien? Sherrinford no estaba del todo seguro. Había que darle la vuelta a aquello. Igual era demasiado rebuscado. Desde luego, aquel “ella” sonaba bastante mal. No, había que hacer algo. Quizá simplificar. Sí, puede que fuera una buena idea. No hacía falta referirse dos veces a la mirada. Con una única

bastaría. Una única y definitiva. Volvió a tachar y garabatear.

Su mirada ~~bastaba~~; ~~su mirada~~ ella hablaba por él.

Puede que ésta fuera la solución. Era posible. Releyó desde el principio. “Winslow guardó un silencio expectante. No hacía falta que hablara. Su mirada hablaba por él”. No estaba del todo mal. Pero no sonaba genial, ¿no? “Hablará” y “hablaba” estaban muy juntas. Demasiado. Y eso de que la mirada “hablaba por él” olía a típico, ¿verdad? Estaba empapado del hedor rancio y manoseado de lo tópico y de lo convencional. Desentonaba. Todavía tendría que darle otra vuelta de tuerca. Dios, ¿cómo podía resistírsele así una frase? Por favor. Era una frase. Una maldita frase.

Sherrinford se dio cuenta de que estaba empezando a ponerse nervioso. Igual merecía la pena seguir adelante y no bloquearse en una simple frase (*Por todos los santos, era una miserable e insignificante frase. ¿Cómo demonios podía sonarle tan mal una mierda de frase?*). Sí, era mejor continuar. Quizá después se le ocurriría algo para mejorarlo. Sus ojos recorrieron el trazo nervioso de sus letras. “Así que ésa era la verdad, ése era el motivo”. Un momento. ¿Qué “motivo”? ¿Había dicho algo de un “motivo”? Ahora no recordaba haber implicado un “motivo” en el texto. ¿Motivo de qué? ¿Motivo para qué? Una cierta comezón le roía las entrañas. Casi de casualidad fijó la mirada en la frase siguiente. “Por eso los nervios, la agitación...”. Maldita sea, ¡claro! Lo había olvidado, demonios. El “motivo” hacía referencia a los nervios, la agitación y la sed. ¡Ahora lo recordaba! ¡Pero si se suponía que era fantástico! Había sido una de las ocurrencias que él había considerado más brillante. La sed. Y, sin embargo, la construcción de aquella frase quedaba vacía, hueca. Tal como lo había formulado, el párrafo aparentaba estar incompleto y mal enlazado. No. Había que mejorarlo. Con pulso violento, tachó y reescribió.

Así que ésa era la verdad, ~~ése era el motivo. Por eso~~ (de) los nervios, (de) la agitación... (de) aquel sentimiento de sed que me consumía y que sólo desaparecía después de cada asesinato.

Pero la palabra “verdad” seguía sonando mal. Ése no era su lugar. Ahí no hacía nada. Era una palabra estúpida. Estaría mejor sin ella.

Así que ésa (ése) era ~~la verdad, ése era el motivo. Por eso~~ (de) los nervios, (de) la agitación... (de) aquel sentimiento de sed que me consumía y que sólo desaparecía después de cada asesinato.

¿Esos puntos suspensivos estaban bien ahí o eran un simple recurso para ocultar su falta de imaginación? Ahora le parecían monstruosos. ¿No sería mejor una simple coma? ¿Y la palabra “asesinato”, no hacía que le chirriaran los oídos? Mal. Esto estaba mal.

Así que ésa (ése) era ~~la verdad, ése era el motivo. Por eso~~ (de) los nervios, (de) la agitación... (,) (de) aquel sentimiento de sed que me consumía y que sólo desaparecía después de cada ~~asesinato. muerte.~~

Mal. Seguía estando mal.

(Ése) ~~Así que ésa (ése) era la verdad, ése era el motivo. Por eso~~ (de) (todos esos) ~~los~~ nervios, (de) (toda) la agitación... (,) (de) aquel sentimiento de sed que me consumía y que sólo desaparecía después de cada ~~asesinato. muerte.~~ nuevo suceso.

Mal. Todavía mal. Detestablemente mal.

(Ése) ~~Así que ésa (ése) era la verdad, ése era el~~ (secreto) motivo. ~~Por eso~~ (de) (todos esos) ~~los~~ nervios, (de) (toda) la agitación... (,) (de) aquel sentimiento de sed que me consumía y que sólo desaparecía después de cada ~~asesinato. muerte. nuevo suceso.~~ terrible golpe.

Mal. Asquerosamente mal. Maaaaaaaaaaaaal.

(Ése) ~~Así que ésa (ése) era la verdad, ése era el~~ (secreto) (jodido) motivo. ~~Por eso~~ (de) (todos esos) ~~los~~ nervios, (de) (toda) la agitación... (,) (de) aquel(la) ~~sentimiento de~~ sed que me consumía y que sólo desaparecía después de cada ~~asesinato. muerte. nuevo suceso. terrible golpe.~~ jodida tragedia.

Mal, demonios. Jodidamente mal, mal, mal, mal, mal, mal, mal

MAL.

Totalmente entregado a la desesperación, Sherrinford se dejó llevar por

un arranque de genio y, sin reparar en qué estaba haciendo, desgarró la hoja y esparció sus fragmentos por la habitación. Una basura. Una auténtica basura, indigna de alguien como él. ¿Su consagración? Su última *bazofia*. Una bazofia tan apestosa como todo lo que había hecho hasta ahora. Mierda. Mierda sobre mierda bañada en mierda con aspecto de mierda. Eso era lo que tenía entre las manos. Arrastrado por la inercia de la derrota, cogió los otros veintitrés folios e hizo con ellos lo mismo que había hecho con el primero: los hizo pedazos y los lanzó al aire. Las últimas ocho o nueve horas de su trabajo. ¿Qué importaba? Basura. Estaban mejor en el olvido, de donde nunca debieron salir. Donde acabaría su nombre para siempre.

Sherrinford se levantó de su asiento, tan mareado como si se hubiese bebido dos botellas de whisky escocés. Todo a su alrededor daba vueltas. El mundo entero parecía burlarse de él. (*¿Qué pasa ahora, Sherrinford? ¿Esto es lo mejor que puedes hacer? ¿De verdad este excremento maloliente iba a ser tu gran obra? Oh, pobre Sherrinford. Tu consagración es una CAGADA, Sheeeeerrinfooord. Una descomunal CAGADA*). Incapaz de controlarse, buscó un punto estático al que aferrarse, hasta que sus ojos se detuvieron en la repisa de la chimenea.

Su botella.

Estaba ahí.

Sherrinford cogió su botella del ángulo de la repisa de la chimenea y, a trompicones, extrajo su jeringuilla hipodérmica de su fino estuche de tafiote. Insertó con sus dedos largos y nerviosos la delicada aguja, que se dobló por la presión, y, como pudo, se remangó el puño izquierdo de la camisa. Sus ojos vagaban intranquilos, yendo y viniendo del musculoso antebrazo a la muñeca, cubiertos ambos de puntitos y cicatrices. Temblando, hundió en la carne la punta afilada, presionó con el pulgar el minúsculo émbolo y se dejó caer hacia atrás,

se hundió en el sillón forrado de terciopelo,
y exhaló un largo suspiro
de
satisfacción.

dos, tres. Cuento hasta tres a menudo, no sabría decir muy bien por qué. Diría que para tranquilizarme, pero eso no es verdad. Al menos, no es del todo verdad. También lo hago para evadirme, para desconectar, para centrar el hilo de la imaginación, para apagar la parte consciente de mi pensamiento y dejar que fluya en mí esa parte oculta, subliminal, primitiva, que todos nosotros sepultamos en el fondo de nuestra razón y a la que pocas veces permitimos que tome el control de nuestros actos. Lo hago por todos esos motivos y por ninguno. En el mejor de los casos es una manía. Una estúpida manía, como cualquier otra. Dos, tres.

Olas de un calor helado chocan contra mi piel de salitre, y tengo la extraña sensación de que podrían llegar a deshacerla y llevarse partes con ellas. Cada nueva arremetida es más intensa, refrescante y, a la vez, hiriente, como la embestida de un viejo ser que encerrase en sí el castigo y la purificación. Es eso, me siento así; renovado, redimido.

Nuevo.

El pálido atardecer londinense se llena de colores amalgamados como nunca antes conoció. Se cuelan por entre las tupidas cortinas de mi despacho, que son incapaces de detener su obstinado avance, como hilos fusiformes, semejantes a extrañas serpientes dispuestas a envolverme. Me deslumbran, uno, dos. Son colores más allá de toda comprensión. Algunos los había visto antes sólo en las paletas de los pintores más experimentadores. Otros, ni siquiera eso. Y viven, oh, sí. Viven, respiran, nacen, vomitan, sangran, copulan, mueren. Matan. Por supuesto que matan.

Me quieren a mí, lo sé. Curiosamente eso no hace que me sienta nervioso. En absoluto. Es como una rendición pactada. Me entrego, igual que me entregaría al mar, o al viento, o a una caída infinita que me arrastrara para siempre. El primero de ellos es de color rojo; rojo manchado, rojo de sangre todavía caliente, todavía palpitante. Penetra en mí a través de mis fosas nasales. Lo siento, como un ligero cosquilleo en la pituitaria, pero sólo dura unos instantes. Mi sistema nervioso enseguida se acostumbra a su presencia y lo asume como parte de mí mismo. Lo siento, sí, pero ya no es lo mismo, ya no hay cosquillas. Lo siento como parte de mí, igual que siento las manos, los ojos o las piernas. Percibo cómo desciende por mi tráquea y se va perdiendo en las ramificaciones de mis bronquios. Me explora y me completa, expande mi horizonte de percepción, dos, tres. El conducto que me une a la auténtica verdad, la que está fuera de mí. Un centenar, quizá miles, de nuevos colores siguen al primero y ejecutan su peculiar sinfonía cromática. Verde descanso,

amarillo pálido, infinitas tonalidades de ocre. Negro (*oh, sí, claro. También negro*). Con cada nuevo impacto, mi capacidad de percepción aumenta. Cada vez me unen más estrechamente a la verdad. De cada fibra de mi cuerpo nace un nexo de unión que lo ata a su presencia omnipotente y majestuosa. Planeo sobre ella, uno, dos. Floto en el éter sobre su forma difusa y almibarada, sobrecogido por la visión y, a la vez, sintiéndome inundado de la paz más plena y más reconfortante que jamás haya sentido. Me asomo a sus pensamientos y, por un instante, una minúscula fracción de tiempo, ella me permite leerlos.

Y son tan deslumbrantes que duelen.

Uno, dos, tres.

6

La puerta se abrió de repente, obedeciendo al entusiasta empujón de Arthur, que irrumpió en el despacho canturreando animosamente.

—¡Sherrinford! —había empezado a decir (*¿decir? Mejor gritar*) antes incluso de abrir la puerta. Su voz, alterada y jadeante, informaba de que tenía algo que contar, algo muy importante, algo realmente grande, que, con toda probabilidad, estaba relacionado con el abultado paquete que traía consigo y enarbolaba como si se tratase de un orgulloso estandarte. Así era Arthur Conan Doyle: incapaz de contener la emoción, siempre dispuesto a ilusionarse como un colegial—. ¡Sherrinford! Tienes que ver esto. Es el...

Al contemplar la penumbra en que yacía aquella estancia, la frase se secó en sus labios. El ímpetu con el que había irrumpido se aflojó de repente. Permaneció unos momentos detenido en el dintel de la puerta, intentando que su vista se acostumbrase a la ausencia de luz. El sillón de terciopelo en que Sherrinford estaba recostado estaba situado de espaldas a la puerta de acceso. Cuando su vista estuvo en condiciones de percibir las formas, Arthur reconoció la coronilla de su amigo.

—¿Sherrinford? —preguntó, mientras avanzaba hacia el sillón con paso vacilante. Su voz se había desinflado casi por completo—. Sherrinford, ¿estás bien?

Desde su asiento, y moviéndose sólo lo justo para tener contacto visual, Sherrinford contempló al recién llegado. A pesar de la oscuridad reinante, Arthur pudo identificar con total claridad los ojos vidriosos y carentes de

expresión.

–Oh, vaya... –dijo Sherrinford, con voz pastosa y arrastrada, manchada de sarcasmo. Tampoco esta vez se dignó a moverse más de lo necesario—. Pero si es el excelso señor Doyle, el literato del momento. ¿A qué debo tal honor en mi humilde casa?

Antes de avanzar un paso más, Arthur tuvo la deferencia de entornar la puerta de la habitación. No quería arriesgarse a que Sara entrase y viese a su marido de esa forma. No se lo merecía. Ella no. Contrariado, se dirigió al sillón, donde su amigo yacía más tumbado que sentado. ¿Tumbado? Quizá era mejor decir tirado, o abandonado, o dejado. A estas alturas, Arthur ya había comprendido de sobra qué era lo que había sucedido allí. ¿Cómo no saberlo? No era la primera vez que lo encontraba así. De hecho, conocía los hábitos y las flaquezas de su compañero de profesión y de pasión mejor incluso de lo que le hubiera gustado. La visión de la jeringuilla dejada caer en el suelo a los pies del sillón terminó de corroborar sus sospechas. Arthur aspiró aire profundamente, mientras sentía que una oleada de rabia le recorría el esófago. “Otra vez no, maldita sea”, pensó para sí. Se dirigió a la ventana y descorrió las cortinas de un tirón, obligando a la luz a irrumpir a chorros en aquella estancia.

–¿Qué...? –intentó protestar Sherrinford. Se llevó las manos a la cara y arrugó los párpados, en un vano intento por bloquear la claridad cegadora que golpeaba sus ojos como cientos de pequeñas y dolorosas agujas—. ¿Qué demonios haces? ¿Estás loco?

–¿Qué ha sido esta vez, morfina o cocaína?

Sherrinford levantó sus ojos con languidez y contestó:

–Cocaína, en disolución al siete por ciento. ¿Te apetece probarla?

–De ninguna manera –respondió Arthur con indignación—. Sabes de sobra que no es bueno cometer excesos de ese tipo.

Sherrinford sonrió por la vehemencia con la que le hablaba, mientras intentaba incorporarse y abandonar aquella posición de abandono.

–Puede que tengas razón, mi queridísimo Arthur –Sherrinford hablaba con una parsimonia que resultaba sorprendente—. Sé perfectamente a qué tipo de cosas me expongo. Pero no tienes ni idea de lo que se siente con esto, ¿sabes? Estimula y aclara el cerebro de una forma tan trascendental que me resultan pasajeros sus efectos secundarios.

–¡Por todos los santos! –exclamó Arthur—. ¿Quieres por favor reflexionar? Quizá tu cerebro se reanime y se excite, como tú dices; pero es

mediante un... un proceso patológico y... –las palabras salían atropelladamente de su boca–, y... morboso, cuya consecuencia puede ser un aumento en el cambio de tejidos y que es posible que te acarree una debilidad permanente. ¿Merece la pena, por un simple placer pasajero, correr el riesgo de perder las grandes facultades con las que Dios te ha dotado? No te hablo sólo como amigo, Sherrinford. Te hablo como médico.

No pareció sentirse ofendido. Al contrario, juntó las yemas de los dedos de ambas manos, apoyó los codos en los brazos del sillón, como quien se siente deseoso de conversar, y dijo:

–Yo también soy médico, Arthur. ¿Es que ya lo has olvidado?

–Razón de más para que no hagas tonterías.

–¿Nadie te ha dicho que eres endiabladamente pesado?

–Supongo que no lo suficiente.

–Arthur, Arthur –dijo, mientras hacía lo que parecía ser un esfuerzo formidable para incorporarse de su asiento y ponerse de pie. Luego recogió la jeringuilla del suelo y volvió a guardarla en su funda, mientras dejaba caer las palabras con lentitud–. El bueno de Arthur, con esa idea perfectamente definida sobre lo que es correcto y lo que no lo es. Aprecio tu preocupación, mi querido amigo, no creas que no. Y sé que lo más juicioso sería abandonar estos molestos hábitos míos. Lo sé.

–Y entonces, ¿por qué lo haces? –la voz de Arthur tenía un tinte más similar a la súplica preocupada que al reproche–. ¿Por qué te empeñas en castigarte de esa forma, Sherrinford? Tú no necesitas eso en absoluto. ¿Por qué lo haces?

Sherrinford se encogió de hombros.

–Quizá por eso; porque no lo necesito. Porque puedo y puedo no hacerlo. Nada me obliga. Y entonces, elijo hacerlo.

–Es un motivo estúpido.

Tomó aire y arqueó las cejas. No era el mejor momento para perderse en argumentaciones.

–Sí. Supongo que sí –admitió, con los ojos vacíos de expresión. Creyó que ya era el momento de cambiar de tema de conversación–. En fin, mi querido amigo, qué sorpresa tenerte aquí en Londres. ¿Puedo preguntar a qué obedece tu excursión?

Arthur recordó el paquete que traía entre las manos.

–Venía a enseñarte algo –dijo, todavía reacio a abandonar la cuestión de la perniciosa adicción de su compañero. Con ciertos reparos, se acercó a la

mesa del escritorio y depositó allí el fardo, que venía envuelto en papel de embalar, todavía protegido por el precinto y el sello. Arthur tomó un abrecartas del escritorio y rasgó el papel—. Ha salido esta mañana. Quería que tuvieras un ejemplar.

Arthur alargó el brazo y brindó a Sherrinford su presente. Era un libro de dimensiones reducidas. Picado por cierta curiosidad, Sherrinford tomó en sus manos aquel volumen y leyó la portada.

ESTUDIO EN ESCARLATA

Arthur Conan Doyle

Contemplar aquel título y aquel nombre impresos en la cubierta de un libro llenó su boca de un regusto contradictorio. Se alegraba, sí. Desde luego que se alegraba. Al fin y al cabo, Arthur era un viejo amigo, compañero de fatigas y de penurias. Y tenía talento, qué demonios. Sherrinford lo sabía, y aunque esa novela no era, precisamente, lo mejor que Arthur era capaz de escribir, esa edición era una justa recompensa por todos sus esfuerzos. Lo merecía, maldita sea. Merecía una publicación así o mejor. Pero, ¿y él? Él también lo merecía. Se lo había ganado. Había trabajado con denuedo, escrito páginas y más páginas, vomitado talento a raudales sobre hojas en blanco hasta pulirlas de tal forma que destellaban con el tintineo de la perfección. Él también se lo había ganado. Y contemplar aquel título y aquella portada no hacía sino recordarle que su momento aún seguía siéndole esquivo, que todavía no había siquiera olisqueado el aroma del premio, del resultado. ¿Era envidia? No, demonios. Aquel sentimiento no podía ser envidia. Se alegraba por Arthur; de verdad se alegraba. Pero no podía dejar de pensar en sí mismo y sentirse mal por ello. Sí, quizás era envidia, podía ser. Aquel condenado libro suponía una buena y una mala noticia a la vez, sabor dulzón y amargo a partes iguales. Sabor dulzón en los labios de Arthur, y amargo en los suyos.

—¿Al final se han decidido a publicarlo como libro? —preguntó. Sostenía el volumen entre sus manos y sentía el tacto (ese tacto contradictorio) en las yemas de sus dedos.

—Al fin —respondió Arthur, cuyas mejillas lucían ligeramente enrojecidas por visión de su propia obra ya editada. Poco a poco parecía ir recuperando el entusiasmo con el que había llegado a aquella casa y que lo había abandonado de un modo súbito al abrir la puerta del despacho—. Ha costado, pero aquí está.

–Vaya, vaya –dijo Sherrinford, sin desprender demasiado entusiasmo–. Después de todo, parece que Sherlock Holmes y el doctor Watson sí merecen su oportunidad. Esto te puede abrir muchas puertas, Arthur.

–Lo sé. He tenido noticias de que un socio americano de mi editor, un tal Lippincott, de Filadelfia, estaría interesado en sacar una edición de la novela en Estados Unidos. Incluso me han sugerido la posibilidad de una segunda parte.

–¿Una segunda parte? –la noticia tuvo el mismo efecto que si le hubiera alcanzado un dardo–. ¿Y tú qué opinas?

–De momento todo son conjeturas –respondió Arthur. Se notaba que le costaba un enorme esfuerzo contener el entusiasmo–. Es pronto para decir nada.

–Estoy impresionado. ¿No se suponía que tú odiabas las novelas de detectives? ¿No eras tú quien decía que Sherlock era un personaje menor?

Arthur se encogió de hombros.

–Todavía lo pienso. De hecho, ahora mismo estoy centrado en un proyecto mucho más ambicioso. Una novela histórica: Micah Clarke. Lo cierto es que un nuevo folletín sobre Holmes sería más un estorbo que otra cosa. Pero, bueno, si es capaz de abrirme las puertas de las editoriales...

–Claro, claro –asintió Sherrinford–. Lo que va delante, va delante. Siempre puedes matar al personaje cuando empiece a molestar de verdad. Digamos que para la tercera entrega.

–Eso –coincidió Arthur, sonriente–. Podría, digamos, despeñarlo por un barranco.

–¿Un barranco? Por favor... haz las cosas a lo grande. Si lo despeñas, que sea por una catarata.

–Una catarata, pues. También podría insinuar que no le interesan las mujeres, ya me entiendes. Supongo que después de eso, a nadie le apetecerá escuchar nada más de él.

Sherrinford agitó la cabeza, buscando el recurso definitivo.

–Tonterías. Todo eso son medias tintas –la voz de Sherrinford adquirió un punto de crudeza–. Si alguna vez quieres deshacerte de ese petulante de Sherlock Holmes, deshacerte de verdad, digo, haz que esa ignorante taquígrafa con bigote a quien has llamado doctor Watson entre en su despacho de la calle Baker y se encuentre con Holmes tendido en su sofá con una jeringuilla colgando del brazo. Y luego, si todavía te acuerdas, repite palabra por palabra la conversación que tú y yo acabamos de tener hace apenas cinco minutos. Eso

sí que conseguirá acabar con el personaje de un modo definitivo.

El comentario de Sherrinford consiguió que la sonrisa que se había dibujado en la cara de Arthur volviera a borrarse de nuevo.

–No me parece algo que puedas tomarte así a la ligera.

Por toda respuesta, Sherrinford dedicó a su amigo una sonrisa llena de cinismo y se dedicó a hojear distraídamente el libro que sostenía entre las manos para comprobar su extensión. Al pasar las páginas reparó en que algunas de ellas contenían ilustraciones.

–¿Está ilustrado? –preguntó, intentando simular interés.

–Así es –asintió Arthur–. Lo ha ilustrado mi padre.

–No me digas –exclamó Sherrinford con cierto sarcasmo–. Esto sí que es una novedad. ¿El viejo Charles ha conseguido mantenerse sobrio el tiempo suficiente como para hacer estos dibujos? ¿Quién lo hubiera dicho?

El comentario emergió de Sherrinford con toda la intencionalidad y se estrelló de pleno contra la cara de Arthur, que no esperaba un ataque así.

–No tiene gracia, Sherrinford –Arthur parecía dolido de verdad–. Eso es una impertinencia.

La reacción de su amigo lo desarmó y le hizo sentir horriblemente ruin. Había sido un golpe bajo, una puñalada rastrera, dirigida con precisión al punto más doloroso de su alma. Sherrinford se odió a sí mismo por recurrir a ataques traicioneros para conseguir enturbiar uno de los pocos momentos dulzones que su amigo había conseguido disfrutar. Embargado por el arrepentimiento, hizo lo posible por excusarse.

–Lo siento –balbuceó–. No me hagas caso, soy un estúpido. Me alegro mucho por ti, de verdad. Y los dibujos están... están muy bien. Son... –mintió con descaro–, son muy buenos.

Arthur asintió para hacer ver que aceptaba la torpe disculpa, y esbozó una media sonrisa que, sin embargo, reflejaba más tristeza que cualquier otra cosa. Sherrinford se permitió dejar caer su mano sobre el hombro de Arthur, en un desmañado gesto de confort, e intentó sonreír él también, aunque no tuvo mucho más éxito que su amigo. Sentía una enorme presión que le oprimía el pecho. Y lo peor de todo era que no estaba seguro de a qué era debida.

Cuando entró en el dormitorio y se metió en la cama, Sara ya hacía tiempo que

dormía. Intentó moverse con sigilo y hacer el menor ruido posible, pero en cuanto su cuerpo entró en contacto con el colchón y cogió la sábana para cubrirse, el ligero sueño de su esposa se quebró. “Sherrinford, querido...”, susurró ella a media voz, todavía mareada por el sueño. “¿Ya estás aquí?”. “Ssssssh”, respondió él, intentando mostrarse tierno. “Sí, ya estoy aquí. Duérmete, que es muy tarde”. “¿Has terminado? ¿Evans ha averiguado quién ha matado a Milford, y a Catherine?” “Casi. Me falta todavía un poco. Mañana terminaré, seguro. Ah, y Linda y Otto también han muerto”. “¿También? Hmmm, no puedo esperar para leer el final”. “Mañana. De verdad, mañana. No me queda casi nada. Ahora duerme”. “¿Estás bien? ¿Quieres que... bueno, que hagamos...?” “No, cariño. De verdad, es muy tarde. Ya hablaremos mañana. Buenas noches”. “Buenas noches, amor mío”. Apenas segundos después, su respiración profunda y sonora informaba de que había vuelto a quedarse profundamente dormida. Por el contrario, Sherrinford tardó algo más en conciliar el sueño. El reposo se mostró bastante más esquivo con él de lo que lo había sido con su esposa. Dio Dios sabía cuántas vueltas bajo la sábana para encontrar la postura que le permitiese desconectar por completo, pero no era una cuestión de posición. Imágenes recortadas martilleaban sus sienes con una cadencia caótica, reacias a concederle un segundo de paz, como aquellos flashes que habían atacado a Jack Evans en su imaginación. Imágenes curiosamente estáticas, extraídas a partes iguales de sus recuerdos más recientes y de su imaginación, que se resistían a abandonarlo. Lo asaltaban una y otra vez, y caían sobre él con la insistencia de las gotas de agua que descarga la tormenta. Longman preguntando cómo se dibuja un vórtice. Los movimientos nerviosos de los cuervos. Su mujer, mirándolo con los ojos llenos de lágrimas, preguntando si todo iba bien. El terror en el alma de Evans al comprender que él y sólo él había matado a sus compañeros. Arthur alzando triunfante su libro. De nuevo Sara, muerta de sueño, interrumpido su plácido descanso, preguntándole, sin atreverse a pronunciar las palabras, si quería hacer el amor, no porque ella quisiera, sino porque creía que debía, porque percibía que algo no iba del todo bien y ésta era la única forma que se le ocurría de llegar a él. Y en medio de todo aquello, unas palabras, un consejo apenas susurrado, que lo reconcomía por dentro desde que su suegro lo pronunciara.

“Ve a Whitechapel”.

III. EL GUARDIÁN DE LA LUZ DEL DÍA

*¡Emoción, suspense, chicas a gogó! ¡Canciones y sorpresas!
¡De todo para todos! ¡Reserve su localidad! Habrá pícaros y
timadores [...] en el Baile de los Bastardos... ¡El Vicioso
Cabaret!
Alan Moore*

1

Cuervos.

Al principio solamente había oscuridad. El cuervo habitaba un mundo en el que nunca jamás había destellado la luz del día. Y el cuervo era ambicioso, sí; ambicioso, embustero, entrometido y orgulloso. Era capaz de cambiar de forma para satisfacer sus propias necesidades, oh, sí, el cuervo. Un buen día se transforma en una aguja de cicuta, se arroja dentro de un arroyo de agua fresca y espera con paciencia a que una muchacha llegue al lugar para beber. Cuando esto sucede, el cuervo fluye hasta su boca y se posa en su seno. A su debido tiempo nacerá de la muchacha, nada más y nada menos que la hija del Jefe del Río, el secreto guardián de la luz del día. El cuervo toma vida como el nieto legítimo del Jefe del Río. Sí, el cuervo embustero, sí. Y luego crece rápidamente con el cariño y la adoración de su abuelo (a pesar de que sus ojos se parecen mucho a los de un cuervo; ojos negros; negros). Un día su abuelo le deja jugar con la caja de la luna. Cuando la abre, la luna escapa y asciende hasta ocupar su posición en el firmamento. Luego mira implorante a su abuelo (implorante, con esos ojos negros de cuervo) hasta que él accede y le deja jugar con la caja de la luz del día. Tan pronto como la caja está en sus manos, él vuelve a tomar su forma de pájaro, extiende sus alas, alza el vuelo y

desaparece en la oscuridad.

Cuervos.

Luego lleva la caja a los seres humanos y la abre. Pero la abre con sigilo, ¿sabes? Nunca del todo, no. Sólo un poco. Lo suficiente como para que unos pocos rayos de luz escapen de su interior. Ahora él es el dueño de la luz, ahora él es el vencedor de la oscuridad; los hombres tienen que adorarlo como sólo él merece, sí, el cuervo embaucador. Y, sin embargo, los hombres todavía desconfían. Desconfían del cuervo (el cuervo de ojos negros de cuervo) ambicioso, embustero y orgulloso; nadie cree que en realidad tenga en su poder la luz del día, mi pequeño. Entonces, encolerizado por la incredulidad y el escepticismo de la gente, el cuervo abre por completo aquella caja e inunda el mundo con la brillante luz del día. Vencido por su propio orgullo, sí. Por su vanidad comparte con el mundo aquello que lo levantaba por encima del resto.

Cuervos.

2

O sea, en el mundo había cosas buenas, ¿verdad? Como el sabor de las fresas silvestres, o el tacto de la hierba húmeda del amanecer contra la planta de los pies descalzos. El rumor de las olas del mar era claramente algo bueno, igual que la sombra de un árbol en verano, o la forma en que resplandecía una habitación cuando una mujer sonreía. Todo eso era bueno. Condenadamente bueno. El problema era que también había cosas malas, ¿no? Ver que tu hijo se moría de hambre y tú no podías darle nada para comer era malo, lo miraras por donde lo miraras. Como también era malo tener que abrirse de piernas ante un desconocido para arreglar lo del hambre del niño. Igual que era malo despertar una mañana en mitad de la calle en medio de un charco de vómito con la cabeza a punto de estallar y sin tener ni idea de cómo llegaste ahí. Eso era malo. En definitiva, que en el mundo había de todo. Había cosas buenas, cosas no tan buenas, cosas malas, y cosas condenadamente malas.

Y después estaba Whitechapel.

Whitechapel. El mismo nombre había llegado a convertirse en un sinónimo de la depravación, de todo lo ruin que anida en lo más recóndito del alma humana. Entrar en sus calles, tenebrosas incluso a plena luz del día, era como saltar a un universo paralelo conformado a partir de las excrecencias del mundo. Canallas, prostitutas, proxenetes, violadores, asesinos, timadores...

todo tenía cabida en aquel barrio. Callejones estrechos donde el horror se había instalado de forma indefinida y compartía sus rincones con la basura, la podredumbre, las ratas, las cucarachas y las personas. Oh, las personas. Un avispero de almas vendidas al diablo, pululando apretujadas por entre aquellos cuestionables cobijos. Ocho mil quinientos individuos malvivían en aquellos edificios desgastados y ruinosos. Un infierno, un auténtico infierno, donde nada podía sorprenderte. Se hablaba de caimanes que chapoteaban en la mierda de las alcantarillas, albinos encadenados y arrastrados, niños de nueve años que copulaban a la luz del día, algunas veces con sus propias hermanas. La mayoría de ellos, a los doce años estaban ya casados, y cuando se separaban, ellas se dedicaban a la prostitución, la profesión estrella entre el personal femenino; más de mil doscientas mujeres comerciando con su vagina. En Whitechapel.

Lo que les decía. Lo bueno, lo malo, lo peor y Whitechapel, donde habitaban ladrones y asesinos, chulos y putas. ¿Y dónde, pregunto, iban las putas cuando necesitaban que algún cliente engordase un poco su exigua recaudación, con el fin de permitirse una miserable cena y una noche de tranquilidad bajo techumbre después de pagar a los chulos que galantemente las protegían de ellos mismos, eh? ¿Dónde sabían que siempre encontrarían alguna demanda para su desapasionada oferta? ¿Eh?

Fácil.

En el Ten Bells.

3

El Ten Bells estaba situado en la esquina de Commercial Street con Fournier Street, frente a la calle de la Christ Church de Hawksmoor, en Spitalfields. El sucio cristal y las raídas ventanillas hacían lo posible para que lo que sucedía en su interior no fuese demasiado notorio desde la calle, aunque bien poco conseguían amortiguar el murmullo estridente que rebosaba. Sobre la estrecha puerta de madera, un letrero de cristal rezaba “bar público”. Sherrinford permaneció de pie frente a aquella puerta durante unos instantes, luchando contra sí mismo. Toda su consciencia se rebelaba contra el hecho mismo de estar ahí, de pisar esas calles, de dejar que su sombra recorriese aquellos rincones. Había oído hablar mucho de aquel sitio, por supuesto. Todos en Londres habían escuchado rumores acerca de lo que sucedía allí. Incluso

conocía historias de primera mano, amigos realmente aficionados a dejarse contaminar de vez en cuando por la cara más sórdida de la que entonces, sin ninguna duda, era la capital del mundo. Pero él nunca se había atrevido a abandonar su acogedor y refinado ambiente burgués para conocer en persona las condiciones en las que malvivía la otra mitad. Ese tipo de cosas las dejaba para sus novelas y para las excursiones oníricas de su imaginación.

Hasta hoy.

Desoyendo todos los gritos de advertencia de su raciocinio, Sherrinford se dejó tentar por la parte oscura de su alma. Había llegado hasta allí, maldición. No iba a volverse a casa con el rabo entre las piernas. Quería verlo con sus propios ojos. Era curiosidad. No maldad, ni perversidad. Sólo curiosidad. Ni buena ni mala. Curiosidad. Apoyó la palma de la mano sobre la puerta de madera y empujó.

En el preciso instante en que la puerta se abrió, Sherrinford se sintió transportado a otro mundo, un mundo paralelo como aquéllos que poblaban su imaginación, compartiendo el espacio con el mundo real en que él vivía, pero separado por transiciones en la propia estructura dimensional. Sí, aquello era otro mundo. El estrépito reinante, amplificado hasta su auténtico nivel ahora que no había nada que lo amortiguase, vino a estrellarse contra sus oídos. El humo que inundaba la escena, más denso que cualquier noche neblinosa, se introdujo por sus ojos y le provocó un inmediato picor. Aquí era un extraño, un auténtico y perfecto extraño. De repente creyó percibir que todas las miradas de los allí presentes se centraban en él. Era falso, por supuesto; cada uno de los clientes del Ten Bells tenía bastantes cosas en qué pensar y de qué preocuparse, algunas de ellas tan perentorias como el sobrevivir, como para que les importase lo más mínimo que un próspero y refinado médico con frustradas aspiraciones literarias quisiera hacer una incursión en sus territorios. En el Ten Bells cada uno llevaba sus propias miserias encima. Nada era una novedad. Pero eso Sherrinford no lo sabía, claro. Para Sherrinford, él era, esta noche, la atracción.

Intentó pasar desapercibido mientras avanzaba por entre el gentío. Aquí y allá salpicaban la sala personas de la condición más variopinta. El modesto mobiliario se esparcía con desorden por toda la extensión del bar, tratado con negligencia por la clientela. Sentados en una de las mesas del fondo, dos hombres musculosos medían sus fuerzas echando un pulso, mientras una pequeña multitud se arremolinaba a su alrededor para hacer correr las apuestas. En otra mesa distinta, tres muchachos jóvenes desafinaban cantando

una vieja canción que Sherrinford identificó como alemana, mientras hacían chocar sus jarras de cerveza. De pie delante de la barra, un cliente en avanzado estado de embriaguez gritaba improperios al camarero, que hacía lo posible por ofrecerle la indiferencia por toda respuesta. En un rincón, un hombre y una mujer se entregaban a una pasional refriega bajo la atenta mirada de cuatro mujeres que, sentadas en otra mesa, no hacían más que reír y gritar, mientras señalaban con el dedo a la fogosa pareja. Sherrinford sintió que la corbata le oprimía el cuello en un ambiente tan cargado, se acercó a la barra y pidió una jarra de cerveza (por unos instantes estuvo pensando en pedir vino, pero enseguida descartó la idea). Cuando el camarero terminó de servirle la bebida, Sherrinford divisó una pequeña mesa libre con una solitaria silla desocupada. Tomó su vaso y se sentó en aquel hueco, que parecía haber sido dispuesto especialmente para él.

Para intentar deshacerse de esa sensación de bochorno que lo embargaba, Sherrinford echó un trago largo de su jarra de cerveza. El líquido estaba horriblemente tibio y, desde luego, no parecía lo mejor para calmar la sed. Por unos instantes desfiló ante sus ojos la idea de levantarse, echar a correr y salir huyendo de ese sitio. “Vale, ya he tenido suficiente. Ya sé qué es Whitechapel. Ahora vuelvo a mi casa con mi queridísima esposa, ¿de acuerdo?”. Pero todavía no había terminado de formarse este pensamiento en su cabeza cuando una voz de mujer lo interrumpió.

–Joé con el señoritingo. ¿Tas peridió, caballere?

Al darse la vuelta, Sherrinford se encontró cara a cara con una de las cuatro mujeres que instantes antes observaban con deleite los progresos de la pareja del rincón, los cuales, por cierto, ya habían abandonado el local.

–¿Perdón? –carraspeó él. Su voz emergía desinflada y vacilante.

La mujer sonrió, dejando a la vista una tira de dientes amarillos y descuidados.

–¿Tas sordo? ¡Que si tas peridió! –insistió ella–. ¿Tú tas seguro que era aquí ande querías venir? Mira que tipejos de los de tu clase no abundan en el Ten Bells.

–Era aquí –respondió Sherrinford, sintiéndose algo patoso–. No me he equivocado.

–Pos tú sabrás, caballere –la mujer se encogió de hombros y esbozó una mueca divertida–. ¿Timporta si me siento?

–Oh, no, no, en absoluto. Pero, verá... no hay otra silla en...

Antes de que pudiese ordenar las palabras necesarias para terminar la

frase, la mujer ya se había acercado a la mesa que tenía más cercana y agarrado la primera silla que había visto libre. O quizá sería mejor decir *momentáneamente libre*, porque en cuanto aquella mujer hubo puesto sus manos sobre el que iba a ser su asiento, alguien gritó desde la barra:

–¡Eh, tú! ¡Ésa es mi silla!

A lo que ella respondió, con toda naturalidad y sin darle la menor importancia:

–¡Te jodes y te buscas otra!

Y, mientras se sentaba, sentenció:

–Estos desgraciaos... se creen quel bar es to suyo –y sacó la lengua en un gesto divertido.

No era fea, en realidad. A pesar de la dentadura amarillenta, de las marcas inconfundibles del hambre y de la vida de penuria, no era fea. Tenía unos bonitos ojos claros debajo de su mirada cansada. Parecía que su brillo luchaba por emerger libre, desatado al fin de la prisión que debía de ser su vida. Su cabello también era bello, o lo habría sido de haber recibido el cuidado adecuado, y tenía una sonrisa agradable, si uno se esforzaba por no mirar aquellos estropeados dientes. Tampoco era hermosa, de todos modos. No en el sentido al que Sherrinford estaba acostumbrado. No como Sara. Pero no podía decir que fuera fea. Destilaba otra clase de belleza: una belleza más descarnada, más primordial, más primigenia; el tipo de belleza que imprime la supervivencia y la voluntad de salir adelante a pesar de lo que sea. Una belleza animal, casi instintiva, que palpitaba en las fibras de la propia existencia. Sí, en ese sentido sí que podría decirse que Sherrinford estaba mirando a una mujer hermosa. No la hermosura de los baños templados y la sombra de ojos de Whitehall, sino la de la dentellada y el mendrugo de pan de Whitechapel.

–Me llamo Martha –dijo ella, ajena a sus reflexiones.

–Encantado. Sher... –empezó a responder, pero antes de terminar de pronunciar su nombre lo pensó mejor y rectificó–. Jack. Me llamo Jack.

–Claro que sí –Martha lo miró burlona y suspicaz–. *Jack*, ¿eh? Hay un puñado de Jacks por aquí. Casi toos son o Jack o John, y unos pocos, James. Las tres jotas. Pero sobretodo Jack. Es el nombre estrella por esta zona, *Jack* –pronunció el nombre marcando bien el sonido, como si así resaltara su falsedad.

El que su mentira fuese tan evidente hizo que Sherrinford se sintiese todavía más desvalido en aquel lugar, y más a merced de aquella mujer, quien

parecía disfrutar de lo lindo con aquella situación

–¿Y qué ha venido a hacer *Jack* al Ten Bells, eh, caballere? –siguió inquiriendo Martha.

–Bueno... Un amigo me dijo que... que...

–¡Martha! –el grito a su espalda permitió que no tuviese que seguir esforzándose por encontrar una excusa creíble. Agradeció mentalmente la interrupción, mientras se daba la vuelta para averiguar quién saludaba de una forma tan efusiva a la mujer que se había sentado a acompañarlo—. ¡Martha, vieja bruja! ¿Es que no me vas a presentar a tu amigo?

–Vaya, Polly –Martha saludó a la recién llegada con un gesto que no lograba ocultar (ni lo intentaba siquiera) que su presencia no le resultaba precisamente agradable—. La edá no ta borrao el olfato, ¿eh, condená borracha?

La tal Polly hizo como que no había escuchado las últimas palabras y siguió sonriendo con malicia.

–¿Quién es este caballero tan apuesto? –le ofreció una sonrisa que pretendía ser insinuante pero que, sin embargo, debía calificarse más bien de grotesca.

–Se llama *Jack*, bonita –contestó Martha cortante—. Y macaba de decir que no le presente a nadie aquí.

–Oh, seguro que no –remoloneó Polly—. Jack tiene pinta de ser un caballero. Y los caballeros no dicen esas cosas. ¿Verdad, señor Jack?

Sherrinford iba a asentir, indeciso, pero de nuevo Martha tomó la palabra con contundencia. Para enfatizar todavía más, se incorporó de su asiento y adoptó una postura amenazadora.

–¡Polly Nichols! ¿De verdá eres tan corta que no sabes ver cuándo estás de más, bucharra arrugá? Has llegao tarde. Has perdío el turno. Ahora déjanos en paz.

A pesar de que no dio muestras externas de que aquella amenaza la afectase en absoluto, Sherrinford creyó percibir un destello de rabia contenida en la mirada de Polly. Sorprendentemente, ni siquiera torció la expresión, ni su sonrisa se tensó lo más mínimo. Polly hizo un gesto de resignación que pareció tan natural como todo lo que había hecho hasta ahora.

–Hay que ver qué maleducadas son algunas. Tú te lo pierdes, bonita. Y a usted, señor Jack –a modo de despedida, le pasó un dedo por la mejilla–, espero volver a verlo por este sitio. No nos juzgue a todas por igual. Algunas sabemos comportarnos.

—¡Piérdete de una puta vez, desgraciá! —gritó Martha, pero ya no hacía falta. Polly ya se alejaba en busca de algún otro cliente. Visiblemente contrariada por la interrupción, Martha intentó recuperar la compostura—. Algunas no entienden un no, cagüen to. Pero tú no te preocupes, caballere, quesá boñiga de caballo ya pillao que no tié que molestarte mientras testé cuidando tu dulce Martha, ¿eh *SherJack*? Uy, perdón, caballere. *Jack*. ¿Tas sustao, mi niño? ¿Ta dao cosa ver a tu Martha y a esa guarra de la Nichols ladrarse la una a la otra, caballere?

—No, no... —balbuceó Sherrinford.

Debería, ¿verdad? Debería haberse sentido abochornado y avergonzado. Debería haber agachado la cabeza y haberse escurrido por algún rincón, evitando llamar la atención más de lo que lo había hecho hasta ese momento, ¿no? Debería sentirse acongojado, encendido de rubor y sumido en una incomodidad asfixiante al contemplar la barriobajera trifulca entre las dos mujeres. Pero no era así, maldita sea. Estaba encendido, sí, pero no de bochorno, sino de *excitación*. ¿Era posible? Excitación. El encontronazo que acababa de presenciar con sus propios ojos, lejos de espantarlo, lo había dejado fascinado. Daba igual que el motivo de la disputa hubiese sido él, o un trozo de pan, o un vaso de cerveza o una silla vacía; el motivo era lo de menos; el caso era que entre aquellas dos mujeres había estallado el desafío, y ambas habían mostrado uñas y dientes, dispuestas sin dudarlo a destrozar a su oponente. De verdad. En este caso, aquella tal Nichols había sucumbido pronto al ser consciente de la superioridad temporal de su contrincante, pero Sherrinford podía jurar, sin la más mínima duda, que su retirada era una simple estrategia, un aplazamiento momentáneo hasta un momento favorable. Como también podía jurar que, ahora mismo, y en contraste con su impertérrito gesto externo, el interior de aquella mujer bullía agitado de rabia mientras disponía los ladrillos de su revancha con una pasión que ridiculizaría la que él intentaba imprimir en sus personajes. En su cabeza, como algo natural, se había formado la imagen de Martha y Polly luchando a muerte, con sus manos desnudas como única arma y el vencer a toda costa como única regla. Así, simplemente, como dos bestias salvajes enfrentadas para defender su camada. Las imaginaba saltando la una sobre la otra, clavando las uñas en la piel, desgarrando el cuello de su adversaria a dentelladas secas y calientes. Oh, sí. Martha y Polly eran supervivientes, empujadas por la vida a defender las pocas concesiones que había hecho con ellas con garras y dientes, hasta el extremo de devastar a quien se interpusiera en su camino. A destriparlo. ¡Qué

enorme diferencia con la aséptica y desapasionada actitud de las mujeres de Whitehall o de Mayfair, acostumbradas a fingir desmayos cada vez que necesitaban captar la atención de cualquier varón presente! Mundos de distancia se abrían entre unas y otras. Mundos. Debajo de la piel ajada y el cuerpo descuidado de Martha, la vida se agitaba con un ímpetu primigenio, sin adulteración, sin el sopor que contagia el progreso. El brillo de su mirada era un brillo feral, heredero directo de edades desprovistas de sofisticación y comodidades. ¿Asustado? Nada más lejos de la verdad. Estaba excitado. Excitado como pocas veces recordaba haberlo estado. Excitado hasta tal punto que la habría poseído ahí mismo, encima de la mesa, ajeno a si todos los hombres de aquel local los miraban o no, si con ello hubiese podido saborear apenas unas gotas de la vida que palpitaba en el interior de aquella mujer. Si alguna vez había tenido dudas de qué hacía en aquel lugar, acababa de despejarlas por completo.

–No estoy asustado –insistió Sherrinford–. Qué va.

Martha le dedicó una media sonrisa entre satisfecha y desafiante.

–Bien, caballere. Eres un tío valiente, ¿eh? Pos tas de suerte, porque a Martha le van los tíos valientes, ¿sabes? Le van pero que mucho...

–Bueno... –balbuceó Sherrinford, intentando unir las palabras suficientes para hacer su propuesta–, yo no...

–¿Tú no qué, eh, *Jack*? –ahora empleaba un registro completamente distinto al que había usado para desembarazarse de Polly Nichols. Ahora sus palabras emergían susurrantes y cálidas. Martha le pasó la mano por la cara y le rozó la mejilla. Su tacto parecía arrancar pequeñas chispas de la superficie de su piel–. ¿Qué quíes tú, eh? ¿Qué te gustaría hacer con tu amiga Martha?

–Yo –cielos, ¿cómo se decía eso? ¿Cómo se pedía? La saliva le inundaba la garganta–, es decir, yo...

–¿Tú qué? ¿Qué necesitas? Vamos, pídemelo. Tú sabes qué necesitas; pídeselo a tu Martha.

Sherrinford hizo acopio de fuerza para escupirlo a bocajarro. Como fuera. Como saliera.

–¿Lo... lo haría conmigo por... uh... por... dinero?

Hubo unos instantes de silencio que a Sherrinford se le antojaron eternos. Martha permaneció con la mirada fija en él. Durante esos imponderables instantes, Sherrinford fue incapaz de leer nada en la expresión de la prostituta. Por fin, Martha dobló los labios en una mueca divertida y sonrió ante la que, probablemente, había sido la proposición más torpe que le habían hecho en

toda su vida.

–Joé con el caballere –sentenció–. No, si al final va a resultar que sí era al Ten Bells ande tú querías ir.

4

–¿Dónde vamos?

–Aquí, aquí mismo, ven.

–¿Aquí? Pero... pero esto es una calle... nos pueden ver...

– ¿Y qué si nos ven? ¡Eso que se llevan! Tú no tengas cuidao, mi caballere. Nosotros a lo nuestro. Ven. Ven hombre, no seas miedica.

–No, no es eso, es sólo que este sitio...

–Es igual de bueno que cualquier otro, caballere. Ven. Apriétate contra mí. Verás que calentito.

–...y el olor. Huele a fruta podrida, y a orín y... cielos, igual no ha sido una buena idea...

–Pero ven paquí, condenao. Joder, pero si estás too sudao, caballere. Ven, que yo te relajaré, que yo sé cómo hacerlo, ¿sabes? Martha sabe cómo hacer que a un hombre se le pasen los nervios. Tú sólo tira pacá, caballere. ¿Quieres tocarme las tetas? Claro, claro que quieres tocarme las tetas. A toos os encanta tocar tetas, ¿no? Ven, mira, caballere. Dame la mano.

–Yo...

–Mira. ¿Ves que tetas tan grandes tengo? ¿Ves qué blanditas? Son toas pa ti, caballere. Toca, toca, no tengas miedo. ¿Quieres chuparlas un poco?

–Bueno, no es que...

–Chupa, joder, chupa sin miedo. Que Martha tiene teta de sobra pa ti y pa toos tus amiguitos trajeaos de la City, caballere. A que te gusta, ¿eh?

–Sí... sí...

–Pos claro que te gusta, cagüen too. Chupa, chupa bien. Esto te gusta, ¿eh? Esto te pone en marcha, ¿eh? Venga, sácatela.

–Voy... espera...

–Joé con el caballere. Míralo. Po si tiene una de verdá, cagüen too. Ven. Dámela.

–Espera, yo la meto, yo...

–¿Qué dices? ¡Qué va, hombre, qué va! Tú déjasela a tu Martha, que Martha sabe ponérsela bien. Ven, trae pacá. Así, ¿eh? Mira qué bien, ¿eh?

Hala, hasta dentro, hasta dentro del too. ¿Has visto qué finita entra, eh? ¿Qué suavcita?

–Pero no está dentro, ¿no? No noto...

–¡Joé que no está dentro! ¡Te lo diré yo si está dentro o no! ¡Pero si casi me partes en dos! Pos claro que está dentro. Ven, mira. Tú agítate, ¿eh? Así, así, ah, ah, así, tú dame fuerte, cabrón...

–No es que... no es que quiera llevarle la contraria, pero... ah... ¿está segura que está... ah... dentro? A mí me parece que la tiene... uh... que la tiene cogida entre los muslos...

–¿Qué muslos ni qué mierda frita? ¡Tú sigue así, cabrón! Venga, dámelo too, caballerete. Así, ah, ah, ah, así, así...

–Yo... ah... no sé si... ah...

–Calla, joder, calla y no digas na, que yo ya digo por los dos, ¿eh? Tú dale así, ¿eh? Dale, dale, daledaledaledale... ¿Cómo va? ¿Te corres ya?

–Creo que... creo que sí...

–Venga, córrete, cabrón. Lléname el coño de leche.

–Yo... Hmmmmmmmpf...

–Mu bien, caballerete, mu bien. Así, hale, échala toa, ¿eh? Hale. Yastá, yas descargao, ¿eh? Ahora quita dencima. Too bien, ¿no?

–Sí... sí... es sólo que...

–Hale, pos si too bien, dame a mí lo que me toca, ¿eh? Que una se juega el pan de sus hijos, ¿eh? Habíamos quedao en cincuenta peniques, ¿no?

–Sí, sí... tome...

–Te hecho el precio especial de novato, ¿eh? Que no se corra la voz, ¿eh, caballerete? Que una tié su caché ya formao...

–Sí... sí... no se preocupe, no...

–Hale, caballerete, te dejo pa que tairees, que una toavía tié que seguir currándola, ¿vale? Tú sin prisas, hombre. Tómate tu tiempo. Y cuando quieras, te vienes, que la dulce Martha tié siempre un hueco pa ti, ¿eh? Pa ti y pa tus amiguitos trajeaos de la City. Hale, caballerete. Dale un beso de mi parte a tu mujercita, ¿eh?

Se ríe. Se ríe de mí, maldita sea. ¿Cree que no me doy cuenta? ¿Cree que soy estúpido? A medida que se aleja, las calles sucias y estrechas de Whitechapel

me traen el retumbar de sus pasos, el eco distante de su risa burlona, que embota mis sentidos, como este olor a podredumbre que anega las calles. Pero sí, sí soy estúpido. Creí poder sorber siquiera un poco de la vida que fluye en su interior, y a cambio ella bebe la mía sin compasión. Así me siento; siento que me ha secado por dentro. Me ha podrido con su toque, corrompido por una infección inmediata que prendiera en los recovecos del alma. Y ríe. Como reía (ahora comprendo por qué) cuando observaba junto a sus amigas cómo otra de las de su calaña se cernía sobre su presa allí, en el interior del Ten Bells. Porque no somos sus clientes, nunca lo fuimos. Somos sus presas. Sólo eso.

Intento incorporarme y subirme los pantalones. Dios, debo de estar ridículo. Me odio. Me odio. El tacto de la tela contra mis piernas resulta casi doloroso. Estoy entumecido, embotado. Me odio. He pagado mucho más de los cincuenta peniques (claramente abusivos, lo sé. No era momento de discutir de dinero). Mucho más. Hay algo que, de un modo dramático y definitivo, se ha roto en mí. Podría salir a alguna calle principal, tomar un coche que me llevara a casa y olvidarme para siempre de todo esto. Todavía no son las once. A estas horas Sara suele decir que nos vayamos a la cama. Por el amor de Dios, Sara. Su simple evocación me arranca esquivas de dolor. ¿Qué he hecho, Sara? No debo pensar en eso. Es un error. Sara. Prefiero no coger ese coche. Quizá es mejor volver andando (andando a ver a Sara). Cielos. El aire de la noche me hará bien; me ayudará a pensar. Ella no tiene por qué saberlo. Sara. Tardaré más de una hora en llegar a casa, y eso yendo a paso vivo. Quisiera no llegar nunca. Sara. En realidad, no tiene por qué saberlo. ¿Son todavía risas eso que escucho a lo lejos? Quizá es el murmullo que escapa a través de los cristales del Ten Bells. Estoy seguro de que me engañó, podría jurarlo, Sara, su presa, su víctima. Sí, es mejor ir andando. Eyaculé en sus muslos, estoy seguro, me odio. Sara. Sí, buena idea, ir andando. No pasa nada por llegar tarde preferiría no llegar nunca ella no tiene por qué saberlo quizá es buena idea ir andando quizá la noche me ayude a pensar, oh sí, la noche neblinosa de Londres. Sara.

Emprendo mi camino, contando mis propios pasos. Uno, dos. Cuando llego a tres vuelvo a empezar. Lo hago a menudo, a veces para tranquilizarme, a veces para evadirme, otras para desconectar o para centrar el hilo de la imaginación, y otras por simple manía. Dos, tres. Hoy no. Hoy sé exactamente por qué lo hago. Lo hago para mantener mi cabeza ocupada y no pensar en otra cosa. Uno, dos. Lo hago para no tener que escuchar mi propio pensamiento gritando desafortunadamente que me odio a mí mismo. Tres.

Cuando ya llevo andada más de media hora me asalta un pensamiento curioso, ¿saben? Recuerdo que en cierta ocasión alguien me dijo que la famosa niebla londinense es falsa. Un bulo. Una inmensa mentira engordada y coreada hasta encontrar su sitio en los libros. Me explicaron el motivo, perdonen si no lo describo con exactitud. Dijeron algo sobre que Londres está en un llano y que además está el río Támesis que la atraviesa. Que las condiciones geológicas lo dificultan, que es muy difícil que haya niebla en Londres salvo de forma esporádica, eso dijeron, no recuerdo quién. Que la célebre niebla londinense es una inmensa nube de polución, cortesía del discutible privilegio de ser la ciudad que vio nacer la famosa revolución industrial. Una monstruosa bolsa de suciedad, polvo e inmundicia que invade las calles adoquinadas. Una nube de mierda.

Es una curiosa imagen, ¿no creen? Yo volviendo a casa, odiándome a mí mismo, pensando en Sara, atravesando la mierda.

6

Sherrinford tuvo mucho cuidado de no hacer ningún ruido al cerrar tras de sí la puerta de su casa. Era casi la una de la noche; con toda probabilidad, a estas horas, Sara ya estaría entregada a la bendición de un sueño profundo. Seguro que sí. Tuvo que tragar saliva pesadamente al volver a pensar en su mujer. Más pesadamente ahora que la proximidad de ella hacía inevitable el encuentro. ¿Cómo se iba a sentir al mirarla? ¿Lo consumiría la culpabilidad, del mismo modo que había estado carcomiéndolo durante todo el trayecto de regreso a casa? ¿Lo traspasaría una lanzada de dolor al ver su cara? Sherrinford intentó vaciar su cabeza de todo pensamiento y, con todo el sigilo que fue capaz, se dirigió a su habitación. En cuanto abrió la puerta del hall y dobló el recodo del pasillo, un nudo le atenazó la garganta.

La luz de su habitación estaba encendida, la puerta entreabierta.

Sara debía de estar despierta.

—Sherrinford —la voz de su mujer emergió ahogada desde la habitación, volviendo innecesaria toda suposición—. Sherrinford, ¿eres tú? ¿Ya has llegado?

Sherrinford apretó los puños y decidió terminar con aquello de una vez. Avanzó por el pasillo hasta la altura de su habitación y terminó de abrir la puerta. A la media luz de una fluctuante lámpara de gas, sólo una de las dos

que estaban a ambos lados de la cabecera de la cama, Sherrinford pudo contemplar a su esposa, que en esos momentos, vestida sólo con el camisón blanco, el negro cabello suelto sobre los hombros, salía de la cama para ir a su encuentro.

–Sssh –susurró él, intentando que su voz no dejase traslucir su lucha interna–. Es muy tarde. ¿Qué haces todavía despierta?

–No podía dormirme. ¿Dónde estabas?

En el rostro de Sara iluminado por la lámpara, Sherrinford encontró las señales inequívocas de la preocupación, y fue consciente de que había estado llorando. Eso lo hizo sentirse todavía más sucio. ¿Por qué? Maldita sea, ¿por qué era ella tan perfecta? ¿Por qué era todo amor, y comprensión, y bondad? ¿Por qué lo quería tanto, cuando él no merecía ni la sombra de su desprecio? De pie frente a su esposa, el pecho de Sherrinford empezaba a hincharse bajo la presión de la culpabilidad, a la que, curiosamente, acompañaba un sentimiento mucho menos comprensible y mucho más inesperado.

Rencor.

Rencor hacia ella, hacia su perfección, hacia su totalidad. ¿Por qué lo había elegido a él? ¿Para hacer destacar todavía más su imperfección? ¿Para hacer que se sintiera como el perdedor en el que se había convertido?

–He tenido que atender una urgencia –mintió.

–Oh, amor mío, tienes que estar cansado –dijo ella, rebotando comprensión, mientras se echaba en sus brazos–. ¿Por qué no has enviado a nadie a que me avisara? Siempre lo haces.

–No lo pensé –mintió–. Estuve muy ocupado –mintió–. Ya sabes, una urgencia.

–Amor mío. Tu ropa apesta, y estás empapado. ¿Has venido andando?

–No... no –mintió–. Es decir, sí que cogí un coche, pero le pedí que me dejara dos calles más abajo –mintió–. Necesitaba caminar, después de... bueno, de todo. Ya sabes; tomar el aire –mintió, mintió, mintió, mintió, mintió.

–Oh, Sherrinford, cariño mío, deja que te cuide. ¿Has cenado? ¿Quieres que te prepare algo?

–No, no... –la conversación empezaba a alargarse más de lo debido. ¿Es que ella no se daba cuenta de que no quería hablar? Por el amor de Dios, ¿podía dejarle un poco de espacio? Tanto cariño y tanta atención prodigada sólo contribuían a hacer que se sintiese todavía más bajo, todavía más miserable–. De verdad, estoy bien. Sólo quiero dormir, eso es todo.

–Está bien, amor. Está bien. Quítate la ropa. Mañana la lavaré. ¿Quieres

que te ayude?

Sherrinford se sentía atosigado por el esmero con que su mujer lo atendía. ¿Por qué lo atormentaba así? ¿Era consciente de que todos sus agasajos iban destinados a alguien tan sucio y ruin que no merecía siquiera que ella se dignase a escupirle? ¿Qué pasaría si ella lo supiera? ¿Qué pasaría si ahora él dijera “ah, por cierto, no es verdad que haya tenido una urgencia, en realidad llego tarde porque me he entretenido follándome a una puta en Whitechapel, le he pagado cincuenta peniques y luego, como me sentía jodidamente culpable, he decidido venir a casa andando para tratar de retrasar lo inevitable”? Durante unos obtusos momentos la idea de pronunciar aquella frase no le pareció tan descabellada. Sólo quería desembarazarse de ella, eliminar el origen de su culpabilidad.

—No hace falta —dijo, y su voz ya no sonaba tan suave como al principio—. Puedo hacerlo yo solo.

—Ven, siéntate, te ayudaré a quitarte las botas.

—¿Es que no me has oído? —ahora ya no se esforzó en absoluto en susurrar. De hecho, su voz emergió rallando el nivel del grito—. Por el amor de Dios, Sara. Déjame en paz, ¿quieres?

Sara abrió los ojos estupefacta. ¿A qué venía aquella reacción? ¿Qué era? ¿Qué estaba haciendo mal? Como durante toda su vida le habían enseñado a pensar, supuso que no estaba siendo lo bastante complaciente con su marido, a quien tenía la obligación de mantener feliz. Se sintió torpe e insignificante, impotente ante el malestar de su esposo, que no llegaba a comprender. Así que no tuvo más remedio que volver a la carga.

—Sherrinford, ¿estás bien? —la voz temblaba en su garganta. Un poco más y rompería a llorar.

—Maldita sea, ya te he dicho que estoy bien. Es la tensión, sólo eso. Necesito tranquilizarme, ¿vale? Necesito relajarme.

Una idea estúpida pasó por la cabeza de Sara. Algo que su madre le había dicho en alguna ocasión.

—¿Quieres... quieres *hacerlo*? —titubeó—. A lo mejor con eso... no sé... quizás puedas... relajarte...

—¡No quiero hacerlo, Sara! —la sangre bullía en las venas de Sherrinford. La culpabilidad, la rabia y el rencor agitaban su interior en una cadencia descontrolada, y los fútil esfuerzos de su esposa sólo contribuían a enervarlo todavía más—. ¿Quieres hacer el favor de dejarme en paz?

—Vamos, Sherrinford —dijo ella, suplicante. Su voz era quebrada,

contaminada de necesidad. Sara empezó a desabrocharle los pantalones—. Puedo hacerlo, puedo hacerte feliz. He oído... cosas... algunas cosas... puede ser distinto, ¿sabes? Sólo déjame intentarlo, ¿vale? Wendy Knopfler dice que a los hombres os gusta...

Sherrinford no pudo seguir escuchando ni una palabra más. Incapaz de soportar la voz de su mujer, la empujó con violencia lejos de sí para desembarazarse de ella. La reacción la pilló tan por sorpresa que la frase quedó interrumpida a mitad, y su cuerpo delgado y delicado vino a estrellarse contra la pared junto a la cama, que retumbó en un golpe sordo. Sin poder dar crédito a lo que estaba sucediendo, Sara reaccionó de la única forma que pudo.

Rompió a llorar.

—¡Sherrinford! —sollozó. Las lágrimas empezaban a escurrirse por sus mejillas—. ¿Por qué...?

—¡Cállate!

—¡Yo sólo quiero hacerte feliz! —insistió ella, hipando.

—¡Cállate!

—¡...tú no me dejas que te haga feliz...!

—¡Cállate!

—¡...y yo no soy capaz de...!

—¡CállatecállatecállateCÁLLATE!

En un último y definitivo arrebató, Sherrinford se abalanzó sobre su mujer con la mano extendida. Cuando descargó el brazo sobre ella con toda la fuerza de su cuerpo, la furia embotó sus sentidos y ya no fue consciente de lo que hacía.

7

Es una curiosa imagen, sí. Sherrinford volviendo a casa, odiándose a sí mismo, arrojándose de cabeza a la más profunda oscuridad. El vórtice desatado, libre por unos instantes para fluir, catar la existencia y decidir que le encantaba su sabor.

Dos. Tres. Luego silencio.

IV. LA TRANSFORMACIÓN

Ahora, después del fracaso, le haría falta buscar otra víctima, porque si no su transformación no tendría lugar... Y porque si no lo hacía así, la voz del dios no le dejaría ni un segundo de descanso.

Vicent Ortega

1

Cuervos.

Cuervo, *corvus*. Ascensión recta, 12.46 horas. Declinación, -13.33 grados. El dios Apolo envía al cuervo a traer agua de un cráter cercano. El cuervo traidor y embustero se distrae por el camino y, como excusa, le trae a Apolo una copa con una serpiente de agua. Apolo enfurece, claro, y como castigo los coloca a los tres en el firmamento: cuervo, cráter y serpiente. El cráter al este, la serpiente o Hydra al sur. Al norte Virgo, la doncella, que nada tiene que ver con el asunto, pero que observa los ojos negros del cuervo y no puede reprimir un escalofrío que le recorre el cuerpo de arriba abajo. Y, todavía enojado, el dios Apolo se vuelve hacia el mil veces maldito pájaro y le arroja su maldición: vagar siempre sediento, por toda la eternidad.

Cuervos.

Es un cuadrilátero; un cuadrado minúsculo de cuyo borde derecho pende una diminuta estrella. Cinco. Cinco destellos, en una región del firmamento curiosamente despoblada, como si toda la creación temiese acercarse demasiado al cuervo embustero de ojos negros. Alfa, *Alchiba*, de magnitud 4.04 y color amarillo, cinco veces más brillante que el sol. Beta, *Kraf*, magnitud 2.66 y color amarillo, 133 veces más brillante que el sol. Gamma,

Gienah Ghurab, magnitud 2.59 y color azul, 200 veces más luminosa que el sol. Delta, *Alborab*, magnitud 2.97 y color blanco, 40 veces más brillante que el sol. Es una estrella doble: dos cuerpos celestes unidos para siempre en una danza elíptica eterna, uno alrededor del otro, el otro alrededor del primero. Se cuelean de soslayo en el firmamento nocturno y se asoman a los cielos primaverales en el hemisferio norte y a los otoñales en el sur, culminando a medianoche a finales de marzo.

Cuervos.

2

Laura Quiteley seguía hablando, pero Sherrinford hacía mucho tiempo que no la escuchaba. Su pensamiento flotaba a kilómetros de distancia de esa consulta, de esa mujer y de su inagotable hipocondría.

—No es algo... ¿cómo decirlo?... continuado. ¿Entiende, doctor? Es puntual...

Al principio había intentado fingir que le interesaba. A los pocos minutos, hasta de eso se había cansado. Y le traía sin cuidado si la vieja señora Quiteley se daba cuenta de que no le estaba prestando la más mínima atención. Aún más, ojalá lo hiciera. Ojalá. Ojalá detuviese su monólogo incesante, cansino y repetitivo y, con cara de reproche, le dijese: “Doctor, parece que no le importe lo que le estoy contando”. Oh, sí. Eso sería magnífico. Entonces él se levantaría de su asiento y, con todo el descaro del mundo, miraría a ese loro maniático a la cara y le soltaría de cuajo: “Es que no me importa, ¿sabe? No me importa lo más mínimo. No me importa una *mierda*”. ¿Qué haría la vieja, entonces? ¿Gritaría? ¿Se escandalizaría? A lo mejor le daba un auténtico ataque. Un ataque de los de verdad. A lo mejor caía fulminada al suelo, petrificada y, por una vez en todos estos años, justificaría el haber ido a su consulta.

—Recuerde lo de la pobre Juliet Sutherland... todo fue tan rápido... Nadie se lo esperaba, ¿no? El doctor Stewart no le daba importancia...

Podía ser divertido, sí. Igual no la atendía enseguida. Igual la dejaba retorcerse en el suelo, para que supiera de una vez por todas qué demonios era la enfermedad, la verdadera enfermedad. Vieja bruja... nunca en su vida había tenido ni siquiera un dolor de estómago. Podía ser muy divertido. Permanecer inmóvil unos instantes, que serían eternos para ella, intentando contener la

risa, viéndola doblarse sobre sí misma. Luego se acercaría a ella y susurraría en su oído: “¿Lo ve, señora Quiteley? *Esto* es estar enferma. Hasta que no vuelva a sentirse así, haga el favor de olvidarse de mí”. Glorioso. Simplemente glorioso.

—En fin —la anciana parecía haber llegado a un punto y aparte en su discurso—. ¿Qué cree usted?

—Oh —Sherrinford se esforzó por regresar al momento presente—. Yo de usted no me preocuparía. No creo que sea nada.

—¿No va a auscultarme?

— ¿Auscultarla?

—Claro —dijo ella, como si se tratase de algo evidente, mientras señalaba con las manos su pecho—. Las palpitaciones... el zumbido... el aneurisma de aorta... lo que mató a la pobre Juliet... ¿Cómo va a estar seguro de que no es eso lo que tengo, si no me ausculta?

¡Aneurisma de aorta! ¿Dónde demonios habría escuchado aquello esa endiablada mujer? Sherrinford respiró con fuerza y trató de reunir una paciencia que, desde luego, no tenía. Hoy no. Intentó pensar en los cincuenta peniques que la señora Quiteley dejaría tras de sí al marcharse, pero incluso bajo aquella perspectiva, la visita se estaba convirtiendo en un suplicio insoportable. Con cierta resignación se levantó de su asiento y se dirigió a la mesa del despacho. Abrió el pequeño estuche negro de tafilete y extrajo de él su fonendoscopio.

—¿Va a auscultarme con *eso*? —preguntó la señora Quiteley al ver el instrumento en sus manos.

—¿Cómo si no? —replicó Sherrinford, en verdad hastiado de aquella mujer.

—No me gustan esos inventos modernos. Todo el mundo sabe que reducen la sensibilidad.

¿Modernos? ¿Sensibilidad? Por el amor de Dios, ¿qué tipo de increíbles majaderías estaba diciendo aquella estúpida? Sherrinford tuvo que morderse la lengua para no soltar alguna incorrección. ¿Moderno el fonendoscopio? ¡Por favor! A esas alturas era ya inconcebible un médico sin su fonendoscopio biaural. Nadie empleaba la vieja técnica de pegar el oído al pecho del paciente. Aquella mujer lo estaba sacando de sus casillas.

—Señora Quiteley, eso no es verdad. El fonendoscopio es muy fiable, quizá más que la auscultación directa. Y es menos violento para los pacientes...

—Será menos violento para *algunos* pacientes. Para los descuidados,

quizá. Pero a mí no me gustan los diagnósticos hechos a la ligera: yo quiero que me ausculte al modo tradicional, como me auscultaba el doctor Richards. ¿Cómo va a ser igual de sensible ese aparato que escuchar directamente? El sonido se pierde por el camino, ¿sabe? Sé de qué hablo. He leído libros.

Sherrinford apretó los puños y maldijo por lo bajo todos los libros que hubiera podido leer aquella loca.

—Está bien, está bien. Desabróchese un poco la blusa.

Antes de que Sherrinford pudiese terminar su frase, con una presteza que rozaba el absurdo, Laura Quiteley se había desembarazado del pañuelo que llevaba anudado al cuello y se había desabotonado por completo la parte de arriba del vestido y la blusa, dejando al descubierto unos senos caídos y arrugados. Deseando acabar con aquello de una vez por todas, Sherrinford se inclinó sobre ella y pegó el oído a su pecho, encima del seno izquierdo. Esperó unos instantes antes de volver a incorporarse.

—Yo lo escucho en perfectas condiciones, señora Quiteley.

—¿Está seguro, doctor? —dijo la mujer. Quizá eran imaginaciones suyas, pero Sherrinford habría jurado que estaba incluso defraudada—. ¿Seguro que no detecta nada?

—Seguro. Tiene usted el pulso completamente normal.

—¿Y la mitral? —replicó ella, que parecía reacia a abrocharse de nuevo la blusa e incapaz de asumir su perfecto estado de salud—. A lo mejor la aorta está bien, pero, ¿y la mitral? Recuerde lo que le pasó a Phil Lester, que en paz descansa. Igual estamos centrándonos en la aorta y lo que falla es la mitral.

—Señora Quiteley —la interrumpió él, ya sin contención—, ¡está perfectamente! ¡Perfectamente! ¡No le falla la aorta, ni la mitral, ni nada de nada! ¿Entiende? ¡Está usted...!

Con un estridente golpe seco que retumbó como un súbito estallido, la puerta del despacho se abrió de par en par. Pillado por sorpresa, Sherrinford dejó la frase a medio terminar y se dio la vuelta para ver cuál era el origen de aquella brusca interrupción. Le costó apenas una fracción de segundo comprender lo que sucedía, en cuanto vio quién entraba en aquella estancia. Comprendió, y todo el mundo se cayó a sus pies.

Era el doctor Richards.

El doctor Richards, que avanzaba hacia él hecho una verdadera furia. Unos pocos metros detrás, Sara corría para intentar contener a su padre.

—¡Bastardo! —dijo el doctor, al tiempo que se abalanzaba sobre Sherrinford con el rostro encendido—. ¡Maldito bastardo!

–¡Padre! –exclamó Sara, aterrada–. ¡No! ¡Detente!

Tan sorprendida o más que el propio Sherrinford por la irrupción del viejo doctor, la señora Quiteley rompió a gritar, sin recordar que todavía tenía el pecho al descubierto. Para un observador externo y sereno la escena habría sido grotesca, pero en aquella sala no había nadie externo. Ni sereno.

–Doctor Richards... –balbuceó Sherrinford, sin saber muy bien cómo reaccionar–. No le...

La ya de por sí imponente figura del doctor Richards era, en ese momento y en ese estado, todavía más imponente. Se arrojó sobre Sherrinford con el ímpetu de un toro desbocado, haciendo gala de la misma fuerza y energía, y lo empujó contra la mesa del escritorio. Sherrinford trató de parar la embestida, pero sus movimientos fueron lentos y torpes, y el intento inútil. Abrumado por la intensidad física de la arremetida, sin duda avivada por la irrefrenable cólera que embargaba a su suegro, Sherrinford se vio en un instante con la espalda pegada al escritorio y el doctor Richards, loco de rabia, inclinado sobre él.

–¡Cállate! –exclamó con voz tronante–. ¿Tú sabes qué has hecho?

–Padre, ¡déjalo!

–Doctor Richards... –con la intensidad de la refriega, ninguno de los tres pudo escuchar la voz de fondo de la señora Quiteley quien, algo más consciente de qué era lo que podía estar pasando en aquel despacho, había reconocido al recién llegado, se había dado cuenta de su desnudez y, a toda prisa, se afanaba por abotonar de nuevo su blusa.

No parecía que el doctor Richards fuera a comedirse por la presencia de la mujer, tan fuera de sí como estaba. Con una fuerza inusitada en alguien de su edad, el doctor sujetó a Sherrinford por las solapas de su traje de un modo tan férreo que le dificultaba la respiración. Sara trataba en vano de contenerlo.

–Cálmese... –dijo Sherrinford con una inmensa dificultad.

–¿Que me calme? ¿Que me calme, dices? ¿Como te calmaste tú, desgraciado?

–No... no fue... mi intención... fue... un accidente.

Lejos de aplacarlo, aquella frase dicha entre dientes reavivó su rabia.

–¿Un accidente? ¡Por todos los santos! ¿Tú has visto la cara que le has dejado, maldito demente? ¿Tú llamas a eso un accidente?

–Doctor... –la presión sobre su garganta se hacía insoportable. La vista empezaba a nublársele. Si no conseguía detenerlo pronto, en pocos segundos perdería el conocimiento. Tenía que pararlo, y tenía que hacerlo ya. Hizo un

intento a la desesperada—, no puedo... respirar...

—Padre... por favor... —sollozó Sara.

Ajeno al sufrimiento de su yerno y a las súplicas de su hija, el doctor Richards intensificó aún más su presa. Parecía decidido a acabar con él. Sherrinford nunca habría creído posible una ferocidad así, mucho menos proveniente de quien había sido desde mucho tiempo atrás mentor y amigo. Vencido por el esfuerzo, Sherrinford sintió que la consciencia comenzaba a abandonarlo.

Y, en ese momento, el doctor Richards se detuvo.

Se detuvo en seco, de repente, en el mismo instante en que sus ojos se abrían del todo y sus pupilas se contraían hasta verse reducidas a un puntito diminuto en el centro del iris. Su cara se tensó y adquirió una expresión expectante. Las manos que sujetaban a Sherrinford por el cuello cesaron de hacer presión de una forma súbita, como si los músculos del cuerpo del doctor hubieran decidido dejar de funcionar todos a la vez. Agradeciendo y a la vez preguntándose cuál sería el motivo de tan repentino abandono, Sherrinford llenó sus pulmones de aire por si su atacante decidía renovar su embestida. Pero no daba la impresión de que fuera a ser así. Con pasos pequeños y torpes, sin abandonar la expresión de aturdimiento que le había llenado la cara, el doctor Richards empezó a retroceder, ante la mirada incrédula de su hija, que tampoco entendía el porqué de aquel parón. Luego se llevó las manos al pecho, y se dobló sobre sí mismo muy lentamente.

—Doctor Richards... —un destello de comprensión chasqueó en la cabeza de Sherrinford.

—¡Padre! —gritó Sara, fuera de sí.

La señora Quiteley también debió de comprender lo que sucedía, porque volvió a ceder al nerviosismo y rompió a gritar.

Aquel hombre estaba a punto de sufrir un ataque.

—Doctor Richards —repitió Sherrinford, aturdido por la velocidad con la que se estaban concatenando los hechos—. ¿Se encuentra bien?

Por toda respuesta, el doctor Richards empezó a respirar con pesadez y dificultad. Sara se inclinó sobre su padre, sin saber qué hacer en una situación así. Viendo sus sospechas confirmadas, Sherrinford se adelantó para intentar atender a su suegro.

—Deje que le ayude... —más que tranquilizarlo, el ofrecimiento pareció ofender al viejo médico, quien levantó la mano para indicar a su yerno que su ayuda no era bienvenido.

Con los ojos fijos en el suelo, el doctor Richards se forzó a reducir el ritmo de su respiración, algo que parecía requerirle un esfuerzo sobrehumano. Las lágrimas se deslizaban por las mejillas de Sara.

–Deje que le eche una mano... –insistió Sherrinford.

–No me toques –repuso el doctor en un hilillo de voz, mientras se esforzaba por reconducir su cuerpo a la normalidad. Todavía tuvo presencia de ánimo para apuntarlo con un dedo índice acusador–. Ni se te ocurra acercarte a mí.

–Pero doctor...

–¡Cállate! –la voz de Richards empezaba a recuperar un volumen normal–. ¡No mereces que te escuche! ¡Tú no eres un hombre!

Algo recuperado del repentino susto, el ofendido doctor empezó a incorporarse apoyándose en su hija, vigilado por la atenta mirada de Sherrinford y de la señora Quiteley, quien no daba crédito a la escena que se desarrollaba ante sus ojos. Cuando Richards estuvo en pie de nuevo, repitió con todo el desprecio que cabía en su boca:

–Tú no eres un hombre.

Aquellas palabras se estrellaron contra Sherrinford de una forma mucho más dolorosa incluso de lo que había sido su anterior arranque de furia. Sherrinford se sintió el ser más despreciable del mundo. Tanto que ni siquiera fue capaz de resistir la mirada de reproche de su suegro y tuvo que bajar la vista al suelo.

–Yo... lo siento...

Al escuchar su torpe excusa, el doctor Richards hizo una mueca de incompreensión.

–¿Lo sientes? –dijo, como si escupiera las palabras–. ¿Lo sientes? No tienes ni idea. Por el amor de Dios, mira su cara. ¿Qué clase de monstruo eres? ¡Mira su cara!

No tuvo agallas para hacerlo. Demasiado bien sabía en qué condiciones había quedado el rostro de su esposa a resultas de su incomprensible ataque de rabia. En aquel momento, en aquella habitación, Sherrinford se sentía asquerosamente detestable. Apretó los puños con fuerza y dejó la mirada fija en el suelo. Su alma era un mar embravecido de odio hacia sí mismo.

Hubo unos instantes de silencio en los que nadie se atrevió a emitir sonido alguno. El aire de aquella habitación se había enrarecido tanto que a todos les era casi imposible respirar, incluida a la vieja señora Quiteley. Sólo el doctor Richards se atrevió a romper el silencio. Agitó la cabeza para hace

su desprecio más evidente y dijo:

–No te mereces ni un segundo más de nuestro tiempo –y, dirigiéndose a su hija, añadió–. Sara, nos vamos.

–¿Nos vamos? –preguntó ella, sin comprender–. ¿Cómo...?

–Tú y yo. Nos vamos a casa, con tu madre.

–Pero... –intentó protestar ella, temerosa–, Sherrinford... él es mi marido...

–¡Perdió todo derecho sobre ti cuando te puso la mano encima! –gritó. Para él, la cuestión estaba más que zanjada. Agarró a Sara por el brazo y la condujo a la entrada de la casa–. ¡Sube al coche!

–Padre...

–Doctor Richards –intentó protestar Sherrinford, aunque intuía que iba a ser inútil. Una resolución irrefrenable brillaba en los ojos de su suegro. Echó a andar tras ellos en dirección a la puerta principal.

–¡He dicho que subas al coche!

El doctor Richards abrió la puerta de la casa. El Hansom de dos caballos que usualmente utilizaba para desplazarse por la ciudad estaba aparcado justo enfrente. Sara pareció debatirse unos instantes entre sus opciones.

–Sara... –Sherrinford intentó apelar a su esposa, ya que comprendía que hacer cambiar de idea a su suegro iba a ser del todo imposible. Su única posibilidad era tratar de influir en ella. Le dedicó una mirada de súplica profunda, vital, y se topó de nuevo con los cardenales que él mismo había dejado impresos sobre su delicada piel. La visión de aquel ojo hinchado le atenazó la garganta. Se sentía un miserable, era verdad, pero no podía perderla, no podía dejarla marchar. Ahora no–. Sara... sabes que fue un error...

–Sara, ¡sube al coche!

–No era mi intención...

–Este desgraciado no merece que sufras por él. ¡Sube al coche!

–Sara...

Por fin, la balanza pareció inclinarse hacia uno de los lados. Sara rompió a llorar.

–Lo siento, Sherrinford –dijo, y salió por la puerta en dirección al coche.

El primer impulso de Sherrinford fue echar a correr tras ella, pero su suegro frustró su intención al interponerse en su camino. No dijo nada, no pronunció palabra. Su simple presencia bastaba para hacerle entender que cualquier conato de rebeldía iba a ser inútil. El doctor Richards frunció su

ceño con la expresión más severa que Sherrinford jamás hubiera visto.

–Doctor Richards –dijo con desesperación–, deje que al menos...

–Haz el favor de no humillarte más de lo que ya has hecho, Sherrinford –dijo con parquedad, mientras se dirigía él también al coche.

–Pero, doctor, yo no...

El doctor Richards, airado, volvió a encararse a él.

–¿Tú qué? ¿Eh? ¿Tú qué? ¿Lo sientes? ¿Es eso? ¿Vas a volver a decirme que lo sientes? ¿Que fue un accidente? ¡Te he querido como a un hijo! ¡Te he *tratado* como a un hijo! ¡Y te lo dije! ¡Te lo advertí! ¡Me confié a ti como sólo un padre se confía a su hijo! Te lo insinué, te lo volví a insinuar, y en la Torre te lo dije todo lo claro que fui capaz. ¿Y de qué sirvió? ¿Eh? ¿Tienes problemas, Sherrinford? ¡Pues los resuelves como los resolvemos los hombres! ¡Pero no utilices a mi hija para ahogar tus frustraciones! Ella no se lo merece. Desde luego que no. Ella se merece algo mejor.

El doctor Richards le dio la espalda a Sherrinford y se dispuso a subir al carruaje, en cuyo pescante el cochero esperaba la orden pertinente para azuzar a los caballos y salir corriendo. Antes de sentarse en su asiento, el doctor aún se detuvo unos instantes, sopesando si debía pronunciar una última palabra. Al fin pareció decidirse; giró la cabeza un poco, y añadió, en una voz que daba escalofríos:

–Estás acabado, Sherrinford. Acabado. Del todo.

Y, con un pequeño impulso, acabó de subir al vehículo, tomó asiento y golpeó la ventanilla de atrás, lo que indicaba al cochero que ya podía arrancar. El conductor tensó las riendas e hizo restallar el látigo, lo que provocó que el coche se pusiera en marcha.

Sherrinford permaneció de pie a la puerta de su casa con la mirada vacía mucho tiempo después de que el vehículo hubiera doblado la esquina y se hubiera perdido definitivamente de la vista. Dolido y maltrecho, asqueado de sí mismo, se odió con una virulencia inusitada. Su pensamiento era una yuxtaposición caótica de imágenes reales e imaginadas, recuerdos descolgados tomados de momentos inespecíficos con los que su conciencia lo bombardeaba. En su cabeza, las risas de los momentos felices de Sara se alternaban y en ocasiones se superponían con destellos aterradores de lo que él mismo (él, la bestia que habitaba dentro de él) le había hecho la otra noche. Vio el ojo hinchado, el labio partido, el moratón que rodeaba el pómulo. Tan terrible era la culpabilidad que oprimía su garganta que tuvo que encerrarse en sí mismo, ajeno a todo lo que pasaba a su alrededor, y permanecer así durante

un tiempo que no pudo cuantificar. En su absoluto aislamiento, ni siquiera fue consciente de que la señora Quiteley salía de su casa, tras presenciar toda la escena, con una expresión de profundo desprecio dibujada en la cara y con la firme convicción de no volver a aquella consulta nunca jamás.

3

Gritar.

Escapar.

Saltar, romperlo todo, quizás.

(La herida no cierra y alguien se encarga de golpearla)

A veces pienso que sería el mejor momento para morir. De verdad. Morir. Acoger como una bendición el regalo de la noche y el olvido eternos. Oh sí, ¡qué dulce perspectiva resulta ahora sumirse en la oscuridad y el silencio! Casi lo deseo. No más noches devorado por la culpa, acuciado por la necesidad de escribir, atormentado por mi fracaso. No más mañanas arrastrando mi cansancio fuera de la cama, contemplando la existencia como una dura losa contra la que nunca tendré la más mínima oportunidad, incapaz de soportar ni un solo día más. ¿Por qué? ¿Por qué todo tuvo que pudrirse tan de repente? ¿Por qué siniestro giro del destino soy yo este maldito envoltorio de huesos y frustración que me rodea?

(He estado golpeando las paredes con los puños cerrados)

Apenas

queda

nada

salvo

He intentado hablar con ella. Claro que lo he hecho. El doctor Richards no se digna a abrir la puerta. Desde el otro lado, una voz me grita que me vaya, que no soy bienvenido. ¡Ni siquiera una maldita oportunidad! Cada vez que lo hago, una diminuta oscilación en la cortina de la ventana del piso superior (apenas perceptible, creo que soy el único que puede verla, el único que *sabe* verla) delata su presencia. Está ahí, lo sé. Está ahí contemplando mi infierno y mi derrota, junto a mí y a universos de distancia. Ayer, cuando me rendí y decidí regresar a casa, vomité en la acera, frente a su puerta, incapaz de soportar el asco que yo mismo me provoqué.

Apenas queda nada a salvo.

¿Sabes qué es lo peor? Ver sus ojos. Es cerrar los míos y ver sus ojos; su cara, acusadora; su sonrisa perfecta, más perfecta aún en mi cabeza, más ahora que ya no la tengo. Es su ausencia, como el gusano que devora las entrañas, que se mueve en la oscuridad por debajo de la piel.

Sara.

(Los nudillos en carne viva, sí; tengo los nudillos en carne viva)

Sé que otros escritores utilizan estos sentimientos en sus obras. Lo sé. Aprovechan el drama personal para edificar tragedias con los ladrillos de su propio dolor. ¿Por qué no soy yo capaz de hacerlo? ¿Por qué demonios no he escrito ni una sola palabra en todo este tiempo? Hasta el tacto de la pluma me repele. No puedo permanecer sentado más que unos segundos. ¿Sentado? No sereno. No consciente. La botella de whisky y la jeringuilla hipodérmica se convierten en el único fugaz alivio que me permite desligarme del vacío que soy. Esa fría inmensidad que devora las almas. Menerght-tay-dûhn, el que guía la devastación.

Lo que decía. Un buen momento para morir.

Y sigo pensando que lo peor, de todo lo peor, es ver sus ojos.

Juro que lo peor es ver sus ojos.

4

El tintineo agudo de la campanilla repiqueteó por toda la casa. Tirado de cualquier modo sobre la cama, aquel sonido metálico se coló en los oídos de Sherrinford como lo haría un chorro de pequeñas agujas. Su primera intención fue no hacer nada, permanecer abandonado en posición horizontal sobre las arrugadas sábanas y dejar que la campanilla siguiese sonando hasta que la persona que llamaba a su puerta se cansara de insistir. La perspectiva de levantarse y recorrer los metros que lo separaban del hall se le antojaba terriblemente costosa. La cabeza le daba vueltas, los oídos le zumbaban, y en su boca el tacto áspero de su lengua se mezclaba con un amargo y desagradable regusto a bilis. Los efectos de la última botella de whisky se habían desvanecido, y habían dejado, en su lugar, el desagradable rastro de una horrible resaca. En verdad le iba a costar mucho levantarse.

Cuando la campanilla volvió a sonar, insistente, un segundo pensamiento, extrañamente lúcido, pasó por su cabeza. Aquella campanilla había sido utilizada muy poco durante los últimos días. Durante los últimos... ¿cuántos?

¿Tres? ¿Cuatro? Ni siquiera era capaz de decirlo. En su mente febril, el transcurso del tiempo había adquirido una textura pastosa que le impedía cuantificar con exactitud. En todo caso, había sido mucho tiempo. Demasiado tiempo. Demasiado tiempo sin un paciente, sin una visita, ni siquiera de cortesía. Daba la impresión de que, junto a Sara, toda su vida social y profesional había abandonado aquella casa, e intuía que el doctor Richards tenía algo que ver en el asunto. Quizá el motivo que agitaba aquella campanilla era algo importante. ¿Quién podía saber? En un inconcebible destello de lucidez decidió levantarse de su abandono y averiguar qué o quién perturbaba su solitaria iniquidad.

Incorporarse de la cama le requirió un esfuerzo titánico. Daba la impresión de que toda la habitación daba vueltas alrededor de él. Tenía los sentidos embotados, aunque aquello casi era algo de agradecer, puesto que así no tenía que preocuparse del fétido ambiente que se respiraba en aquella desatendida habitación, donde los rastros del descuido se mezclaban con el olor penetrante del alcohol y del vómito. Tanteando la pared para no perder el equilibrio y sintiendo los pies más pesados de lo que jamás los había sentido, tuvo que sortear las botellas de cristal que yacían desordenadas sobre el suelo. Salió al pasillo e intentó gritar “ya va”, pero la voz emergía de su garganta inhumanamente ronca y arrancaban punzadas de dolor a su paso. Decidió que, en lugar de intentar hablar, quizá era mejor acelerar el paso para llegar cuanto antes a la puerta principal.

Cuando apoyó la mano sobre el picaporte, durante unos fugaces instantes, fue consciente de la degradada imagen de sí mismo que ofrecía. Llevaba varios días sin afeitarse y sin dedicarse un mínimo aseo. Tampoco se había cambiado de ropa desde dos o tres días atrás. Deplorable. Ahora mismo, su aspecto era del todo deplorable. ¿Qué iba a pensar aquel, fuera quien fuera, que esperaba al otro lado de la puerta? ¿Y si era un cliente? Quizá su sola visión espantase al único paciente que había osado pasarse por su consulta en días. Sherrinford volvió a plantearse olvidar el sonido de aquella campana y hacer como si, simplemente, no estuviera allí. Pero antes de que pudiera decidir nada, del otro lado de la puerta le llegó el sonido de una voz aguda e infantil que le hizo sentirse aliviado.

—¿Sherrinford Wilson? ¿Doctor Wilson? Traigo un comunicado de la Compton & Co.

Al escuchar aquello, Sherrinford suspiró aligerado. Un niño. No un paciente, ni un cliente, ni un conocido que pudiera ir difundiendo el rumor

acerca de su maltrecho estado. Un niño, sólo un niño. Uno de aquellos pillastres callejeros que las empresas empleaban bajo mano y por unos pocos peniques para repartir su correspondencia por la ciudad de Londres sin tener que recurrir al siempre eficiente, pero más costoso, servicio de correos. Nada que temer. Sólo un niño. Después, sólo después de respirar tranquilo, su cabeza fue capaz de procesar la otra parte del mensaje.

Comunicado.

Compton & Co.

A pesar de su miserable estado anímico, su corazón se permitió dar lo que parecía ser un vuelco. Compton & Co. La última editorial a la que había enviado una copia de *El vórtice*. Un comunicado, había dicho aquel chaval. Co-mu-ni-ca-do. ¿Podría ser que...? No, claro, cómo iban a... Pero cuando una editorial no estaba interesada... No había que hacerse ilusiones, por supuesto, pero... ¿podía ser? Es decir, ¿y si, después de todo...?

Sherrinford percibió que, a pesar del mareo, su cabeza iba adquiriendo ciertos visos de lucidez. Empujó el picaporte, abrió la puerta y se encontró cara a cara con un muchachito de aspecto desmañado, revuelto cabello rubio y brillantes ojos azules que lo observaban con fijeza. Sherrinford vio que el muchacho tenía tendida hacia él una sucia mano en la que llevaba la anunciada carta. La tomó mientras musitaba algo entre dientes que ni siquiera él fue capaz de oír. Sus dedos empezaron a temblar al entrar en contacto con el papel.

—Tiene que firmarme la entrega —dijo el niño, que no debía de tener más de diez u once años, mientras le mostraba un sucio folio en el que había escritos una serie de nombres y, al lado, el espacio correspondiente para recoger la rúbrica del destinatario—. Si no, no cobro.

Impaciente por conocer el contenido de aquella carta, Sherrinford se permitió estampar un garabato sobre el papel que le tendía el muchacho. Antes de despedirlo del todo, en un impulso incomprensible, le indicó que esperara y rebuscó en los bolsillos alguna moneda suelta. No supo qué era lo que depositaba en las sucias manos de aquel mozalbete (para Sherrinford fue sólo un puñado de algo), pero la cuantía de aquello debió de ser elevada, a juzgar por la forma en que la cara del niño se iluminó. No importaba. No importaba en absoluto. ¿Qué eran unas simples monedas? En sus manos podía encontrarse ahora mismo la respuesta que llevaba tanto tiempo buscando. Tanto tiempo. Sherrinford cerró la puerta tras de sí y, con un paso inimaginable sólo unos minutos atrás, se dirigió a su despacho. El corazón retumbaba dentro

de su cavidad torácica. Ahora ya no recordaba el doloroso rastro de la resaca en su cabeza. Para Sherrinford, en ese preciso momento, la existencia entera se veía reducida a esa simple carta, que podía albergar en su interior la luminosa salida de aquella negra espiral en la que se veía atrapado.

Temblando de emoción, Sherrinford tomó un abrecartas de la mesa del escritorio y, con un movimiento nervioso, rasgó el sobre y extrajo el papel de su interior. Sus ojos (*Estimado señor Wilson: Ante todo agradecer*) recorrieron con celeridad las líneas de aquel comunicado, (*remitió para su posible publicación*) volando por encima de las palabras (*línea de novedades*), impresas con caracteres regulares de máquina de escribir. Ni siquiera (*política editorial*) se molestaba en completar las frases; le bastaba con (*apuesta por nuevos autores*) captar una o dos palabras entre cada punto para entender, saber, cuál era (*futuros clásicos*) el motivo de esa misiva. Cuando (*arriesgado*) había leído más o menos la mitad de la carta, su mirada empezó (*obliga a una especial cautela*) a perder velocidad. Las palabras comenzaron a retumbar con pesadez (*estricta selección*). Todo su nerviosismo caía como en cascada sobre su estómago. La vista (*lectura atenta*) se le iba emborronando. Volvía a percibir las punzadas en su cabeza. Su respiración (*indudable calidad*) era irregular, sí, pero el motivo de aquella irregularidad (*lamentablemente*) ya no eran los nervios, ni la emoción (*plan editorial*). Cuando llegó a aquella línea (*no sea posible*), aquella línea que conocía bien (*publicar su obra*), que comprendía bien, maldita sea, decidió que ya no quería seguir leyendo más.

El mundo parecía haberse detenido. Otra vez. Guardó la carta y el abrecartas en el primer bolsillo que le vino a la mano, sin moverse del sitio. Los segundos fluían de una forma viscosa a su alrededor, plúmbeos y aceitosos, resbalando sobre su piel. Sus pies parecían adheridos al suelo. Otra negativa. Un nuevo *no* por respuesta. Resultaba irónico. ¿Cómo demonios se le había ocurrido que esta vez podía ser distinto? ¿Cómo se había atrevido siquiera a pensar que, por una vez en la vida, la suerte se le podía haber puesto de cara? Durante unos instantes su pecho había albergado el prometedor espejismo de la resurrección, tan sólo para ser catapultado de nuevo a una oscuridad todavía más vacía y más hueca. Incorpórate para recibir una nueva patada en la boca, Sherrinford. ¿Cómo se te ocurre albergar esperanzas todavía? ¿Cómo se te ocurre *desear*? Cuando antes lo asumas, antes dejarás de intentar rebelarte, Sherrinford. Oh, Sheeeeerrinford. Eres un fracasado, ¿sabes? Un apestoso fracasado, lo dice todo el mundo. Sara lo

sabe, y el doctor Richards lo sabe. Y también lo sabe el señor Longman, sí. Hasta esos mequetrefes de la Compton & Co. Por supuesto que lo saben. Lo sabían antes incluso de recibir tu maloliente manuscrito. Oh, pobre Sherrinford. Sheeeeerrinford.

Invadido por la rabia, Sherrinford se abandonó a un abrumador estallido de cólera. Un grito salvaje y animal emergió de lo más profundo de su ser arañando sus cuerdas vocales a su paso, dejándolas en carne viva. Sherrinford embistió contra la mesa del escritorio y la arrojó contra la pared. Lo que hasta unos instantes antes reposaba sobre su superficie se desperdigó por el suelo. Loco de furia, arremetió contra las estanterías que albergaban su colección de libros y desparramó su contenido. Estaba fuera de sí. Loco, completamente loco. En su interior tan sólo había espacio para una desmedida e irrefrenable sed de destrucción, ahora que albergaba la convicción de que nunca sería capaz de crear. Romper, destrozar, despedazar, hacer añicos. Tánatos pisoteando a Eros. La emprendió a patadas con el sofá en el que recibía a sus pacientes y, no contento con eso, tomó la silla del escritorio y la destrozó a base de golpear el suelo con ella. Barrió con el brazo las estanterías sobre las que depositaba sus útiles de química y medicina y sembró el caos y el desorden en aquella estancia, sacudido por la ira y el dolor a partes iguales.

Cuando se quedó sin fuerzas, y de una forma casi inexplicable, sólo una frase retumbaba en su cabeza. No entendía muy bien por qué, pero tampoco lo necesitaba. Aquella frase, una frase que parecía seleccionada al azar de entre sus apelotonados recuerdos de los últimos días, zumbaba en sus oídos. Sólo una frase, escuchada por primera vez en un momento que hoy parecía tremendamente lejano. Una frase.

“Ve a Whitechapel”.

Sherrinford irrumpió en el Ten Bells, esta vez sin asomo de duda o de vacilación. Entró como una tromba; empujó la puerta con una decisión arrolladora y la apartó de su camino como si no fuera más que una tenue cortina de aire. Tampoco se sintió preocupado por si las miradas de los clientes del local se dirigían hacia él. Esta vez no. Esta vez la agitación que bullía en su interior no permitía concesión alguna a la inseguridad o al titubeo. No sabía muy bien qué había venido a hacer a ese lugar, pero sí sabía que era

allí donde tenía que estar. Donde debía estar. Donde quería estar.

La situación no era demasiado distinta de la que se había encontrado unas pocas noches atrás. Aquel local seguía invadido por el humo sofocante y el murmullo estridente de cientos de historias solapadas en unos pocos metros cuadrados. Borrachos, amigos, enemigos, putas, apuestas, regocijo y frustración, un variopinto elenco de las más dispares caras de la vida encerradas entre cuatro paredes.

Sin concederse un segundo de reflexión, Sherrinford se dirigió con paso vivo a la barra. Ni siquiera quiso fijarse en si había mucha o poca gente antes que él; en cuanto llegó frente al atareado camarero gritó, más que pidió, un whisky, petición que no tardó demasiado en ser atendida, vista la contundencia con la que había sido realizada. Un hombre bajo, en avanzado estado de embriaguez, que parecía llevar algún tiempo intentando captar la atención del camarero, esbozó un conato de protesta por aquella alteración del orden establecido, pero la mirada severa y ceñuda que Sherrinford le dedicó terminó por secar todos sus intentos de discusión. Tan sólo llegó a decir algo que sonó como: “Pfeerdone, sssseeeñor, pero mmmme pfarefe que”, y luego vio su cara (y Dios sabe qué vio en su cara) y calló. Sherrinford, sin dedicarle ni una brizna de su atención, se llevó el vaso de whisky a la boca y lo apuró de un trago. Luego golpeó la barra con el vaso vacío y gritó “otro”. Mientras daba tiempo a que el camarero rellenase de nuevo el recipiente, dejó que su vista deambulase unos instantes por entre el atiborrado local. Su mirada vagó fugazmente por entre las desconocidas caras que se daban cita en aquel apartado rincón de la existencia, hasta que vino a posarse en una de las mesas del fondo. En el preciso momento en que vio aquello, fue consciente de lo que había venido a buscar a Whitechapel.

Era ella. La prostituta. La puta.

Martha.

Compartía estridentes carcajadas con dos hombres fornidos con pinta de marinos en un apartado rincón del local. Se sentaba a horcajadas sobre uno de ellos, el que daba la impresión de ser el mayor, con una soltura y un descaro nacidos de años de experiencia, y apuraba las últimas gotas de un vaso, mientras el marinero le agarraba las posaderas, ostensiblemente animado por la compañía. Mientras, el segundo marinero, que a pesar de su robusto aspecto no debía de tener más de veinte años, introducía sus manos con torpeza por entre los brazos y la cintura de la mujer, en un evidente intento de palpar sus senos. Martha, a quien el manifiesto manoseo a la que estaba siendo sometida,

lejos de molestar, parecía satisfacer (con alta probabilidad debido a la transacción económica a la que, sin duda alguna, precedía), reía de una forma sonora y estrepitosa, y se permitía regalar algunas palmadas juguetonas a las manos del marino joven cuando éstas se aventuraban más de lo debido por sobre sus pechos.

Martha.

Sherrinford se dio la vuelta para comprobar que el camarero había cumplido su encargo de volver a rellenar el recipiente de whisky. Lo consumió con la misma velocidad con la que tragaría agua alguien que hubiese estado dos días viajando por el desierto. Sin mirar siquiera, echó la mano al bolsillo y extrajo de él un puñado de monedas que arrojó con contundencia encima de la barra. No se preocupó de la cantidad; por el volumen podía entender que eran más que suficientes. Y, en cualquier caso, el camarero no se quejó.

Con una determinación como nunca había sentido, Sherrinford se dirigió a la mesa donde estaban Martha y sus dos posibles futuros clientes. Ahora sólo existía aquella mesa; no había nada más alrededor. Los demás clientes del Ten Bells se desvanecían de su campo de visión. El estrépito reinante se había convertido en un ligero murmullo de fondo; sus oídos estaban sintonizados en la frecuencia de las carcajadas chillonas de esa mujer. De Martha. De la puta.

Cuando llegó junto a ellos, Sherrinford dejó caer sus manos sonoramente sobre la superficie de mesa. El gesto pilló por sorpresa a los dos hombres y la profesional, que miraron al recién llegado extrañados y sin saber muy bien qué pasaba. Sherrinford, no dijo nada. No abrió la boca siquiera. Se limitó a clavar en Martha una mirada larga y seca, una mirada apretada y llena de fuego. Al verlo, la chispa del recuerdo se encendió en ella.

—¡Vaya por Dios! —Martha acentuó su risa—. Pos si es mi buen amigo, ¿cómo era? ¿John? ¡No, joé! ¡Jack! ¡Mi buen amigo Jack! ¿Cómo tas, caballere? ¿Has venío a ver a tu amiga Martha?

Sherrinford apretó los dientes y frunció un poco más el ceño.

—No he venido a verte. Tú ya sabes a qué he venido.

Los ojos de Martha se abrieron por lo inesperado de su respuesta. Durante unos instantes permaneció en silencio, sopesando sus opciones. Aquel tal Jack (o como fuera que se llamase) era un primo. Seguro que podría sacarle más del doble que a los dos marineros, por menos de la mitad del trabajo. Sin embargo, no quería renunciar a los otros. Estaría bien poder asegurar los tres servicios. Y, además, no acababa de gustarle la expresión de la cara del recién llegado. Había algo raro en esos ojos.

Algo malo.

¡Bah! ¡Qué demonios! Martha rompió a reír y optó por bromear.

–¡Cagüen tó, caballere! Esta vez no te andas con remilgos, ¿eh? ¡Pos claro que sé a qué has venío! –señaló a sus compañeros de juerga–. ¡Has venío a lo mismo que éste, y éste otro, que, mira por donde, también se llama Jack, como tú! –luego señaló al resto de mesas del Ten Bells–. ¡Y a lo mismo que ése, y que aquél, y que aquel otro! ¡Casi tós! ¿O qué te creías que venía a hacer la gente al Ten Bells?

Los dos marineros estallaron en una estruendosa risotada al escuchar el comentario de Martha. El mayor de los dos, sobre el que estaba sentada, firmó su carcajada con tres palmaditas en el trasero de la mujer, quien parecía especialmente orgullosa de su arranque. Martha rió también y, para corresponder al gesto del marinero, lamió su mejilla y mordisqueó su oreja.

–No estoy para bromas... –dijo Sherrinford con sequedad.

–Oh, vamos, caballere. Relájate. Mira, sé buenecito y, si te portas bien, cuando acabe con estos dos señores, la dulce Martha sencargará de ti, ¿eh? La dulce Martha hará que vuelvas a casa feliz y relajao, ¿vale?

–Ahora –replicó él, lacónico.

La insistencia de Sherrinford empezaba a sonar tirante. El marinero más joven, a quien la situación empezaba a atragantársele, intentó pronunciar alguna palabra de protesta, pero Martha le salió al paso.

–¿Tanta prisa tienes, cielo? Si tas tan necesitao, a lo mejor pués juntarte a mis amigos... Martha tié fuste pa tos.

Harto de palabrerío inútil, Sherrinford buscó una salida drástica. De nuevo volvió a echar la mano al bolsillo; cogió todo lo que quedaba en su interior (y por el tacto era posible que fuera más de una libra en billetes y monedas pequeñas) y golpeó con la mano llena sobre la mesa.

–Que tus amigos se busquen a otra. Tú te vienes conmigo.

Martha contempló la cantidad de dinero que Sherrinford ponía ante ella. En cuanto fue más o menos consciente de cuánto había allí, y de un modo casi instantáneo, todos sus remilgos, todos sus cálculos y todas sus corazonadas se desvanecieron en el aire. Martha sonrió, con una sonrisa trémula que centelleaba por la codicia y la perspectiva de lo que podía conseguir con aquel dinero. Miró a Sherrinford a los ojos, se separó del marinero que hasta hacía un instante le servía de asiento y añadió:

–Joé, caballere. Tú sí que sabes cómo tratar a una dama.

–Espera un poco, cojones. ¡Menudas prisas te gastas hoy, caballere!

–No quiero esperar. Ya he esperado bastante.

–¡Tate quieto, coño! Que sí, que ya va, que ya va... Pero ven aquí, ¿eh? Ven aquí, que se está un poco más oscurito... Aquí, donde no nos vean, ¿eh? Vale, aquí, vale. Anda, ven con la dulce Martha, caballere. ¡Cagonlaputa, caballere! ¡Pero si tas to puesto! ¡Menuda talla te gastas, cabrón! ¿To eso me tié que caber dentro? Ven, trae, tócame las tetas un poco, ven.

–No.

–¿No? ¿Tas seguro? Tú mira lo que te pierdes. ¿No quieres tocárselas a la buena de Martha? Mira qué blanditas. Pero si son toas pa ti. ¿Seguro que no quieres un poco?

–He dicho que no, maldita sea.

–Demonios con el señoritingo. No tié ganas de juerga. Pos na, mejor pa mí. Anda, sácatela y acabemos duna puta vez. Hale, dámela. Trae. Hmmpf. Yastá, ¿eh? Yastá dentro.

–No está dentro.

–¿Yastamos como la otra vez? ¡Pero qué manía, coño! ¡Lo sabré yo sistá dentro o no! Pero si casi se me sale por la garganta, joé. Va, déjate de cuentos y tira, ¿eh? Tira fuerte, tira...

–¡He dicho que no está dentro, maldita sea! ¡No te atrevas a burlarte de mí!

–Eh, caballere, no te alteres, ¿eh? Que Martha está aquí pa hacerte un favor, ¿vale?

–¡Estás aquí para hacer lo que yo quiera, puta de mierda!

–Mira, tío, a mí no me va esto, ¿eh? Si vas a estar así mejor lo dejamos pa otro día. Me pagas la mitá y to arreglao.

–¿La mitad? ¡Tú no vas a ver nada, zorra!

–¿Cómo que nada? ¿Pos no he dejao a mis dos amigos pastar contigo, demonio? Digo yo queso es algo...

–¡He dicho que nada, puta!

–¡Ah! ¡No me toques! ¡Lo digo en serio! Mira que tengo amigos, ¿eh? A los de la banda de Old Nichols no les gusta que se metan con sus chicas.

–Ah, ¿no? ¿Y dónde están los de la banda de Old Nichols ahora? ¿Eh, puta?

—¡Ah! Vale, vale. Ta bien. No hace falta que me pagues nada, ¿vale? Tamos en paz, ¿eh? Tamos en paz. Ahora deja que me vaya y tamos en paz...

—¡No estamos en paz! ¡Ahora vas a hacer lo que yo te diga! ¿Entiendes?

—¡Ah! Hijoputa... Te vas a enterar de lo que cuesta ponerle la mano encima a Martha Tabram. ¿Qué haces? ¿Qué es eso? Oye, ¿qué llevas ahí? ¿Eso no será...? No hagas tonterías ¿quieres?

—¿Qué pasa ahora? ¿Ahora tienes miedo? ¿La buena de Martha está asustada? ¿Ahora ya no tienes ganas de reírte de mí, puta?

—¡No juegues con eso, coño! Mira, no hagas locuras. Te lo haré gratis, ¿vale? Lo haremos como tú quieras. Hasta dentro, como tú quieras. Pol culo, si quíes. Pero por favor, quita eso daí, ¿vale? Quita eso y no hagas locuras, ¿eh? Venga, que a ti no te gustan esas cosas. ¿Eh, caballere?

—¡No me llames así, puta apestosa!

—¡No! ¿Qué haces? ¡No! ¡Para! ¡Para! ¡Aaaaaaaah!

7

Tic, tac, tic, tac. Tan preciso e inexorable como el mecanismo de un reloj. Tic, tac. La cadena de circunstancias va sumando eslabones hasta confluir en ese preciso instante y ese preciso lugar. Tic, tac. Con una exactitud milimétrica, los hechos se entretajan de una forma increíblemente coordinada. Cualquier pequeño fallo en la cadena habría supuesto un resultado de todo distinto. Tic, tac. Si, por ejemplo, Tompkins, el muchacho a quien los editores de Compton & Co. habían pagado para repartir sus cartas, hubiese decidido que ya estaba bien, que ya era demasiado tarde y que terminaría de repartir mañana por la mañana, o si Sherrinford hubiera estado sólo un poco más borracho y hubiera decidido no abrir la puerta, o si en lugar de guardar la carta y el abrecartas en el bolsillo en plena ofuscación las hubiera arrojado al suelo como había hecho con el resto de cosas de su despacho en su arranque de rabia, o si Martha Tabram hubiera decidido ir aquella noche al Britannia en lugar de al Ten Bells o si el marinero mayor (que, por cierto, en realidad tampoco se llamaba Jack) se hubiese sentido un poco más ofendido, o le hubiera dado un poco menos igual quién iba a hacerle compañía aquella noche y hubiera querido pelear por los favores de Martha, si cualquiera de aquellas cosas hubiera tenido lugar, nunca hubiéramos asistido al efecto coordinado y acumulado de todas ellas. Pero no. Tic, tac. El flujo de acontecimientos trazaba una trayectoria singular y

precisa, que se aproximaba asintóticamente a su punto final.

El destello metálico de un abrecartas en la mano temblorosa de Sherrinford y el grito desgarrador que partió en dos la noche londinense del 7 de agosto de 1888 y que, tras ser abruptamente interrumpido, se diluyó en el silencio.

Tic, tac. El mecanismo, avanzando inexorablemente hacia su fin.

V. EL PODER DE LA INTENSA FRAGILIDAD

*nada de lo que percibamos en este mundo iguala
el poder de tu intensa fragilidad: cuya textura
me impulsa con el color de sus países,
dando muerte y eternidad con cada aliento*
e. e. cummings

1

Cuervos.

Son cientos, miles, tal vez millones de supersticiones. En unas son los exploradores de Odín: recorren el mundo, interrogan a los vivos y los muertos, regresan y narran lo que han visto. En otras, el cuervo vuela sobre el mar infinito, y, en su trayectoria, va poblando la existencia. Saca una piedra de su saco y crea la tierra. Luego va extrayendo el abeto, el pino, la baya del arándano, la fresa, la hierba, los árboles y las plantas. Cuando todo está dispuesto, el cuervo desembolsa al lobo, el águila, el salmón, el oso, el ciervo y todos los demás animales para, exhausto, mirar a su alrededor y ver que el mundo que ha creado es bueno, sereno y feliz. Con un último y supremo esfuerzo, el cuervo comprueba que todavía queda una cosa en su saco: extrae al hombre y, con sumo cuidado, lo deposita sobre la tierra.

Cuervos.

Elías alimentado por los cuervos. Noé, que envía a un cuervo, antes que a una paloma, a divisar tierra firme. Salomón que canta: “Su cabeza es de oro fino, sus cabellos ondulados, negros como los del cuervo”. Incontables

historias para describir lo indescriptible; el misterio, la veneración mística, la fascinación y el temor, el terrible y siempre presente interrogante que extiende su halo de luz difusa alrededor de la oscuridad más absoluta. Y, en el centro de todo aquello, el convencimiento de estar observando esquivas destellantes que danzan en el abismo de la negrura.

Cuervos.

2

Poco a poco, Sherrinford fue separando los párpados y dejando que sus ojos se inundaran de una claridad dulce y suave. Todavía no era consciente de dónde estaba. Sólo sabía una cosa; que se sentía bien. Se sentía condenadamente bien, como hacía mucho tiempo que no se había sentido al despertar. Nada de sobresaltos, ni de intranquilidad, ni sensación de presión sobre el pecho. Nada. Tan sólo un tranquilo y apacible despertar. Sólo eso.

Ladeó la cabeza para intentar identificar el entorno y, cuando lo hizo, se topó con la cara dulce de Sara.

Sara.

Sara, con sus preciosos ojos brillantes mirándolo a él. Con una sonrisa que le pintaba los labios. Con el cabello revuelto, dejado caer apenas sobre la almohada. Sara. Su dulce Sara.

De repente fue consciente de dónde estaban. Por supuesto que lo sabía. Estaban en casa; en *su* casa; en *su* habitación; ambos tumbados sobre *su* cama. Tumbados y desnudos, ella sonriendo, con la mirada fija en él. Sara.

—Sara —el nombre de su esposa emergió de su boca en un suave susurro—. ¿Qué haces?

—Te miro. Me encanta mirarte. Cuando duermes no pareces tú.

—Ah, ¿no? ¿Y quién parezco?

—No sé. Otro. Pero tú no, desde luego.

Sherrinford se incorporó correspondió a su sonrisa juguetona. Se sentía de maravilla, pero, por algún extraño motivo, no era del todo consciente de la concatenación de hechos que había terminado por traerlos a ambos aquí, con ella de vuelta. Los recuerdos de las últimas horas eran una mancha difusa en su memoria, de la que sólo parecía entrever reflejos descolgados; nada que tuviera sentido. Recordaba otro despertar, mucho menos apacible que éste, y una carta. A partir de ahí, todo era muy confuso. Extremadamente confuso.

Terminaría por recordar, de eso no le cabía la menor duda. Pero no le importaba lo más mínimo. Por primera vez en mucho tiempo se sentía feliz, completo, único. Albergaba dentro de él la convicción de haber hecho algo grande, de haber marcado la diferencia. Se sentía poderoso, sí, capaz de sostener el mundo en la palma de la mano. Envuelto en aquella reconfortante tranquilidad, besó la mejilla de su esposa.

–Hmmm –se relamió ella–. ¡Qué dulce! Nadie diría que eres el mismo de anoche, ni que fueras capaz de hacer lo que hiciste.

–¿Lo que hice?

Sara acentuó su sonrisa, con expresión divertida.

–Hablar a mi padre de esa forma... Traerme a casa en brazos... Y lo que vino después... Oh, Sherrinford, a veces creo que tienes dos caras. ¿Quién diría que este angelito podría montar todo aquel escándalo por mí?

–Nunca hay que menospreciar el poder de un médico con aspiraciones literarias.

El comentario arrancó una carcajada a Sara. Lo miró con un cariño infinito y dijo:

–Te quiero.

Al escuchar aquellas palabras, el corazón de Sherrinford dio un vuelco. ¿Cómo había arrancado aquel cambio al mundo? ¿De qué manera había doblegado las circunstancias para que hoy todo pareciera completamente distinto de como había sido hasta hace nada? Fascinado por la mutación y deslumbrado por el cariño que su esposa le manifestaba, Sherrinford besó el vientre desnudo de Sara, lo que le provocó olas de placer.

–Yo también te quiero –respondió.

–Sherrinford...

–¿Sí?

–Ya ha pasado lo malo, ¿verdad? ¿Ya se han acabado los problemas? ¿Ya está todo resuelto?

Sherrinford contempló el rostro inquisitivo de su esposa. Aquella intensa fragilidad le robaba el corazón.

–Claro que sí, vida mía –contestó.

–Quiero decir... Ya no va a haber más enfados como los del otro día, ¿verdad? No más discusiones, no más daño...

Sherrinford tomó aire y clavó en su dulce esposa una mirada profunda y delicada. Con mucho cuidado, pasó la mano por sus mejillas, acariciando la suave piel, deleitándose con su tacto.

–Nunca más, amor mío. Nunca más –dijo. Luego la estrechó contra sí y la abrazó con una intensidad tal que hubieran podido fundirse en uno sólo.

3

Evening News, London

Asesinato en Whitechapel. Veinticuatro puñaladas. Sobre las cuatro en punto de la madrugada fue encontrado en George-yard el cuerpo de una mujer apuñalada hasta la muerte. Había veinticuatro heridas en diversas partes del cuerpo. La policía todavía no ha averiguado el nombre o dirección de la desafortunada mujer, y tampoco se sabe quién pudo cometer el crimen.

Morning Advertiser, London.

Una mujer de mediana edad que todavía no ha sido identificada, fue encontrada muerta ayer por la madrugada, con terribles heridas de cuchillo en los pechos y el abdomen, en las escaleras del número 37 de los edificios de George-yard. Había sido evidentemente asesinada.

Daily News, UK.

Supuesto asesinato en Whitechapel. Unos diez minutos antes de las cinco de la mañana, John Reeves, quien vive en el número 37 de los edificios George yard, Whitechapel, se dirigía escaleras abajo para ir a trabajar cuando descubrió el cuerpo sin vida de una mujer en medio de un charco de sangre en el primer piso de su edificio. Reeves enseguida avisó a Constable Barrett, quien estaba en la vecindad, y al doctor Keeling de Brick Lane, quien pronto se personó en el lugar. El doctor realizó un minucioso examen de la mujer, descubriendo que había sido asesinada, puesto que había heridas de cuchillo sobre su pecho y abdomen. El cuerpo, que pertenece a una mujer de entre 35 y 40 años de edad, 1,60m de altura y cabello oscuro, llevaba una falda verde oscuro, enaguas marrones, una chaqueta negra larga y un gorro negro. La mujer no era conocida de ninguno de los vecinos del lugar, y nadie ha dado noticia

sobre ningún sonido extraño durante la noche. Las circunstancias son, pues, un misterio. El cuerpo ha sido llevado a la Morgue de Whitechapel, y el inspector Elliston, de la Comisaría de Policía de Commercial Street, ha dejado el caso en manos del inspector Reid, del Departamento de Investigación Criminal.

4

(¡Sara! ¡Sara!)

Hablan de mí, lo sé. Leo mi nombre entre las líneas regulares y ordenadas de los periódicos de Londres.

(¿Sherrinford? Por el amor de Dios. ¿Qué haces ahí, a estas horas?)

(Vengo a hablar contigo, Sara)

Ahora recuerdo. No se trata de un recuerdo claro y nítido, como los demás. No es como recordar una clase de anatomía, o una ópera. Ni siquiera como recordar el día de tu boda. No hay una secuencia, ni un orden. Son como destellos que, de improviso, inundan tu cabeza. Como los flashes que sentía Evans. Aquel otro Jack.

(Sherrinford, por favor... Estás armando un escándalo. Los vecinos...)

(Me dan igual los vecinos. Eres mi esposa. He venido a por ti)

Me asaltan de un modo repentino y obstinado, a su libre antojo. Parece que estén vivos, sí; recuerdos vivos que me atacan a voluntad. Y yo no puedo forzar su aparición; sólo puedo abandonarme y esperar al siguiente. Sólo así puedo hacerme una idea. Sólo así las cosas empiezan a tener un sentido. Es como intentar evocar un sueño. Como haber sido tocado por la inmensidad y no poder más que acceder a minúsculos fragmentos.

(Baja la voz, por favor... Mi padre...)

La he sentido. He sentido la divinidad. Me asomé a ella. ¿Hacen falta más pruebas? ¡Todos los periódicos lo dicen! La noticia se va extendiendo de boca en boca, y mi nombre se oculta debajo de todas aquellas palabras. Cuando las mujeres susurran el horror, es a mí a quien temen. Cuando los hombres expresan su intención de defenderlas, es de mí de quien querrían hacerlo. Cuando los periodistas intentan adivinar, es a mí a quien quieren describir. Cuando los policías investigan, es a mí a quien buscan. A mí. Siempre a mí. Lo he hecho. Lo he conseguido. Ha sido mi mensaje a toda esta ciudad decrepita y apática. “Eh, alzá la mirada. Soy yo, malditos necios. Yo.”

(¿Qué demonios es todo este escándalo? Vaya, Sherrinford. ¿Tú otra

vez? Tu insistencia empieza a resultar molesta. Creí que ya habíamos dejado todo este asunto zanjado)

Yo, a quien nadie nunca había querido escuchar. A quien nadie había tomado en serio jamás. Ninguno de ellos me había dado una oportunidad. Hasta esta noche. Pero lo que no sabían, lo que nunca entendieron, es que yo no necesitaba sus malditas oportunidades. Estaba muy por encima de ellas; yo busco mis propias oportunidades. Las creo. Me ha costado mucho llegar a entender esto, pero por vez primera todo se ve cristalino ante mí.

(Pues no, doctor Richards. De hecho, hasta el momento nos hemos limitado usted a hablar y yo a escuchar, pero ya va siendo hora de que me oiga usted a mí)

No hacen falta editores. Nunca me hicieron falta. No los necesito para lo que yo quiero: para provocar, para suscitar, para que mi voz resuene con la fuerza del trueno no sobre Londres, sino sobre el mundo entero, para hacer sentir a toda la humanidad algo hasta ahora desconocido, para tomar sus almas en mis manos y constreñirlas de un modo tan feroz que, por unos instantes, no sean capaces siquiera de respirar. Para eso no hacen falta editores, ni revistas, ni almanaques, ni papel impreso. Todo eso queda atrás, muy atrás. Eso lo comprobé esa misma noche.

(Sherrinford, ¿estás dando un espectáculo lamentable!)

Esa misma noche fui tocado por el don del entendimiento. He logrado provocar algo que ni yo mismo habría creído posible. A estas horas, todos en Londres están al tanto de mi obra, los que leen y los analfabetos, los que compran periódicos y los que mendigan pan. Todos, sin distinción alguna. Mi creación se expande entre las gentes a la velocidad a la que prende el fuego en un bosque seco. Una reacción en cadena, una explosión a la que yo he dado vida.

(Usted me obliga a ello, doctor. Su terquedad y su obstinación son los culpables, al vetarme la entrada en su casa. He venido a hablar con mi esposa, lo quiera usted o no. Ahí dentro o en plena calle. Elija; a mí me es indiferente)

Lo he hecho, sí. Pero en lo más profundo de mi alma sé que todavía no he terminado. Las cosas aún están a medias. Me he asomado al camino, pero ahora tengo que recorrerlo hasta el fin. No basta con golpear y desaparecer en el aire, eso podría hacerlo cualquiera. Podría ser incluso vulgar. Pero yo no puedo permitirme la vulgaridad. Debo ser contundente, agitarlos hasta los cimientos y no dejarlos nunca volver a ser los mismos. Una tenue cortina

separa el simple miedo del más profundo terror, un terror que agite las almas de toda la humanidad y congele su espíritu. Un terror que se enrosque a sus gargantas y que siga retumbando en el aire siglos después de que yo ejecute con maestría mi jugada.

(Está bien, pasa. Di lo que tengas que decir y no nos avergüences más. Te doy cinco minutos)

Sí. Está claro. Lo mejor está todavía por llegar, de eso no cabe la menor duda. Como tampoco hay ninguna duda de que, si hay alguien capaz de llevar esto adelante, ése soy yo. Yo mismo, Sherrinford Wilson, elegido de entre toda la masa apática y maleable por la divinidad, esa misma divinidad que ha ido guiando mis pasos y me ha permitido entrever las sombras de lo que, sin duda, es el cambio definitivo, el amanecer de la nueva era. Un mundo hecho por y para mí. Un mundo a la medida de mi genio. Un mundo donde mi creación provoque un pánico ensordecedor, que me sobrevivirá y me perpetuará hasta el infinito.

(Con todos mis respetos, señor, serán cinco minutos o cinco horas. O cinco días. Lo que haga falta. Hay algo que debo arreglar con mi mujer, y pienso dedicarle el tiempo que requiera, no el que a usted le dé la gana)

Me siento fuerte. Me siento capaz. No hay culpa, ni dolor, ni remordimiento. Cuando abrazo a Sara no siento que la esté engañando. Más bien es justo lo contrario. No pervierto su confianza, no hay deseo carnal, ni lujuria, ni mentira. Es arte. Simple y llanamente. Arte, en su estado más puro.

(¡Maldito insolente! No te atrevas a faltarme el respeto o de lo contrario...)

Arte a la vista de todos. Al abasto de todos. Arte que no necesita del estudio, ni de la reflexión, ni de la prosa. Arte sin mediación, sin intermediarios, sin teóricos de boca henchida. Porque nunca hablaré a la mente; ése fue mi error durante mucho tiempo, pero ahora ya lo he comprendido. Nada de pensamiento. Mi palabra se estrella directamente contra el espíritu, con decisión hacia la profundidad del alma. Ahí está el arte. Ahí mi gran obra.

(¿O de lo contrario qué? ¿Eh? ¿Dará cuenta de mí como un caballero? ¡Inténtelo! ¿Llamará a la policía? ¿Me echará de su casa? ¡Hágalo! ¡Hágalo, maldita sea, y volveré mañana, y pasado, y al otro, y al otro! ¡Tengo todo el tiempo del mundo! ¡Todo! ¿Qué hará? ¿Resolverá sus problemas como usted y yo sabemos que los resuelven los hombres? ¿Eh? ¿Cómo usted y yo sabemos?)

Si lo pienso bien, resulta casi sorprendente que no lo haya comprendido antes; mucho antes. Resulta casi ridículo. Toda mi obra lo decía a gritos, ahora lo entiendo. Por eso se asustaba Hallward. Por eso sonreía Winslow. Por eso los cuervos. Oh, sí, los cuervos. Ellos lo sabían desde el principio. Lo sabían, malditos sean por siempre. Sabían que el terror no estaba en silenciosos dioses anteriores al tiempo o extraños lenguajes olvidados por el hombre. Ése es un terror superficial y mutable. El horror, el verdadero horror, reside en lo próximo, en lo cercano, en estas mismas calles que transitamos día tras día, en la niebla que nos envuelve hoy. Sí, ahora lo veo. La oscuridad está justo aquí, a nuestro lado, en lo cotidiano, en lo rutinario, en lo que creemos conocer como la palma de nuestra mano y que, en un segundo, nos hiela la sonrisa en los labios. Los cuervos lo sabían desde el principio.

(Sherrinford, eso es... es una... impertinencia indigna de ti. Tus amenazas no me afectan...)

Estoy aquí. He descendido a los infiernos y he regresado, portador del secreto. Todo tiene sentido. Ahora entiendo por qué palpitaba el vórtice. Ahora comprendo la carga que siempre han soportado ellos. Stilson, Evans... Jack. Ahora observo el terror de lo cotidiano, de lo inexplicable, el espanto que anida en la fragilidad y en la rutina. Ahora me elevo de este inmenso mar embravecido con la fría determinación de mostrar al mundo qué es la oscuridad. No la oscuridad de las palabras, no la que yace en nombres antiguos impronunciables susurrados con respeto en los rincones de las catedrales. Esa es una oscuridad falsa y artificiosa. Yo les mostraré la oscuridad del callejón de al lado, la que yace en un “buenas noches” perdido y casual. La negrura que anida en los ojos del que está frente a ti.

(Me da igual si le afectan o no, doctor. Lo cierto es que me da igual. No podrían darme más igual. Pero esta vez no me pienso detener. Pelearé si debo pelear, gritaré si tengo gritar, hablaré si tengo que hablar. Haré lo que tenga que hacer para estar con mi esposa, y usted no me lo va a impedir. Porque, le guste o no, esto no tiene nada que ver con usted. Esto es entre su hija y yo. Entre Sara y yo. Nadie más. Manténgase al margen, que es lo único que puede hacer en este caso para no salir mal parado. Interpóngase en mi camino... y juro por Dios que deseará no haberlo hecho)

Yo les daré el auténtico arte. Yo les mostraré la oscuridad. Yo les enseñaré qué es el miedo.

Después de mí, ya nada será igual.

De pie, en la parte más alta de la Bloody Tower, Sherrinford Wilson se recreó en la contemplación del serpenteante Támesis, que cruzaba de lado a lado una ciudad de Londres conmocionada por los últimos acontecimientos. Extasiado por la visión, quebró el último sello que mantenía sujeto al vórtice y le concedió la libertad de la existencia. Y en el momento de hacerlo, se sintió extraordinariamente poderoso.

VI. EL TEMBLOR DEL RAVENMASTER

*Te cubrirán las sombras: ¡permanece callado!
La noche tan clara se oscurecerá
y las estrellas no mirarán la tierra,
desde sus altísimos tronos del cielo,
con su luz de esperanza para los mortales.*
Edgar Allan Poe

1

–Es horrible, señor. Realmente horrible. Jamás había oído contar nada parecido.

El viejo Ravenmaster descendía por la empinada escalera de caracol a toda la velocidad que le permitían sus piernas. La lámpara de gas se agitaba en su mano y proyectaba sombras fluctuantes sobre las paredes de piedra maciza. Unos escalones detrás de él, el gobernador residente de la Torre de Londres tenía serios problemas para seguir el paso vivo de aquel anciano. El Ravenmaster avanzaba con rapidez, sin poder reprimir los resacos resuellos que fluían de sus labios, motivados no tanto por el cansancio físico como por el indecible pánico que los embargaba. ¿Cómo era posible? Debía de tratarse de un error. No podía ser. Era imposible, del todo imposible.

Sin embargo, allí estaban.

El Ravenmaster había irrumpido en plena noche en los cómodos aposentos del gobernador en la Queen's House, algo que los habitantes de la Torre tenían terminantemente prohibido a menos que se tratase de algo de crucial importancia, y lo había sacado de su cama para que lo viese con sus propios ojos. Desde luego, si aquello era verdad, se trataba de algo aterrador.

Posiblemente, la mayor tragedia que había tenido lugar en la torre en mucho tiempo.

—Aún no sé por qué se me ocurrió bajar a verlos, señor —explicó el Ravenmaster entre bufidos—. Lo hago algunas veces, cuando no puedo dormir. Bajo, estiro las piernas, tomo un poco de aire, veo a los chicos y regreso a la cama. Esta noche estuve intranquilo, dando vueltas a la cama de aquí para allá sin conseguir conciliar el sueño. Así que me dije: “vamos a ver cómo duermen los angelitos”. No esperaba encontrármelo todo... bueno... así.

—¿Lo sabe alguien más? —preguntó el gobernador.

—He avisado a los mozos de guardia. Se ofrecieron a avisarlo a usted, señor, pero creí conveniente ser yo quien lo hiciera.

El gobernador y el Ravenmaster salieron de la Bloody Tower al patio. Una multitud de guardias se empezaba a congregarse a la puerta de la Wakefield Tower. Cuando los guardias fueron conscientes de su llegada, adquirieron una disciplinada pose de firmes y despejaron el acceso a la torre. El gobernador ni siquiera se molestó en saludar. Se limitó a seguir al Ravenmaster al interior.

—Venga y lo verá usted mismo, señor —indicó el anciano.

El gobernador traspasó la puerta de acceso. En aquella estancia reinaba un silencio total. En cualquier otro sitio, a esas horas de la noche, aquel silencio podría ser algo común, algo incluso agradable. Pero no ahí. No en esa torre. En esa torre el silencio era algo desacostumbrado, siempre anegada de graznidos desafinados y chirriantes, las voces cacofónicas de los presuntamente sempiternos moradores.

Pero hoy no. Hoy sólo había silencio.

El desasosiego que invadía al gobernador se iba acentuando a medida que se aproximaba a su destino. Él no era consciente, pero sus manos habían adquirido un ligero temblor. El Ravenmaster señaló con el gesto al interior de las jaulas, pero su mirada estaba fija en el suelo, como si no quisiera volver a contemplar de nuevo el macabro espectáculo.

—Ahí están, señor —dijo, sin poder esconder el temblor de su voz.

Entonces los vio. Los vio, y fue como si una espada lo partiera en dos.

Los cuerpos masacrados de los cuervos.

—No comprendo qué les puede haber pasado, señor —el Ravenmaster seguía hablando, intentando encontrar alguna coherencia a lo que, a todas luces, estaba del todo exento de ella—. Algunas veces, durante los veranos más pesados, alguno se había vuelto loco por el calor, y tuve que matarlo. A veces se pelean dos de ellos, por algún motivo, pero esto...

El gobernador seguía con la mirada fija en la horrenda escena desplegada en aquella gran jaula. Una ingente cantidad de plumas negras alfombraban el suelo; los cuerpos mutilados de las aves esparcidos aquí y allá; picos partidos por la mitad, vísceras expuestas al aire, cuencas vacías que albergaban ojos reventados, posturas inverosímiles para unos animales a caballo entre lo majestuoso y lo grotesco.

—¿Ha entrado alguien aquí? —interrogó el gobernador.

—Nadie, señor. Ningún guardia ha visto nada, no hay huellas de que nadie haya entrado, ni de pisadas, ni nada de nada. Las jaulas están intactas. No. Esto no es obra de nadie de fuera.

—¿Entonces? ¿Qué se supone que ha pasado aquí, maldición?

El Ravenmaster tragó saliva pesadamente. Una parte de él se resistía a contestar aquella pregunta.

—Señor, he contemplado todas las posibilidades. Todavía no entiendo por qué, pero sólo hay una posible explicación a lo que ha pasado aquí dentro esta noche.

El gobernador clavó una mirada inquisitiva en el rostro del anciano, que tomó aire y añadió:

—Han sido ellos mismos, señor. Se han *comido* los unos a los otros.

Un escalofrío recorrió la espalda del gobernador. ¿Era posible? Es decir... Era la única explicación, sí, pero... ¿podía ser, maldita sea? El gobernador se llevó las manos a la cara.

—Tendremos que dar parte de esto —dijo mientras, en su cabeza, intentaba organizar un plan de actuación—. Habrá que repoblar las jaulas, enviar que limpien esto... Tendremos que mandarle una notificación a la Reina...

El Ravenmaster asintió con la cabeza, abrumado por la culpa. Después de todo, cuidar de los cuervos de la torre era su misión, su responsabilidad. Y esto era, sin duda, lo peor que podía suceder. Sin duda.

—No perdamos más tiempo. Empezaré con las gestiones de inmediato —continuó el gobernador.

—Señor —intervino el Ravenmaster—. Puede disponer de mi cargo como desee. He fracasado.

—Haga el favor de no decir tonterías —lo interrumpió el gobernador—. Esto no tiene nada que ver con su trabajo. ¿Quién iba a pensar que estos animales fueran capaces de hacer algo así?

—Lo sé, señor, es sólo que... Dios bendito. No cabe duda de que el 31 de agosto de 1888 será recordado para siempre como un día negro...

—Bueno —el gobernador intentó quitar hierro al asunto—. Al menos podemos estar tranquilos de que la profecía no se haya cumplido. El imperio británico todavía sigue en pie e intacto. Inglaterra sigue siendo la orgullosa nación que siempre ha sido.

El Ravenmaster clavó en el gobernador una mirada de necesidad y, sin saber muy bien por qué, contestó:

—¿Está usted seguro, señor?

Un nuevo escalofrío recorrió la espalda del gobernador. Antes incluso de terminar de pronunciar su frase, el Ravenmaster ya se había arrepentido de ello.

2

Sherrinford pasó el pañuelo de seda con pulcritud sobre la superficie del bisturí, hasta que su brillo fue perfectamente uniforme. Elevó el preciso instrumento hasta la altura de sus ojos para verse reflejado en él, y un estremecimiento de satisfacción lo recorrió de arriba abajo. Después guardó el bisturí en su maletín negro, junto al resto de instrumental quirúrgico, con un cuidado y una lentitud inusitados, como si estuviese celebrando un complejo ritual. En cierta forma era así. Estaba *inventando* un ritual, trazando trayectorias nuevas nunca antes imaginadas, seleccionando las herramientas con los que reescribiría, de una forma drástica e irremediable, la historia. Al cerrar el maletín, el pequeño *click* del pasador retumbó en sus oídos como una sinfonía. Cielos, qué sonido tan minúsculo y, sin embargo, tan maravilloso y arrollador. Era el sonido de la expectación, de las cosas completamente dispuestas. Era el sonido que le decía que todo estaba preparado.

Desde el marco de la puerta de su despacho, Sara contemplaba la minuciosidad exhibida por Sherrinford. Observaba sus movimientos lentos y acompasados, el cuidado con el que limpiaba su instrumental hasta rozar la perfección. Ése era el hombre atento y meticuloso de quien se había enamorado.

—Entonces —preguntó—, ¿vas a salir ahora?

Sherrinford asintió con la cabeza.

—Tengo trabajo, amor mío.

— ¿Volverás muy tarde?

—No lo sé. No sé cuánto puede alargarse esto. Tú no te preocupes por mí;

cuando sea hora, acuéstate. Yo ya llegaré.

–Pero, ¿es necesario que vayas ahora? ¿No puedes dejarlo para mañana?
Sherrinford le dedicó una sonrisa cariñosa.

–Hay ciertas cosas que es mejor hacerlas por la noche, Sara. Lo digo en serio, no te preocupes. Antes de que te des cuenta ya estaré de regreso, con la satisfacción del deber cumplido. ¿De acuerdo?

Sara asintió con la cabeza, sin encontrar otra palabra que añadir, mientras su marido se ceñía la pajarita y se ajustaba bien el chaleco. Le ayudó a ponerse la chaqueta del traje negro y la colocó en su sitio. Sherrinford se miró en el espejo para comprobar su aspecto, y Sara se asomó a su superficie junto a él.

–Estás perfecto –sentenció Sara–. Muy elegante. Nadie diría que vas a trabajar.

–Es que hoy tengo que hacer algo muy importante, cariño. Quizá lo más importante que he hecho en toda mi vida.

Sara cogió el abrigo negro del perchero y se lo echó encima, cuidando bien de que no quedase ninguna arruga. El resultado era, simplemente, perfecto. Sherrinford lucía muy apuesto aquella noche.

–Abrígate bien –dijo–. Hoy hay una niebla muy espesa.

–No te preocupes –Sherrinford sonrió ante la preocupación de su esposa–. Estaré bien. De verdad.

Sara cogió de encima de la mesa el sombrero de copa y el maletín y los puso en sus manos. Sherrinford la miró con cariño, con una dulzura infinita en los ojos.

–Te quiero mucho, Sara –al escuchar sus palabras, ella creyó que se le derretía el corazón.

–¿Ya lo tienes todo?

–Sí, creo que sí –dijo él mientras salía del despacho en dirección al hall.

Sara lo acompañó y le abrió la puerta de la calle.

–Ten cuidado, por favor –volvió a insistir–. Londres dista mucho de ser una ciudad segura, y menos por la noche. Hay ladrones, y maleantes... Ya oíste lo que pasó el otro día en Whitechapel.

–Estaré bien, de verdad. No te preocupes tanto. Y menos por los maleantes. En todo caso, que se cuiden ellos de mí –bromeó, pero sus ojos refulgieron en un brillo siniestro que Sara no fue capaz de ver.

–Tonto... Lo digo en serio. Ten cuidado.

Por toda respuesta, Sherrinford dejó caer un beso suave y dulce sobre los

labios de su mujer. Después, con paso lento y despreocupado, echó a andar y se adentró en la brumosa noche londinense.

3

Sara todavía permaneció de pie, mucho después de que la niebla engullese la oscura y apuesta silueta de su marido. Contempló el movimiento ondulante de su abrigo mientras se alejaba de ella y se adentraba en las calles de Londres y, cuando la distancia, la neblina y la oscuridad reinante hicieron que fuera imposible divisar su silueta, siguió atenta para escuchar el repiqueteo de sus botas contra los adoquines. El resplandor mortecino de las farolas de gas se difundía en la noche, formando pequeñas esferas de luz sin la fuerza suficiente para rasgar las tinieblas. En la calle Harley reinaba un silencio tranquilo y reposado, de ciudad ya adormecida. Tras un tiempo impreciso, Sara se dio por vencida y volvió a entrar en casa.

Cerró la puerta tras de sí con mucho cuidado y, después, apoyó su espalda en la superficie de madera, sintiendo que un cúmulo de sentimientos contradictorios la recorría.

Entre todo aquel mar de sentimientos había uno que brillaba con intensidad: su amor por Sherrinford. Sherrinford, a quien había mirado con la devoción de una niña enamorada desde el mismo día que entró en su casa para pedir consejo a su padre. Sherrinford, quien, con sus visitas oportunas, su conversación fluida y apasionada, supo tomar en sus manos las ascuas de la fascinación y convertirlas en las llamas irrefrenables del amor. Sherrinford, junto a quien había construido una vida en común de futuro más que prometedor.

Era cierto que los últimos tiempos no habían sido todo lo dulces que podría esperarse. Habían atravesado algunos momentos difíciles, era verdad. La poca fortuna de Sherrinford en el terreno editorial había sido una nube que había ensombrecido momentáneamente su matrimonio. Oh, Dios, qué mal lo había pasado en algunos momentos; contemplar cómo su marido se adentraba poco a poco en la desesperación le partía el corazón. Y luego, además, había sucedido lo de aquella noche... aquella noche y todo lo que vino después...

Pero ahora todo eso daba la impresión de haber quedado muy atrás. ¿Cuánto hacía de eso? ¿Un mes? Sí, un mes, más o menos. Desde que Sherrinford se había presentado en casa de sus padres con una resolución

como hacía mucho tiempo que no contemplaba en él, las cosas habían ido maravillosamente bien. Había recuperado el entusiasmo, el brillo en los ojos, la determinación. Seguía sin tener éxito editorial, pero, por algún extraño motivo, ya no parecía importarle. Había retomado su actividad como médico con un énfasis deslumbrante. Igual que cuando lo conoció, de vez en cuando lo descubría ensimismado, con la cabeza en algún recóndito lugar al que sólo él podía acceder. Y, lo más importante, estaba deliciosamente encantador con ella. Atento, dulce, cariñoso... todo lo que una esposa podía desear. Sí, ése era su Sherrinford, el hombre de quien se había enamorado y a quien profesaba un fervor infinito.

En ocasiones la asaltaban las dudas en relación al motivo de tan repentino cambio de talante. En esos momentos no podía evitar tragar saliva, algo turbada. Por supuesto, no era estúpida. Ni era estúpida, ni estaba ciega. Estaba harta de escuchar a Wendy Knopfler contar cosas parecidas. Incluso su madre había tocado el tema en alguna que otra ocasión. Al principio ella no quería escucharlo, claro. Aquellas confesiones chocaban de frente con su concepción romántica e idealizada del amor. Ella, que había crecido leyendo libros donde el caballero tomaba en brazos a su dama y juntos cabalgaban hacia el ocaso, donde se encontraban con un apasionado y oportuno final. Oportuno, porque ninguno de sus libros llegaba a entrar en detalles de la rutina conyugal de la nueva pareja. Todo eso parecía quedar dentro del terreno estrictamente confidencial de lo personal.

Pero Wendy Knopfler no tenía pelos en la lengua cuando se trataba de describir las intimidades que los libros callaban. De hecho, era su tema preferido. Wendy parecía disfrutar cuando hacía repaso de infidelidades, adulterios, prácticas sexuales poco convencionales y demás estrategias a las que la gente recurría para que la rutina diaria no terminase por engullir y digerir.

Las primeras veces que su madre había sacado el tema a colación, Sara se había sentido un tanto violenta. Era comprensible; había ciertos temas y confesiones que una dama nunca esperaba escuchar de la boca de su propia madre, incluso si el objetivo de dichas confesiones no era otro que el ayudarla a comprender cómo funcionan en realidad las relaciones entre un hombre y una mujer; no las imaginadas y plasmadas en papel de imprenta, no; las de verdad, las de carne y hueso, las que respiran, y palpitan, y comen y duermen y lloran de pura frustración. La primera vez que su madre le habló con franqueza, Sara se negó a escucharla, la dejó con la palabra en los labios y se fue. La segunda

vez, hizo como que la escuchaba, pero dejó que su pensamiento escapase muy lejos de allí. Pero después de todo lo sucedido con Sherrinford, después de... bueno, de aquella discusión... empezó a considerar que, quizá, ella podía tener algo de razón.

La misma noche que su padre la llevó a su casa, su madre fue a verla a su dormitorio, se sentó a los pies de su cama y permaneció callada durante minutos. Sara esperaba un “te lo dije” o un “ya te lo advertí” que, no obstante, nunca surgió de ella. No hizo falta. Ambas intuían, ambas *sabían*, que era el momento de abrir los ojos. Abrirlos de verdad. Fue Sara la que rompió el silencio. “¿Cuándo te diste cuenta, mamá?”. “No sé. Pronto. A los pocos meses de casarnos. Tu padre empezó a volverse arisco conmigo; perdía los nervios con una facilidad extrema, todo cuanto yo le decía le parecía mal... Una noche llegó a casa mucho después de lo acostumbrado, apestando a humo, a bebida barata y a mujer. Aquella noche no pude dormir, ¿sabes? Me comían los demonios. La sospecha me roía por dentro, pero tampoco me atrevía a hablar con él abiertamente, ya me entiendes. A la mañana siguiente, él estuvo más encantador conmigo de lo que lo había estado en meses. ¿Puedes creerlo?”. “¿Por qué? ¿Por qué es así?” “No lo sé, pero siempre es así. Antes o después. Lo necesitan. Supongo que está en su naturaleza, igual que está en la nuestra callar y hacer como que no vemos. Los desafía, los mantiene vivos... Podemos mentirnos y decir que con nosotras va a ser distinto, pero no es así”. “Pero yo no quiero que sea así, madre”. “Ni tú ni yo, pero cuanto antes lo asumas, antes podrás seguir adelante. Tú y tu matrimonio. Es la culpa. La culpa les hace regresar y arrojarse en tus brazos. Sé que es duro asumirlo, sobre todo cuando una tiene tu edad, pero siempre es así. La culpabilidad es el misterioso adhesivo que mantiene unidos al hombre y a la mujer. Es así”. “¿Y nunca le has dicho nada a papá?”. “¿A tu padre? ¡No, por Dios! Eso lo estropearía todo. La culpa une, el reproche separa. Sigue mi consejo, cariño mío. Él volverá. Sherrinford volverá. Intentará ahogar sus penas, se sentirá culpable y volverá a ti. Cuando lo haga, no precipites las cosas; las cosas se regulan solas. No precisan de tu intervención. Si lo notas nervioso, intenta dejarlo a su aire. Después de un tiempo volverá a ti con cariño y cuidado renovados y, entonces, tú deberás procurar no pensar demasiado en cuál es el motivo de ese cambio de actitud. Sólo relájate y disfrútalo. Es el papel que nos ha tocado desempeñar a las mujeres”.

Antes de salir de su habitación, su madre todavía permaneció unos instantes en silencio. Sara contempló una expresión en su cara como nunca

antes había contemplado; era una expresión de cansancio, de hastío total. Era una expresión que le hacía pensar que estaba a punto de romper su pose de dócil resignación, quebrar el silencio y negarlo todo. Sí, una pose que rallaba el desafío. Pero la pose pronto se desvaneció. Agitó la cabeza, consciente de la futilidad de su rebelión, y antes de franquear la puerta de su habitación, sin mirarla a la cara, añadió: “Creen que no nos damos cuenta, pero no somos ciegos. Nunca lo fuimos. Sabemos de sobra cuál es el motivo de sus idas y venidas, de sus cambios de humor. Conocemos perfectamente cuál es la forma en la que los hombres resuelven sus problemas. Sabemos su nombre”. Y, dedicándole la mirada más triste que jamás había podido ver su rostro, susurró: “Whitechapel”.

Sara tomó aire profundamente y se dirigió a la cocina con la intención de prepararse cualquier cosa para cenar. Aunque su pensamiento se empeñaba en escapar y echar a volar en busca de Sherrinford, ella se esforzó por no hacerlo. No pensar. No pensar. Sólo relajarse, y esperar que mañana por la mañana, Sherrinford la estrechara entre sus brazos con un cariño y un cuidado renovados.

Después de todo, era el papel que les había tocado desempeñar a las mujeres.

4

Camino risueño las calles de mi ciudad. Los susurros de la noche se estrellan contra mis oídos, y tengo la impresión de estar escuchando una oración pronunciada en una lengua extinguida mucho antes de que el hombre pisara la tierra.

Soy poder encarnado. Soy la mano que escribe la historia y la divide en dos. Soy el antes y el después. Siluetas de desconocidos salen a mi paso. Les dedico un “buenas noches” casual y educado, que les arranca escalofríos. Puedo notarlo. Puedo olerlo. Escucho cómo se encrespa el vello de su piel. Percibo la fragancia del sudor que inunda sus poros, la respiración agitada, la arritmia en sus corazones. No saben por qué, pero me temen. Puedo leerlo, tan claramente como leo los titulares de los periódicos. Cuando me cruzo en su camino es como si la propia muerte saliera a su encuentro. Mi silueta oscura, negra (más negra que la noche, más negra que la propia oscuridad), emerge de la bruma como un espíritu castigador.

Ya está todo dispuesto, todo preparado. Serán cinco. Cinco en total. Cinco, como las puntas de una estrella de Salomón. Cinco, como las gemas del Gmulark, como las cavernas de Karan-Tarok, como los discípulos negros de Thudha. Cinco. El número que expresa la perfección. He visto el proceso en mi cabeza cientos de veces; he practicado los movimientos, sé cómo debo actuar, dónde golpear. El primer golpe tiene que ser definitivo. Directo al cuello, seccionando tráquea y carótida a la vez. De izquierda a derecha. *Zzzzzzzp*. Limpio, deslizante. Eso es lo más complicado. Si soy capaz de eso, el resto ya no guarda ningún misterio. Oh, el fluir de la sangre, todavía palpitante. Oh, el tacto tibio de las vísceras en mis manos desnudas. Oh, el destello de la vida extinguiéndose ante mis ojos.

Mi puño se cierra con deleite en torno al asa del maletín. Sé que mis pasos me conducen directamente a la eternidad. Entusiasmado y emocionado me dirijo al Ten Bells y, sin saber muy bien por qué, en mi cabeza destella la imagen de aquella mujer con la que Martha discutió la noche que la conocí. ¿Cuál era su nombre? ¿Dolly? ¿Polly? Sí, Polly. Polly Nichols, ahora lo recuerdo. Polly sería una buena primera candidata. Sería una apertura digna de mí. Oh, Dios, suena como poesía en mi cabeza. Apenas puedo esperar ni un segundo más. Estoy impaciente por comenzar. Buscaré a Polly en el Ten Bells; ella me abrirá las puertas de la eternidad. Ella será la tinta con la que escribiré mi nombre en la memoria indeleble de la humanidad. Mi nombre. Pero mi nombre auténtico. No Sherrinford Wilson, el nombre que me impusieron al nacer. Ni tampoco los nombres extraños que inventé en mis novelas. No Tayr-Na-Nolhon, el que extiende la oscuridad. No, no. No Tayr. Ni siquiera Tahym. Tahym-Na-Nolhon, el que domina la oscuridad. Mi nombre de verdad, el que resonaba en mi cabeza durante todo este tiempo y con el que yo mismo, sin ser del todo consciente, me bauticé la noche que abrí mis ojos a la auténtica vida. Mi nombre. Mi nombre verdadero.

Jack.

Sólo Jack.

El auténtico Ravenmaster.

NOTAS PARA EL LECTOR

Antes de empezar, me gustaría plantear un pequeño *caveat* al lector. Las notas que vienen a continuación deben ser leídas *después* de la novela, como mucho *después* de cada capítulo; pero nunca *antes* o, de lo contrario, podrían estropear la experiencia. Dicho queda.

La obra que acaban de leer no es una reconstrucción de hechos históricos, ni tampoco una propuesta sobre la identidad del Destripador. Lo digo desde ya, para que luego no haya posible confusión. Es una novela; una ficción nacida de una mente enfermiza, algo proclive a la morbosidad y con cierta tendencia a guarnicionar tramas con frustraciones propias. Nada más. Movía mi ánimo cuando empecé a esbozar los primeros apuntes de lo que al final se ha convertido en este trabajo tan sólo el afán por contar una historia sobre hombres y mujeres, sobre deseo y frustración, sobre el dilema del autor novel, y poco más. El resto vino después. El escenario que seleccioné para enmarcar la acción fue algo secundario. De hecho, elegí contextualizar mi relato en la Inglaterra victoriana tras un empacho de literatura ambientada y/o escrita en aquella época, y porque servía condenadamente bien a mis planes; una época de contrastes, de blancos y negros, de vertiginoso cambio social, no siempre a mejor; un tiempo de esplendor y de sombra, de logros inimaginables presentados a voz en grito en las sociedades científicas y de basura hedionda esparciendo su fétido aroma por las calles más sucias, de frases hermosas y altisonantes en los teatros y de coitos apresurados a tres peniques al amparo

de la sombra en los barrios marginales; caballeros y canallas, damas y meretrices, sueños y delirantes pesadillas.

Y entre todo aquel bullicio, entre toda aquella agitación e inestabilidad, un nombre.

Un nombre emergiendo del embravecido murmullo de la podredumbre, capaz de provocar escalofríos ante su sola mención. Un nombre.

Ni siquiera se trata de un nombre largo. Si lo piensan bien, es hasta ridículo; un nombre tan común como Pepe, o Ramón, o Luís, convertido para siempre en sinónimo del terror absurdo e irracional hacia lo desconocido.

Jack.

Así que tengo que admitirlo: me aproveché. ¿Por qué no hacerlo? Jack (¿han notado la familiaridad con que lo nombro?) tenía todo aquello que yo deseaba para mi novela. Absolutamente todo; un entorno adecuado, un halo de misterio, un gran interrogante a su alrededor, un nombre aterrador... y el reconocimiento público necesario para *sugerir*. Para *sugerir* y *provocar*. Así que no crean que me planteé esta historia como un experimento explicativo. Quienes busquen eso aquí van a llevarse una enorme decepción. Aquellos lectores ávidos de información fidedigna, pertinentemente contrastada, minuciosamente comprobada y magistralmente hilvanada, pueden referirse a la abundante bibliografía específica sobre el tema, entre la que es justo destacar el impresionante trabajo de Stephen Knight *Jack The Ripper: the final solution*, o el más reciente *Jack el Destripador: caso abierto* de Yvan Figueiras y Tamara Mingorance, que además fue premio Juan Antonio Cebrián de divulgación histórica. Si, además, el lector desea una novelización correcta y literariamente impecable, lo remito a la apabullante novela gráfica *From Hell* de Alan Moore.

Lo que yo he hecho ha sido tomar prestados algunos lugares, situaciones y hechos auténticos. Luego he cogido algunos de los esperpentos que mi castigada imaginación ha ido alumbrando a lo largo del tiempo, lo he metido todo en una coctelera, he agitado, y lo he servido bien frío en raciones individuales. El resultado está a la vista; si ha sido satisfactorio o no, sólo el lector puede juzgarlo. Mi labor, pues, ha sido la de remendar un tapiz compuesto de piezas de realidad y de ficción en una proporción tan sólo dependiente de la libertad del autor (que, dicho sea de paso, hoy por hoy es una de las pocas libertades que todavía me permito disfrutar en su completa extensión).

No obstante, tengo que reconocer que, en numerosas ocasiones a lo largo

de la redacción de esta historia, me he sentido tentado de entablar con el lector un diálogo, quizás monólogo, acerca de qué elementos son reales y cuáles son ficticios. Ignoro si este tipo de comentarios contribuyen en efecto a mejorar el proceso comunicativo autor-lector o si, por el contrario, tan sólo hacen que aumente el tedio y las ganas de cerrar para siempre las páginas de esta historia y no querer volver a oír mencionar mi nombre, pero me quedo con la sensación de que era algo que tenía que hacer. O, ¿qué narices?, era algo que *quería* hacer.

No obstante, para no entorpecer la lectura y apartar la atención del hilo principal, tomé la determinación de juntar todas las notas en una sección al final de la historia, de forma que quien tenga la curiosidad pueda acceder con comodidad y sin continuas distracciones. También, de este modo, quien ya haya tenido bastante de mis cuestionables dotes narrativas podrá abandonar sin más dilación la lectura y dedicarse a otras tareas que le resulten más gratas y provechosas. Hasta pronto, ha sido un placer.

Así que ahí van las notas, recogidas todas en este apéndice, ordenadas de manera secuencial del mismo modo que aparecen en el texto y numeradas por capítulo. Espero que su lectura suponga un valor añadido para el lector que ha logrado llegar hasta aquí.

CAPÍTULO 1

Las referencias a los nombres que les dan a los cuervos los diversos pueblos indígenas americanos son, hasta donde he podido comprobar, verdaderas. En este fragmento me interesaba, sobre todos los demás, destacar el nombre haida: *Nankí'IsLas-lina'-i*, “el que se va a transformar en aquel cuya voz se ha de cumplir”, dado que, a lo largo de toda la historia, Sherrinford va a dar muestras de su afición por nombres largos e impronunciables cuya traducción siempre comienza por “aquel que...” o “el que...”.

El vórtice no es, ni mucho menos, una invención mía. Cientos de vórtices pueblan las páginas de la literatura fantástica. Tomé prestada mi imagen del vórtice de una obra de Alan Moore, quien a su vez la tomó prestada de un cuento de Lovecraft, y hasta ahí he seguido la pista, aunque de buen seguro que el lector interesado podrá encontrar sin dificultad referencias anteriores. En el capítulo 21 de la segunda temporada de *Buffy, cazavampiros* (¿han notado la erudición de mis referencias?) Rupert Giles, a quien, dicho sea de paso, en

determinados momentos se le llama *Ripper*, haciendo un curioso juego de palabras muy adecuado para ser citado aquí (en inglés, *ripper* significa *destripador*) describe el vórtice como “una especie de remolino que arrastrará todo lo que haya en la tierra a otra dimensión en la que todo el que no sea demonio sufrirá horriblemente la tortura eterna”. No obstante, poco después en el mismo capítulo, cuando por fin se abre el vórtice, más que un remolino tiene la pinta de una extraña especie de rosquilla de color naranja brillante que se va hinchando a medida que el capítulo se acerca a su clímax. En fin.

Cada autor tiene su propia representación del vórtice. En la versión de Sherrinford decidí que se decantaría por la más oscura visión de algo imposible de imaginar, tal como dice él mismo al principio del apartado siguiente, porque eso casaba más con mi imagen del personaje, y porque me daba pie para contraponer su exaltada imaginación con el pragmatismo de Longman.

En oposición a la enfermiza tendencia a lo sobrenatural de Jack Stilson, la figura del profesor Hallward debería establecerse como el hombre de ciencia racional y riguroso, detalle sobre el que Stilson llama la atención y hace consiguiente escarnio. Por favor, no permitan que me detenga a mencionar nada sobre Newton, Faraday o Maxwell porque, de ser así, puedo tirarme hablando (escribiendo) hasta que me den las tantas. Y no es plan. Elijo a esos tres personajes en concreto, además de por su innegable importancia en el establecimiento conceptual de la física, por el hecho de que son, sin duda alguna, los máximos exponentes del desarrollo científico británico, que por aquel entonces tenía un carácter nacional muy marcado.

Supongo que está de más decir que Jack Stilson, Elaine, Moore y el profesor Hallward son invenciones mías. O, mejor dicho, invenciones de Sherrinford, que es una invención mía; esto es, las fantasías de mis fantasías, que son mis fantasías en un doble nivel de indirección. Sobre ellos sólo sé las pocas cosas que he diseminado en el texto, y me consta que ni Sherrinford ni yo mismo pretendemos narrar ninguna más de sus aventuras. Aunque, para ser sinceros, admito que es difícil de prever (un hombre capaz de invocar el vórtice con su sola voluntad tiene un enorme potencial, ¿no creen?). Y, además, reconozco que me divertí mucho escribiendo tanto ese fragmento como los macabros datos sobre la historia que Longman cita en el punto siguiente, así que...

También quiero llamar la atención sobre el nombre del protagonista, Jack

Stilson, por motivos que se harán evidentes más tarde en el texto.

Charles Longman nunca existió. Ni tampoco existió la Longman, Marshall & Co. con despachos con vistas a Oxford Street. Lo que sí existió, y es completamente verídico, son todas las referencias a las publicaciones de Arthur Conan Doyle, incluyendo su residencia en Southsea en el tiempo en que está ambientada la acción, la publicación de *Estudio en escarlata* en el *Beeton's Christmas Annual* y las anécdotas sobre los dos famosos cambios de nombre. Por cierto, que debo puntualizar algunas cosas sobre esos cambios. Sherrinford fue el primer nombre que Doyle barajó para su detective: Sherrinford Holmes, tal como apunta Amando Lázaro Ros en la introducción a su traducción al castellano de esa primera novela. Dado que nunca acabó de sonarle del todo bien, terminó descartándolo y sustituyéndolo por el más eufónico, irlandés y definitivo Sherlock, con el que el personaje ha pasado a la historia. Yo rescaté aquel primer nombre para el protagonista de *Ravenmaster*, y lo introduje en la historia utilizando una pequeña trampa o, si lo prefieren, un pícaro *espejo*, afirmando que en realidad fue Doyle quien se inspiró en mi personaje, y no yo en su descarte. Es un tipo de bromas con las que disfruto especialmente, intercambiar causa y efecto, y no será la última vez que las utilice en este texto. El segundo cambio de nombre, el de *Una madeja enmarañada* por *Estudio en escarlata*, también es verídico, aunque Sherrinford Wilson no tuviera nada que ver en la decisión final de Doyle. Por supuesto, es falso que Doyle y Wilson recorrieran juntos las editoriales de Londres, y también es falsa la estrecha amistad que los une porque, entre otras cosas, Sherrinford Wilson nunca existió salvo en mi alterada imaginación.

Las citas a autores, tanto contemporáneos como precedentes, son, en cierta medida, reflejos de mis propias fuentes de inspiración. En particular la mención que hago a la obra de Poe, por quien siento una especial devoción. Por cierto, ¿recuerdan el poema de Poe *The Raven*?

En algún lugar del texto, Sherrinford acusa a Doyle de plagiar al mismísimo Edgar Allan Poe debido a la similitud existente entre Holmes y Dupin. Aunque este argumento ha sido esgrimido en no pocas ocasiones, casi siempre para tratar de diluir el innegable mérito del médico de Southsea, lo cierto es que basta una lectura superficial de *Los crímenes de la calle Morgue* para reconocer el enorme abismo que separa ambas creaciones. Es verdad que Sherlock comparte las increíbles capacidades deductivas de Dupin, en quien es indudable que se inspiró. Pero nadie puede negar el alto grado de humanización del detective de Baker Street con respecto al de su homólogo

francés, al que vence por puntos. Holmes es un personaje completo, tridimensional: solitario, descomunadamente inteligente, quizá por ello algo engreído, a veces sensible, en ocasiones frío como el hielo, complejo, irregular, voluble, drogadicto, misógino, orgulloso hasta casi rozar la soberbia. Un personaje, como digo, completo hasta un nivel de perfección tal que supera con creces al un poco menos magnífico M. C. Auguste Dupin de Poe. Hay autores que han señalado que el motivo fundamental de una humanización así fue que Doyle traspasó al personaje muchas de las características de un profesor suyo, Joseph Bell, a quien también se alude en el texto. El mismo Doyle se encargó de alentar estos rumores que, sean verdad o no, consiguieron que el reproche acerca de la existencia de plagio se convirtiera en algo que planea sobre Holmes casi desde el mismo momento de su concepción. El propio detective se permite un hábil guiño a ese respecto en las primeras páginas de *El enfermo interno*, de *Las memorias de Sherlock Holmes*, y uno todavía más crudo en el mismísimo segundo capítulo de *Estudio en escarlata*, donde no duda en afirmar que Dupin era estúpido, superficial y que, en su opinión, valía muy poco. Ahí es nada.

Los puristas pueden, con razón, acusarme de un pequeño desliz histórico, completamente intencional (ya he dicho antes que esto era una *novela*. Ficción. Quien quiera historia, que lea enciclopedias. Si es que todavía existen). No es cierto que Arthur Conan Doyle recibiera reconocimiento público de manera instantánea tras la publicación de *Estudio en escarlata*, tal como Longman parece sugerir. En realidad, dicho reconocimiento no llegaría en plenitud hasta la publicación de *Las aventuras de Sherlock Holmes* en el *Strand Magazine*, en 1891. Entre 1888 y 1891 Conan Doyle vivió momentos irregulares en los que publicó una segunda entrega de las aventuras de su detective, *La señal de los cuatro*, y puso en marcha sus ambiciosos proyectos de novela histórica *Micah Clarke* y *La compañía blanca*.

Hay otro detalle que merece ser comentado. En un determinado momento de la conversación Sherrinford declara que a Arthur nunca le habían gustado las novelas de detectives. Supongo que esto ya no sorprenderá a nadie, pero creo que es mi obligación remarcar que esto es rigurosamente cierto. Doyle odiaba a Holmes. Con todas sus fuerzas. Sentía por él una animadversión enfermiza, irracional, probablemente provocada por la certeza de haber creado algo que, con el tiempo, lo eclipsaría a él mismo. Detestaba tanto a su personaje que se dedicó a cubrirlo de todas las miserias humanas que pudo: drogadicción, soberbia, misoginia... Llegó incluso a despeñarlo por una

catarata y darlo por muerto, sólo para verse obligado a resucitarlo de nuevo al poco tiempo, ileso y, probablemente, en inmejorables condiciones, a causa del clamor popular por el retorno del detective. Ah, la dura vida del escritor. Siempre me he figurado a Doyle escribiendo *La aventura de la casa deshabitada*, la historia en la que Holmes reaparece tras su frustrada muerte, como una especie de Coyote observando, con el rabo entre las piernas y las pachuchas orejas caídas a ambos lados de la cabeza, cómo el Correcaminos regresa una y otra vez a pesar de sus ingeniosos planes y del fantástico Atrapa-Correcaminos-de-propulsión-nuclear-submicrónica-patentado-marca-ACME. A este detalle, este odio, volveremos en una secuencia posterior del segundo capítulo.

El resto del capítulo es puramente ficticio y, como tal, sobre él nada merece la pena añadirse.

CAPÍTULO 2

Confieso que tuve necesidad de un buen diccionario multilingüe para redactar el párrafo con el que se abre el capítulo. Por supuesto que no conozco todas las lenguas a las que traduzco la palabra *cuervo*, pero internet hace milagros.

Entre todas esas palabras se escurren dos que no son exactamente traducciones de *cuervo*, sino que son dos nombres propios: Hugin y Munin, que podríamos traducir como “el que piensa” y “el que recuerda”, detalle que da nombre a este segundo capítulo. Según la mitología nórdica, los cuervos Hugin y Munin son exploradores de Odín, el Ser Supremo. Vuelan a través del mundo entero interrogando a vivos y muertos; luego vuelven y cuentan a Odín lo que han visto. Existe un fragmento de la Edda en el que el propio Odín se refiere de una forma muy curiosa y muy divertida a estos dos chivatos y que cito aquí porque, de algún modo, me llevó a elegir el nombre de este capítulo:

*Hugin y Munin
cada mañana vuelan
fuera a través del mundo;
yo me preocupo por Hugin,
por si no regresara,
pero me preocupo más por Munin.*

Creo que la traducción le resta bastante de la gracia original, pero no me negarán que se trata de un poema divertido.

Las referencias a la historia de la Torre de Londres y a sus edificios son exactas, y pueden consultarse en la bibliografía al respecto. Por supuesto, me he ceñido a la parte más oscura y más siniestra de la tradición y he citado sólo hechos macabros o sombríos. Deformación profesional, supongo. En especial, me interesaba introducir aquí la figura del Ravenmaster, cuya presencia justifica en cierto modo el título de la novela, y quien tendrá cierto protagonismo en escenas posteriores.

Aparte de eso, la conversación entre Sherrinford y su suegro, el doctor Richards, no merece más comentarios. Sólo un apunte: Harley Street era la calle preferida por los médicos londinenses en boga a finales del siglo XIX para situar sus consultas, debido al espacio de las mismas y por estar en una elegante zona residencial. Aún hoy la calle de los médicos, donde hay pocas casas privadas y algunos apartamentos, tiene un carácter tranquilo comparado con el bullicioso centro de Londres.

Dejaré la explicación acerca de Whitechapel y la curiosa proposición del doctor Richards para las notas del capítulo 3, donde creo que será mucho más adecuado.

Sobre el fragmento que intercalo en el §3 debo decir lo mismo que dije en el capítulo anterior: una nueva ficción surgida de la imaginación de Sherrinford (¿la mía, también?). Vuelvo a llamar la atención sobre la obsesión por la figura del Ravenmaster que muestra Sherrinford, el nombre del protagonista, y el de quien se establece como su corruptor, el viejo Winslow, palabra fonéticamente relacionada con el apellido de Sherrinford, Wilson, y cuyo significado (*win* se traduce como *ganar* y *slow* como *lento*) resulta alegórico de otros fragmentos de esta narración.

No sé si alguna vez se han sentido en una situación como la que atraviesa Sherrinford al tratar de corregir su texto. Yo sí, lo admito, y he intentado que este fragmento se adaptase lo más posible al proceso seguido, aunque quiero dejar muy claro que no terminé inyectándome cocaína. Al respecto de la cual, por cierto, es necesario precisar que el fragmento en que Sherrinford se da por vencido y se entrega a su adicción es una versión del párrafo con el que se abre el primer capítulo de *La señal de los cuatro*, la segunda novela de Arthur Conan Doyle en que aparece Sherlock Holmes, pasado por mi filtro personal. Les aconsejo, si tienen la posibilidad, que comparen ambos textos: se trata de un ejercicio cuanto menos divertido. Igual que les aconsejo que comparen la

conversación subsiguiente entre el doctor Watson y Sherlock Holmes con el inicio del §6, en el que pongo a Sherrinford en el papel de Sherlock y al propio Doyle esbozando los reproches que en la novela hace Watson. Llamo yo mismo la atención sobre esta similitud totalmente provocada para que nadie piense siquiera en la palabra *plagio*, sino que la sustituya, más bien, por la más exacta *homenaje*. Después de todo, si hasta Umberto Eco tuvo la necesidad de honrar la memoria del detective de Baker Street, ¿por qué diantres tendría yo que ser menos? Porque estoy seguro de que muchos de ustedes habrán notado la total similitud, nada accidental, de la descripción que Adzo hace de Guillermo de Baskerville en *El nombre de la Rosa* con la primera descripción que Watson hace de su compañero de habitación en *Estudio en escarlata*, ¿verdad?

Para introducir esta descripción vuelvo a hacer uso de uno de mis queridos *espejos*, insinuando que la escena que han leído es verídica, y que Arthur Conan Doyle la traslada a las páginas de *La señal de los cuatro*, cuando, en realidad, sucede justo lo contrario. De todos modos, la explicación es coherente con el desarrollo temporal de la novela, puesto que en las fechas en las que tiene lugar la acción, probablemente Doyle se encontraba empezando a redactar aquella segunda entrega de las aventuras de su detective. Me parece interesante destacar, de hecho, la curiosa coincidencia en lo que a tiempos se refiere y que se ha trasladado al hilo de la novela: la publicación de *Estudio en escarlata* en forma de libro tuvo lugar en julio de 1888, que es cuando se desarrolla todo este segundo capítulo, y que casa de manera milimétrica con los sucesos históricos que describiré en los capítulos siguientes.

El americano al que alude Doyle, J. B. Lippincott, se convirtió en el editor de la versión estadounidense de *Estudio en escarlata*, la cual vio la luz a lo largo de 1890. La colaboración entre la editorial de Lippincott y el médico de Southsea, tras una serie de contactos previos terminaría de establecerse en una cena que tuvo lugar durante el verano de 1889, y a la que acudieron J. M. Stoddart en representación de la J. B. Lippincott Co., Arthur Conan Doyle y el siempre polémico Oscar Wilde. La reunión terminó con Doyle recibiendo una comisión por la redacción de una segunda aventura de Sherlock Holmes, *La señal de los cuatro*, y Oscar Wilde haciendo lo propio por su famoso *El retrato de Dorian Gray*. Esta segunda entrega de las aventuras de Holmes vería la luz en febrero de 1890 en el *Lippincott's Magazine*, publicado simultáneamente en Inglaterra y América, y fue editado

como libro sólo unos meses después.

Durante la conversación entre Sherrinford y Arthur vuelve a aparecer el tema del odio que Artur siente hacia su creación y que, en los momentos del relato, empieza a fraguarse. Con el tiempo, Doyle llegaría a escribir en una carta a su madre “estoy pensando en matar a Holmes y deshacerme de él de una vez por todas. Me hace perder el tiempo y distraer mi atención de cosas más interesantes”. Eso sería en 1891. En nuestro relato, en 1888, he supuesto que la aversión del escritor por el personaje sería un tanto menos virulenta y todavía estaría en ciernes. Es cierto que, en esos momentos, Doyle está más centrado en la novela histórica en general y en su magnífica *Micah Clarke* en particular, y que, por lo tanto, la redacción de las aventuras de Holmes le supone más un estorbo que otra cosa. Prueba de ello es la evidente velocidad con la que escribe *La señal de los cuatro* y la curiosa dejadez con que lo hace, cometiendo una serie de incomprensibles errores como el de cambiar de lugar las heridas de guerra de Watson que, inexplicablemente, en un hecho sin precedentes en la historia de la medicina, pasan de su hombro a su pierna.

Las bromas entre Sherrinford y Doyle acerca de las estrategias para acabar con Holmes están puestas ahí para provocar cosquillas en las narices de los incondicionales del detective: todas ellas tienen su contrapartida en uno o varios episodios del canon: Holmes es despeñado por las cataratas de Reichenbach en *El problema final*. Su misoginia es insinuada en numerosas ocasiones (“la mujer más encantadora que he conocido en mi vida fue ahorcada por haber envenenado a tres niñitos con el objeto de cobrar sus seguros de vida”, dirá en *La señal de los cuatro*, por ejemplo) y sobre la escena de la inyección de cocaína ya hemos hablado.

Como se comenta en el texto, la primera edición como libro de *Estudio en escarlata* incluía ilustraciones del Charles Doyle, padre del autor. No se lo digan a nadie, pero dichas ilustraciones... ¡son pésimas! ¡Terribles! ¡Infames! ¡Casi un insulto! Recuerdo en especial una de ellas en la que Enoch Drebbler yace asesinado en el suelo y, de pie junto a él, aparecen Holmes, Watson y Lestrade. ¡Es horrible! No hay forma de saber quién es quién. Por suerte, los editores tuvieron el buen criterio de sustituir los ripios de Charles Doyle por los más acertados grabados de George Hutchinson para la segunda edición de la novela. Por cierto, la referencia que hace Sherrinford al alcoholismo del padre de Doyle es, además de un sucio golpe bajo, verídica según todos los biógrafos.

Del resto del capítulo no hay nada más que destacar. Que las palabras de

la dulce Sara hablen por mí.

CAPÍTULO 3

La leyenda que abre el capítulo es la famosa leyenda de la luz del día, que proviene de los pueblos indígenas del continente americano, aquéllos que cité en el primer capítulo.

En este capítulo entramos de lleno en el barrio Whitechapel, lo peor de lo peor del East End londinense. Todo lo que cito en el §2 del texto acerca de la zona es verídico. Algunos de estos datos (los más sórdidos) están extraídos de *From Hell*, de Alan Moore, obra que ya he mencionado con anterioridad, y que debe ser considerada referente de obligada consulta para el lector interesado en el extremo más obscuro del Londres victoriano.

El Ten Bells existió y existe aún, en la esquina de Commercial Street con Fournier Street, tal como se dice en el texto. Durante los años setenta, en un intento de sacar provecho de su importancia histórica, el Ten Bells cambió su nombre por el mucho más comercial *Jack The Ripper*, pero el cambio no fue bien visto por los colectivos feministas londinenses, la presión de los cuales obligó a los propietarios a decir digo donde habían dicho Diego y volver a la denominación original.

El Ten Bells era el local preferido por las prostitutas de Whitechapel para sacar adelante su negocio, predilección motivada, con toda seguridad, por la existencia de un buen número de callejones oscuros en los alrededores del local donde poder comerciar de un modo más o menos libre. A unos doscientos metros del Ten Bells, en la esquina de Dorset Street con Crispin Street, había un segundo local, de popularidad equiparable al anterior, llamado Britannia. La diferencia entre estos dos locales era que el Britannia estaba en una zona mucho más abierta, menos oscura y bastante alejado de los callejones, lo que hacía que el comercio sexual en dicho local no tuviese el mismo éxito. Las prostitutas solían acudir al Britannia buscando un respiro entre cliente y cliente o cuando querían sólo charlar y beber algo sin tener que atender el negocio.

Las prostitutas con las que Sherrinford entra en contacto, Martha Tabram y Polly Nichols, no son personajes ficticios: existieron realmente y sus nombres han pasado a la historia por motivos que ahora debemos callar pero que desvelaremos más adelante. No conozco, porque no hay constancia de

ello, la corrección lingüística de que hacían gala estas dos mujeres; he decidido deformar el habla de Martha con el fin literario de aumentar el contraste entre ella y el ambiente refinado en el que se mueve Sherrinford y, sobre todo, con la dulce Sara Wilson. En este contraste me regodearé todavía más en la escena del §4. La confrontación entre las dos prostitutas a la que asistimos, aunque ficticia, es verosímil y debe parecerse bastante a las trifulcas que a diario tenían lugar en el Ten Bells.

En el §4 les ofrezco una muestra de mi erudición en lo tocante a costumbres relativas al comercio genital, que en este caso debo, cómo no, al muy distinguido señor Alan Moore. La práctica sexual que no vemos a causa de la oscuridad reinante, pero que escuchamos con todo lujo de detalles, solía ser referida como el *threepenny upright*, que vendría a traducirse como “de pie por tres peniques”: el acto tenía lugar con ambos participantes de pie y apoyados contra una pared. El precio estándar de una prostituta callejera en el East End londinense de la época victoriana era, efectivamente, de cerca de tres peniques (aprecien cómo fluctúa el precio del mercado merced al desconocimiento del usufructuario al final del párrafo). El truco según el cual la prostituta sostiene el pene entre las piernas para evitar la penetración también era práctica habitual, y no era sino uno más del amplísimo elenco de métodos anticonceptivos nacidos de la necesidad, el cual era realmente sorprendente. Baste nombrar como muestra, aparte del ya citado, la táctica según la cual la prostituta introducía una esponja en su vagina antes de realizar el acto, con el fin de absorber toda la eyaculación, en un prehistórico y poco higiénico antepasado del diafragma. Un tema así daría para escribir una monografía de dimensiones –e interés– considerable.

Acerca del detalle sobre la autenticidad o no de la niebla londinense debo aclarar que es un rumor que, en cierta ocasión, me contó mi hermano, y que no me he esforzado en corroborar después, porque, entre otras cosas, no lo creí necesario. No sé si es verdad o no, pero tampoco me importa demasiado; aparece citado porque casa con el tipo de pensamientos que ocupan la mente de Sherrinford en su camino de regreso a casa.

El resto del capítulo, el encontronazo entre Sherrinford y Sara, por suerte, es pura ficción.

CAPÍTULO 4

He querido abrir este capítulo con una referencia a los cuervos algo distinta a las que empleé en los tres capítulos anteriores. El cuervo al que hago referencia en este fragmento es, como pueden comprobar, la constelación *corvus*, una constelación cuya proximidad a la eclíptica hace que sea visible tanto desde el hemisferio norte como desde el hemisferio sur. Los datos astronómicos que doy son exactos.

Acerca de la escena del §2, me gustaría llamar la atención sobre dos elementos que, de un modo u otro, intervienen en la acción y cuya historia es lo suficientemente curiosa como para ser citada aquí.

En la Inglaterra victoriana, el estetoscopio o fonendoscopio biaural que tantos reparos suscita en la señora Quiteley, ya se había convertido en la herramienta indispensable de todo médico (hoy en día ya no es sólo herramienta, sino que tendríamos que hablar casi de signo o metáfora de la profesión; díganle a alguien que se imagine o que dibuje un médico: seguro que el resultado es un señor con bata blanca y fonendoscopio al cuello. Pueden jugarse una cena). El estetoscopio fue creado en 1816 por el eminente médico francés René Teophile Hyacinthe Laennec, en parte por necesidad técnica y en parte por un cierto reparo relacionado con sus fuertes y conservadoras convicciones morales, cuando tuvo la necesidad de auscultar a una parturienta por “auscultación directa”, es decir, colocando directamente el pabellón auricular sobre la pared torácica de la paciente, cosa que consideró *inadmisibile* debido a, y cito textualmente, “la obesidad grávida, la edad y sexo de la paciente”. El estetoscopio de Laennec era muy distinto al que conocemos hoy en día, puesto que consistía en 24 hojas de papel enrolladas formando un cilindro hueco. Tras numerosas modificaciones y mejoras, el estetoscopio biaural, que se corresponde con la topología común hoy en día, esto es, aplicable a un tiempo a los dos oídos del facultativo (el estetoscopio monoaural sirve para un único oído, tiene forma de trompetilla y todavía se utiliza en nuestros días en especialidades como tocología, no me pregunten por qué), data de 1852 y su creador fue el médico neoyorkino George Cammann. Cammann nunca patentaría su invención debido a que, en una curiosa combinación de genio y altruismo, consideraba que, por su utilidad, todos los médicos deberían disponer gratuitamente del instrumento. Aunque el nuevo modelo tardó varios años en imponerse al fonendo monoaural, en 1880 ya casi todos los médicos se habían rendido a la innovación.

En segundo lugar, el coche Hansom (que es el que utilizan el doctor Richards y su hija cuando abandonan la casa de Sherrinford) era un cierto tipo

de coche de dos caballos, con el pescante detrás de la cabina, diseñado y patentado en 1834 por Joseph Hansom, un arquitecto de Hinckley, Leicestershire, Inglaterra. Su objetivo era el de combinar velocidad y seguridad, para lo que reducía la altura del centro de masas, lo que, en definitiva, permitía tomar las curvas de un modo más limpio. El Hansom reemplazó al antes popular coche tipo Hackney en el campo de los vehículos de alquiler y pronto se convirtió en un carruaje realmente exitoso. Su uso fue común durante los últimos años del siglo XIX, sobre todo en ciudades como Nueva York y Londres.

Para los aficionados a la obra de Doyle, dos guiños: el aneurisma de aorta que teme la señora Quiteley es la enfermedad que acaba con la vida de Jefferson Hope en *Estudio en escarlata*. La preocupación por la mitral la sufre también el hipocondríaco Tadeo Sholto de *La señal de los cuatro*.

En el §6 queda aclarado el motivo por el que el nombre de Martha Tabram se hizo tristemente célebre; Martha apareció muerta, horriblemente mutilada por uno o varios asaltantes desconocidos, el 7 de agosto de 1888. Algunos autores afirman que Martha debe ser considerada la primera víctima oficial de Jack el Destripador, aunque la mayoría insiste en destacar las enormes diferencias en el *modus operandi* de este homicidio con respecto a los que le sucedieron. La mutilación de Martha fue frenética, salvaje, pasional y muy alejada del proceder metódico que con posterioridad exhibiría el Destripador. Incluso difiere el arma del crimen que, en este caso, no es más que un simple cortaplumas con el que le fueron practicadas heridas severas, mayormente centradas en la zona del abdomen, vagina y pechos. En el texto intento darle alguna coherencia, con mayor o menor resultado, a esta disparidad de proceder con respecto a las denominadas “víctimas canónicas”, lo que será objeto del capítulo siguiente.

Debo aquí añadir un comentario. En determinada bibliografía se comenta la existencia de otra “protovíctima”, anterior incluso a la pobre Martha. Se trata de la poco afortunada Emma Elizabeth Smith, quien fue asesinada el 3 de abril de 1888, esto es, cuatro meses antes de Martha. No hay motivo alguno para achacar este homicidio al Destripador, puesto presenta características completamente distintas al resto. Ella misma hizo una descripción completa de los hechos, antes de fallecer.

La desafortunada Emma regresaba a casa después de desempeñar su duro trabajo cuando fue abordada por tres o cuatro jóvenes en la esquina de Brick Lane con Wentworth Street. Los jóvenes la golpearon, la violaron y (ahora

solicito a las personas sensibles que, por favor, se tapen los ojos y no lean lo que viene a continuación), finalmente, introdujeron un instrumento contundente en su vagina, lo que le destrozó el peritoneo. Antes de marchar y abandonarla a su suerte, aún tuvieron tiempo de vaciar de dinero la bolsa de la desgraciada Emma que, sorprendentemente, todavía reunió fuerzas para incorporarse, ponerse un pañuelo entre las piernas con el fin de contener la hemorragia y volver a su apartamento en George Street. Su casero y un vecino la vieron llegar en tan lamentable estado, por lo que la trasladaron London Hospital, en Whitechapel Road (según cuenta la leyenda, contra la voluntad de Emma), donde aún fue capaz describir a sus asaltantes. Por desgracia, Emma sucumbió a la gravedad de sus heridas y cayó en coma, para morir cuatro días después.

Este espantoso crimen suele ser achacado a una de las muchas bandas que pululaban por los callejones de Whitechapel, probablemente la denominada banda de Old Nichol, que patrullaba el área en la que tuvo lugar el incidente, y extorsionaba a las prostitutas para hacerse con parte de su recaudación. Martha alude a esta misma banda durante el altercado con Sherrinford en el §6.

Y hasta aquí esta exposición tan edificante y tan esclarecedora sobre la condición humana. Las personas de estómago sensible ya pueden abrir los ojos y continuar leyendo. Las cosas feas de este horrendo capítulo han terminado.

CAPÍTULO 5

Para abrir este penúltimo capítulo, que será el último que mantenga la estructura de empezar con un fragmento sobre los cuervos, quería retomar el hilo de la mitología, para contribuir a darle en general un aire místico y grandilocuente. Para ello, elegí trabajar en dos frentes, recurrir a una historia extraída del cúmulo de leyendas de los primeros pobladores de la costa este norteamericana, por un lado, y por otro, hacer un pequeño repaso de las apariciones bíblicas de los cuervos, algunas de las cuales son realmente jugosas. A destacar, sobre todas ellas, y porque resulta especialmente curiosa, la historia de Noé, que llama la atención tanto por su contenido como por el hecho de que, misteriosamente, es bastante desconocida. Casi todos conocemos la historia de Noé, el arca, los animalitos y la complaciente paloma con su rama verde de olivo en el pico tal como se expone en los capítulos 6 al 8 del Génesis. Lo que pocos saben es que la paloma fue la

segunda opción de Noé. ¿Y quién fue la primera? ¿A quién eligió Noé en primer lugar para buscar la tierra y fue pronto relevado de su cargo? Pues sí, precisamente ése en que están pensando; nuestro oscuro y engañoso amigo. Aunque, para serles sinceros, la Biblia no es demasiado explícita en la razón de tan prematura sustitución (Gn 8, 7-8). Un misterio más para nuestra colección.

Los textos que recojo en el §3 son, en efecto, los que aparecieron publicados en el *Evening News*, el *Morning Advertiser* y el *Daily News*, tres de los periódicos londinenses más importantes de la época, el 8 de agosto de 1888. Bueno, para ser precisos, los textos traducidos. Mi elección de artículos es completamente subjetiva, y me he basado en criterios de longitud y de idoneidad al relato que narro. El lector interesado puede consultar este material, junto con mucha información adicional, en www.casebook.org, una página web de referencia obligatoria para todo aquel que desee profundizar en la historia del Destripador.

Por lo demás, en este capítulo no creo que haya demasiado nada que aclarar. Ya se encarga de eso el propio Sherrinford en su agotador y pomposo soliloquio del §4. Frente a eso, prefiero callar.

CAPÍTULO 6

El capítulo final se abre con una escena ficticia protagonizada por los inquilinos de la Torre de Londres. Por supuesto, no se trata de un hecho histórico. No hay constancia de que, en ningún momento, la población de aves de la Torre haya desaparecido, principalmente porque, como ya he comentado en alguna otra ocasión, las autoridades se toman increíbles molestias para que eso sea así: se renuevan periódicamente, se mutila a las aves, cortándoles las alas para que no puedan escapar... todas estas divertidas tareas son responsabilidad del Ravenmaster, el alabardero o Beefeater encargado de cuidar de los cuervos de la Torre. El motivo de este cuidado no es más que el miedo a la antigua superstición que predice la caída de la corona británica si algún día los cuervos abandonan la Torre, superstición con la que quería jugar en este último capítulo.

El §4 se cierra con un Sherrinford partiendo en busca de una primera víctima con la que llevar adelante su plan maestro. En el último párrafo todavía llegamos a tiempo de escuchar cómo resuena en su cabeza el nombre

de Polly Nichols, aquella prostituta con la que Martha Tabram tuvo sus más y sus menos la primera noche que Sherrinford visitó el Ten Bells y de la que ya dije en una ocasión anterior que existió en la realidad. En efecto, como muchos de ustedes habrán intuido a estas alturas, Polly Nichols fue la primera víctima del Destripador; la primera de las víctimas canónicas, habida cuenta de los casos *discutibles* anteriores, de los que ya he dado bastantes referencias en estas notas. Mary Ann, o Polly, Nichols, fue hallada muerta el 31 de agosto de 1888, una noche en la que, curiosamente, el cielo de Londres apareció tintado de un desacostumbrado color rojizo, motivado por dos incendios que tuvieron lugar en los muelles. El cuerpo de Polly fue encontrado en Buck's Row hacia las 3:40 de la madrugada por Charles Cross, un cochero que se dirigía a su trabajo en Pickfords. Buck's Row era una calle estrecha y mal iluminada de casas viejas, con lo que la primera visión del cadáver no dio una idea precisa de la monstruosidad cometida con la pobre Polly. Para que se hagan alguna idea de la extraordinaria *sensibilidad* de Sherrinford, cito la descripción del cuerpo de Polly que apareció en *The Times*: “Faltaban cinco dientes, y había una pequeña laceración de la lengua [...]. En la parte izquierda del cuello, aproximadamente 1 pulgada por debajo de la mandíbula, había una incisión de unas 4 pulgadas de longitud que arrancaba de un punto debajo de la oreja. En la misma parte, una pulgada más abajo, y empezando una pulgada después, había una incisión circular que terminaba en un punto 3 pulgadas por debajo de la mandíbula derecha. Esta incisión seccionó completamente todos los tejidos debajo de las vértebras. Las venas principales de ambos lados del cuello estaban seccionadas. La incisión medía unas 8 pulgadas y fue practicada con un cuchillo de hoja larga, moderadamente afilado, y usado con gran violencia [...]. A dos o tres pulgadas de la parte izquierda [del abdomen] había una herida trazada en forma irregular. La herida era muy profunda, y los órganos fueron desgarrados. Había numerosas incisiones en el abdomen. Había tres o cuatro cortes similares abriéndose camino hacia abajo, y todos ellos habían sido provocados por un cuchillo utilizado violentamente y en dirección descendente. Las heridas fueron hechas de izquierda a derecha por una persona zurda. Todas las heridas fueron realizadas utilizando el mismo instrumento”. Hete aquí una pequeña muestra del tipo de *sensibilidad* que se gasta Sherrinford Wilson.

Tras Polly Nichols vendrían Annie Chapman, Elizabeth Stride, Catherine Eddowes y, finalmente, Mary Jane Kelly. Pero yo no pienso continuar. Para mí la acción termina aquí, en ese placentero paseo en que Sherrinford parte en

busca de la inmortalidad, impaciente por empezar su plan maestro. El resto pertenece a la historia, una historia que el lector interesado no tendrá ninguna dificultad en seguir (reitero mi recomendación anterior acerca de la página web www.casebook.org) y el no interesado no tendrá ninguna dificultad en olvidar. Yo, mejor o peor, ya he cumplido con mis obligaciones de narrador y puedo, sin más tardanza, invocar el esperado punto final.

Un último detalle, a modo de postdata. Entre las referencias, casi todas propias, hay una que he robado de un lugar ciertamente inverosímil. Me estoy refiriendo al Gmulark que cita Sherrinford cuando habla de las cinco víctimas. El Gmulark no es una invención mía; la he *tomado prestada*. Pero, fíjense, acabo de volverme vago y no me apetece decirles de dónde lo he sacado. Desafío al lector que se preste a ello a que encuentre el origen de tan misterioso ser, y solicito educadamente del mismo que, cuando lo encuentre (que no me cabe ninguna duda de que lo hará), reprima el impulso de buscarme para darme una paliza por hacerle perder el tiempo de esa manera.

AGRADECIMIENTOS

A menudo, cuando escribo estas breves líneas de agradecimiento con las que me gusta terminar mis novelas, más que hablar de una obra literaria, tengo la impresión de estar abriendo las ventanas y dejar al descubierto una buena parte de mi propia vida.

Pero es que es exactamente así; la inmensa mayoría de mis obras tienen gran parte de mí y guardan una estrecha relación con el momento vital en el que son concebidas. Que, a menudo, ni siquiera es puntual, sino que se extiende como un hilo a través de situaciones y circunstancias variopintas.

Eso es particularmente cierto en el caso de *Reavenmaster*. La simiente de esta la historia se remonta a más de quince años atrás, cuando yo mismo era un autor inédito con poca o ninguna experiencia en el terreno editorial. Un Sherrinford Wilson en ciernes, vaya, sólo que la vida ha sido un poco más condescendiente conmigo de lo que lo fue con él. Parece.

Como mucha de la obra que generé en aquel tiempo y que todavía sigue inédita, escribí una primitiva versión de *Ravenmaster* de forma casi compulsiva y voraz. Y, aunque el resultado me resultó satisfactorio desde el punto puramente personal, al leer aquel primer borrador me di cuenta de que la historia todavía distaba mucho de tener la entidad suficiente para ser publicable. Así que la dejé aparcada en un rincón de mi disco duro para dedicarme a otras cosas, no sin prometerme a mí mismo que, con el tiempo, regresaría a ella para pulirla y darle una forma definitiva. Promesa que, por cierto, cumplí. Periódicamente regresaba, añadía detalles, corregía escenas y perfilaba frases, en un acto que casi podía tildar de responsabilidad.

Sin embargo, casi nunca perseveraba demasiado ni permanecía mucho tiempo con la novela. Y creo que ahora, después de tantos años, he llegado a entender por qué.

Ravenmaster me asusta. Me da miedo. Me aterra comprobar las perversidades que soy capaz de imaginar. Me horroriza comprobar lo fácil que es entrar en una mente perturbada, contemplar de cara la maldad y la obscenidad y, lo peor de todo, acostumbrarse a ella. Es el mismo tipo de miedo nervioso que me asalta al comprobar cómo de sencillo es no apreciar la monstruosidad cuando ésta viene entretejida con la cotidianidad. Es el mismo tipo de terror que siento cuando en el telediario comentan de pasada que una mujer ha sido brutalmente asesinada por su compañero sentimental en un ataque de celos, noticia que se viene repitiendo con una frecuencia realmente aterradora en los últimos tiempos, y yo sigo comiendo sin levantar la vista del plato. En cierto sentido, supongo que debería de sentirme satisfecho. Ya ven, pretendía escribir una novela de terror y resulta que yo mismo he sido el primer damnificado. Eso debe de ser una buena señal, ¿no?

Ya desde el alejamiento, y tras un proceso dilatado de depuración y corrección, creo que es el momento de que esta historia vea la luz y que ustedes, mis apreciados lectores, juzguen si el trabajo ha merecido la pena.

A lo largo del texto, y las notas del apartado anterior, creo que he dado cumplida cuenta de las influencias principales que me han guiado en el proceso de redacción. Me parece que no hace falta incidir en el gran peso que tienen en esta obra el genial Alan Moore, quien consiguió interesarme por la oscura silueta del Destripador, el siempre inquietante Howard Philips Lovecraft, y, por supuesto, el inmenso Sir Arthur Conan Doyle, quien fue capaz de pergeñar varios de los personajes cumbre de la historia de la literatura. Hay más, muchos más. Tantos que citarlos supondría alargar todavía más la extensión de lo que ya debe ser cerrado.

No podría jamás negar que, para poder dedicarme a esta loca empresa de escribir, me ha sido de gran ayuda disponer de unas condiciones personales adecuadas. Mi familia, mi madre, mi hermano y, desde donde esté, mi padre, me han dado el apoyo y la confianza en mí mismo necesarios para, de vez en cuando, embarcarme en uno de estos locos proyectos. Mi esposa Marta me ha dado la estabilidad y el cariño que me hacían falta para perseverar. Y el pequeño Joaquín me da muchos motivos para reír, apartarme del teclado del ordenador y dedicarme a las cosas que realmente importan. Esta novela es casi tanto responsabilidad de todos ellos como mía.

Y a vosotros, lectores, gracias por acompañarme. Ha sido un placer contar con vuestra presencia. Espero volver a teneros por aquí muy pronto, para continuar compartiendo con vosotros historias, aspiraciones literarias, crímenes truculentos y alguna que otra esporádica visita al Ten Bells.

Os espero a todos. Buenas noches. Dulces sueños.

Valencia, julio de 2019

SOBRE EL AUTOR

Ximo Cerdà (Xàtiva, 1975) es ingeniero en Telecomunicación, licenciado en ciencias físicas y doctor en electrónica. Actualmente es profesor titular de la Universidad Politécnica de Valencia, donde desempeña labores docentes e investigadoras.

Paralelamente a esto, desarrolla una actividad literaria fruto de la cual ha publicado numerosos trabajos, tales como la novela de misterio *La mano de Dios* o la serie de novelas infantiles *Els enigmes d'en Bredford Bannings*. Para una información más detallada y exhaustiva referimos al lector a la página web y los perfiles de las redes sociales desde los cuales el autor intenta, la mayoría de las veces sin conseguirlo, tener un contacto directo con sus seguidores.

Bibliografía

Narrativa

- La mano de Dios (novela) (2006, Barcanova, y 2011, Algaida)
- La mirada de l'àngel (2007, Brosquil)
- Tremolaràn les ones (2011, Barcanova)
- Mayne Manor (2012, Smashwords y 2017, Kindle Direct)
- La trayectoria del halcón (2019, Kindle Direct)

Narrativa breve

- Esa mirada y otros cuentos de amor y muerte (2017, Kindle Direct)

Narrativa infantil

- Un mocador de pirata (2018, Bromera)

Serie *Els enigmes d'en Bredford Bannings*

- L'incomparable Bredford Bannings (2006, Barcanova)
- En Bredford Bannings i els diamants de Bontawa (2008, Barcanova)
- El secret dels aunuris (2013, Barcanova)
- A la recerca de l'aunitina (2013, Barcanova)
- Pescolandia en flames! (2013, Barcanova)

Teatro

- Coda (teatro) (2010, Ayuntamiento de Castellón de la Plana)

Proyectos pedagógicos especiales

- El llibre dels enigmes (2009, Barcanova), junto a Albert Alforcea
- El llibre de la astronomia (2011, Barcanova)
- Investiga amb Roc Tempesta 3. Estiueja amb Barcanova (2018, Barcanova), junto a Núria Murillo *et al.*
- Investiga amb Roc Tempesta 4. Estiueja amb Barcanova (2018, Barcanova), junto a Núria Murillo *et al.*

Obras científico-técnicas

- Ejercicios prácticos con lógica programable (2002, Universidad Politécnica de Valencia), junto a Miguel Ángel Larrea Torres *et al.*
- Introducció als Sistemes Complexos, als Autòmats Cel·lulars i les Xarxes Neuronals (2008, Universidad Politécnica de Valencia), junto a Rafael Gadea
- Prácticas de Diseño sobre FPGAs con Quartus II (2008, Universidad Politécnica de Valencia), junto a Ricardo Jose Colom Palero *et al.*
- Relativitat Especial per a Enginyers (2010, Universidad Politécnica de

Valencia)

Contacto

Página web:

<http://www.ximocerda.com>

Facebook:

<http://www.facebook.com/pages/Ximo-Cerdà/143857942345151>

Twitter:

<http://twitter.com/XimoCerde>